

NOTICIAS SOBRE LINGÜÍSTICA HISTÓRICA (I)

José Andrés Alonso de la Fuente

(UCM / UPV-EHU)

Abstract

The goal of the following reviews (originally written during the summer time of 1999-2002 and 2005) is to offer a constructive critic of recent works on historical linguistics devoted to the main exercise of the discipline: to proof or disproof the validity of alleged genealogical/genetic links. Although it is totally true that comparative and historical linguistics may have other goals, sometimes much more humble and reduce in scope (as it will be reflected in some of the next paragraphs commenting upon the work of responsible historical and comparative linguists), it is only by means of the procedures of this discipline that proposals of such a kind might be evaluated.

As is well known among specialists in the field, such a task (proving the genealogical/genetic link of two or more given languages), immense in any sense of the word, is not always carried on with the appropriate care required by the discipline. The comparative method, one of the most powerful tools the researcher can made use of with reliable results, has very concrete rules that should be applied in consequence. However, the misuse of the comparative method not always is the main reason why a particular proposal has to be at the end refuted. In the majority of cases, it can be observed a surprising (and painstaking) unknowing of the involved language(s) and/or the most elemental philological principles. Moreover, authors of long-range genealogical/genetic proposals do not take into consideration further implications of their own proposals, e.g. archaeological, historical, etc., in that way making even harder the positive evaluation of their work.

Far from what people's intuition may consider at this respect, the incorrectness in the usage of the comparative method not always corresponds to «outsiders» that because of their academic training alien to linguistics had neither time nor chance to make acquaintance with it. Sometimes, very well trained linguists, working even in the field of historical and comparative linguistics, can get all wrong and apply it with terrible consequences not only for their own work, but for an entire discipline.

Angela Marcantonio (2002): *The Uralic Language Family: Facts, Myths, and Statistics*. Oxford & Boston: Blackwell Publishers (Publications of the Philological Society 35). 304 pp.

Angela Marcantonio [AM], profesora en la Università degli Studio di Roma 'La Sapienza' de filología ugro-finesa y de lengua y cultura húngaras, ha publicado recientemente uno de los libros más polémicos en el campo de la lingüística urálica, una especialidad que en nuestro país no tiene ninguna tradición académica y cuyo máximo

interés seguramente radique en la relación, ya sea genética o de cualquier otra índole, que existe entre dicha familia y la indoeuropea. Dada esta carencia de estudios, es imprescindible comenzar esta revisión diciendo que se denomina urálico [U] al tronco formado elementalmente por las lenguas fino-ugrias, con el finés o *suomi*, el húngaro o *magyar* y el estonio o *viru* como componentes principales, las lenguas laponas o *saami*,¹ y las samoyedas. Cuentan aprox. con un total de 23 millones de hablantes, desde los 14.5 que utilizan el húngaro, hasta los pocos centenares que todavía hoy se comunican en nenets o en nganasan a lo largo de la estepa siberiana rusa. En la actualidad las lenguas U comprenden un amplio territorio que se extiende por el norte de Europa, gran parte de la Siberia oriental, desde los ríos Obi y Yenisei hasta el Volga. Obviamente hay que añadir la isla que forma en el centro de Europa el húngaro. Los hablantes del proto-urálico [PU], básicamente pescadores y cazadores en los bosques circundantes, estarían situados en algún lugar de los montes Urales hace *ci.* 6.000 años.² En el siguiente cuadro se recogen las divisiones lingüísticas y la cronología establecidas por el prestigioso uralista Gyula Décsy³ para el tronco U:

- Proto-urálico (4000 a. C.)
 - Proto-fino-ugrio (3000 a. C.)
 - Proto-fino-pérmico (1500 a. C.)
 - Proto-fino-volgaico (500 a. C.)
 - Proto-lapón-finés (c. 100)
 - Proto-balto-fínico (c. 1000)
 - finés o suomi (karelio, ingrio, etc.)
 - estonio o viru
 - ugala (extinguido)
 - livonio
 - vótiko
 - vepso
 - lapón o saami (noruego, inari, skolt, etc.)
 - Proto-volga-fínico (600 a. C.)
 - mordvio o éřza o mokřã
 - cheremiso o mari
 - merja (extinguido)
 - muroma (extinguido)
- Proto-pérmico (800 a. C.)
 - ziriano o komi
 - votiako o udmurto
- Proto-úgrico (1500 a. C.)
 - húngaro o magyar

¹ El origen etimológico del término ‘lapón’, que llega al castellano a través del inglés *Lapp*, es desconocido, pero su significado no: «parche para enmendar ropa», luego se trata de un etnónimo sumamente despectivo. En ortografía saami, *sámi*. Puesto que se trata de una forma internacional, se usará *saami* tanto en sentido singular como plural.

² A modo de introducción general a la lingüística urálica pueden consultarse entre otras Sinor (1988), Gheno y Hajdú (1992), Bereczki (1998) o Abondolo (1998).

³ Cfr. Décsy (1990: 12-3), aunque con la habitual representación gráfica del *Stammbaum*.

- Proto-Ob-úgrico (1000 d. C.)
 - vogul
 - ostyak o xantí
- Proto-samoyedo (500 a. C.)
 - Proto-samoyedo oriental (800 a. C.)
 - selkup o samoyedo ostiako
 - sayan-samoyedo (c. 1200)
 - kakoibal (c. 1500)
 - koibal
 - kamass
 - abakan (extinguido)
 - motaika (c. 1400)
 - motai o soyot (c. 1600)
 - motor
 - taigi
 - karagass
- Proto-samoyedo occidental (1000 a. C.)
 - nganasan o tavgí
 - (Proto-)yurako (c. 1500)
 - yurako o nenets
 - samoyedo del Yeniseí o enets
 - yurats (extinguido)

Una vez puestos en antecedentes y regresando al libro que nos ocupa, el objetivo final del volumen aquí reseñado es demostrar que la lingüística U es en realidad un castillo de naipes que se sustenta en falsos postulados y un tratamiento erróneo del material lingüístico disponible. Partiendo de sus propias conclusiones, AM pone en duda el mismo método comparativo,⁴ con el que durante más de dos siglos se han reconstruido las más diversas proto-lenguas a lo largo y ancho del planeta. Puesto que la tarea de AM se presenta realmente complicada, en este libro se analizarán detalladamente cada uno de los apartados lógicos en los que puede dividirse el estudio de una lengua sometida a reconstrucción: fonología, morfología, léxico y arqueología, más la colaboración de otras disciplinas no tan habituales, como la estadística y la genética, cuya participación sí es puesta en duda por muchos. No deja de ser vital advertir que AM pertenece a un reducido número de estudiosos, entre los que cabe citar Kalevi Wiik, Janos Pusztay y, sobre todo, Ago Künnap, que no siempre son lingüistas, pero que tienen en común el hecho de negar la existencia siquiera hipotética de una lengua PU, y que, de existir, desde luego no sería nada parecido a lo que se ha obtenido mediante la aplicación del método comparativo. El objetivo de esta

⁴ Según AM, los cimientos sobre los que se asienta la unidad lingüística de las lenguas U son tan sumamente débiles e incoherentes que no merece la pena siquiera considerarla errónea: «[...] 'not even wrong', that is, there is no objective way to test whether the assertion is true or false» (p. 4). Desde su punto de vista, la utilización descuidada del método comparativo ha dado como resultado un castillo de naipes que, al igual que su homónimo real, puede ser derruido de un soplido. En contraste con esta opinión, las lenguas U son un *continuum* lingüístico de isoglosas donde también están involucradas las lenguas drávidas, «altaicas» (familias mongólica, túrcica y tungusa) o siberianas.

reseña no es demostrar si la familia U constituye un grupo genético consolidado, porque eso ya se hizo hace varios siglos, sino poner de manifiesto por qué este intento de AM para desacreditar la existencia de esta tradicional y venerable familia es sobre todo eso, un intento, que además es poco convincente y está mal argumentado.⁵

Antes de entrar en materia se ha dispuesto una gran cantidad de apartados informativos extras que desde un principio hablan muy a favor del cuidado que se ha tomado para la confección de este volumen. Tras la dedicatoria *in memoriam* a Giorgio Raimondo Cardona (1943-1988) y el índice de contenidos (pp. vii-xii), siguen los agradecimientos (p. xiii), una lista con todas las tablas (p. xiv) y figuras (p. xv) contenidas en el libro, la lista de abreviaturas para lenguas U y no U (pp. xvi-xviii), otra con abreviaturas para términos gramaticales (p. xix), otra con las abreviaturas de los principales diccionarios y revistas versados en uralística (pp. xx-xxi), y una nota final sobre los criterios que se han seguido para la transcripción de palabras y las abreviaturas de las referencias bibliográficas, basadas principalmente en el criterio seguido por Károly Rédei en su diccionario etimológico; cfr. Rédei (1986-1988).

El libro comienza con la introducción de rigor (pp. 1-18), centrada en la descripción tradicional de la familia uralica. Para ello se analiza desde distintos puntos de vista toda la reconstrucción llevada a cabo hasta la presente fecha: los árboles genealógicos recogidos en los principales manuales, la cantidad y calidad del material usado como consecuencia directa de los primeros trabajos de campo o la aplicación del método comparativo sobre dicho material. También se dedican varias páginas a explicar la metodología que se seguirá a lo largo del libro (básicamente todos los capítulos siguen la misma estructura: introducción a la cuestión, localización del problema, desarrollo del mismo y conclusión) y un análisis de las principales fuentes bibliográficas actuales para el estudio de la lingüística uralica. Estas fuentes recogen tanto la postura positiva, es decir, la que apoya la existencia de una familia U, como las negativas, las que comparten de este modo el punto de vista de la autora. Entre todas ellas destacan sobremanera los trabajos publicados por Ago Künnap —cfr. entre otras Künnap (1996, 1998, 2000)—, que establecen las bases de esta postura tan radical.

El segundo capítulo, «The Historical Foundation of the Uralic Paradigm» (pp. 19-54), pese a no cumplir lo especificado en su título, se antoja imprescindible para comprobar lo poco convincente que resulta este libro, puesto que se comienza a presentar el tipo de malas interpretaciones y de argumentos irrelevantes que pretenden demostrar la no relación genética de las lenguas U. Mientras que AM dedica prácticamente todo este apartado a desacreditar el trabajo de dos de los fundadores de la lingüística U, Joseph Budenz (1836-1892) y Otto Donner (1835-1909), por otro lado ignora la labor anterior (y más importante, si cabe) de otros estudiosos que también contribuyeron a la consolidación de esta disciplina. Autores como Philipp Johan von Strahlenberg (1676-1747), Sámuel Gyarmathi (175-1830), Mattias Alexander Castrén (1813-1852), Antal Reguly (1819-11858) o Pál Hunfalvy (1810-1891) no son siquiera mencionados de pasada (cfr. Wickman 1988). En cualquier caso, la crítica realizada a Donner y Budenz (pp. 35-46) es in-

⁵ No se trata en ningún caso de un estudio en profundidad, porque eso conllevaría escribir casi otro libro a modo de respuesta. Esto, lógicamente, sobrepasa la intención y el espacio de una simple revisión como la presente.

necesaria, puesto que todo uralista está ya advertido de las deficiencias de sus trabajos, por otra parte lógicos y habituales en los estudios pioneros de cualquier disciplina. No obstante, resulta sorprendente que AM considere inválidas, por ejemplo, las comparaciones morfológicas de Donner simplemente porque muchos de los sufijos, pronombres, numerales o posposiciones por él citados aparecen en otras lenguas o familias (pp. 44-6).

Después de presentar los primeros documentos donde se tienen registradas las primeras menciones a grupos poblacionales U (pp. 21-33), AM establece que el inicio de la uralística comenzó con la comparación de los etnónimos latinos *Hungarus* y *Hungaria*, por un lado, y *Yugra*, *Ugra* o *Yugria* por otro (pp. 19-20), que hacían referencia respectivamente a húngaros y ostiakos y vogules. Estos últimos se denominan a sí mismos *māñsi*, término que inevitablemente se comparó con el de *magyar*. A partir de estos datos se pensó que la patria originaria de los húngaros fue aquella *Ugria*, *Yugria* o *Yugra*, situada en los Urales y patria de ostiakos (o xantíes) y vogules, surgiendo así el grupo hoy en día denominado obugrio (cfr. Kálmán 1988). Esta comparación queda limitada a uno de los grupos U, y no a la totalidad de los grupos U, por lo que se plantea algo complicada aceptarla como origen de la disciplina. Teniendo en cuenta este dato, de nuevo deben mencionarse otros autores que iniciaron allá por el s. xvii la uralística, como el físico alemán Martín Fogel (1634-1675),⁶ el llamado «padre de la poesía sueca» Georg Stiernhielm (1598-1672)⁷ o sobre todo del jesuita húngaro János Sajnovics (1733-1785) —cfr. Wickam 1988: 796-8—, que a partir de material finés, saami y húngaro, publicó las primeras conclusiones sobre el más que probable origen común de las desinencias casuales de estas tres lenguas (*Demonstratio idioma Hungarorum et Lapponum idem esse*, 1770). Independientemente del valor que las obras de estos estudiosos tengan en la actualidad, son por derecho propio los fundadores de la U, que se interesaron no sólo por los etnónimos citados, sino por los propios sistemas lingüísticos.

La supuesta actitud anti-sueca y anti-rusa por parte de Finlandia, y la anti-alemana y el comunismo por parte húngara, son para la autora motivos suficientes para defender su postura lingüística (pp. 51-4), al considerar que la manipulación del material realizada por cada uno de estos primeros autores respondía a un móvil político, más que académico: «One does not have to ‘read between the lines’ to see that political and social considerations favoured the establishment of standard U theory in Finland» (p. 54). De hecho, AM observa con desagrado los títulos de algunas publicaciones, que comienzan con expresiones como «El problema de...» o «Sobre la cuestión...»,⁸ quizás relacionando esto con aquel terrible e imborrable recuerdo de la expresión «The Jewish Question», para la que no hace falta explicación alguna. Sin embargo, ver en la xenofobia o la política razones para poner en duda todos los ci-

⁶ Si bien es cierto que no llegó a publicar en vida *De finnicæ lingue indole observationes*, ahora sí está disponible, por lo que resulta cuanto menos reseñable su contribución a la causa.

⁷ Entre su ingente obra destaca el manuscrito *Ungarica convenientia cum Finonica*, donde ofrece correspondencias entre el húngaro y el finés, e.g. húngaro *két* ‘dos’ o *vaj* ‘mantequilla’, finés *kaksi* y *voi* respectivamente.

⁸ E.g. en húngaro *kérdés* ‘cuestión, problema, asunto’.

mientos de la uralística es poco menos que inconcebible.⁹ En cuanto al título de algunas investigaciones académicas, es sumamente habitual encontrar publicaciones con encabezamientos similares, donde no hay ni mucho menos una intención subliminal o indirecta de tal calibre.¹⁰

El capítulo titulado «Modern interpretations of the Uralic paradigm» (pp. 55-68) es un nuevo ejemplo de mala argumentación. En este capítulo AM afirma que la mala coordinación de las siete ramas principales en las que se divide tradicionalmente la familia urálica (samoyeda, húngara, ob-ugria, balto-fínica, laponia o sáamica, pérmica y volgaica) son una prueba más en contra de su filiación genética. Este comentario resulta del todo inapropiado y echando un vistazo a otras familias lingüísticas no cuesta ningún esfuerzo rebatirlo. En primer lugar, si la constitución de esos siete grupos es clara, como parece opinar AM coincidiendo con la uralística general, y el único problema resulta relacionarlos correctamente, nos encontramos ante el mismo obstáculo que en familias como la indoeuropea o la oceánica, ambas de una tradición centenaria y consideradas al grado sumo de la efectividad del método comparativo, donde las dificultades para especificar con exactitud el lugar que ocupan cada uno de sus miembros es todavía un grave problema. En la actualidad se habla de grupos balto-eslavos, italo-celtas o incluso de un combinado indo-hitita —cfr. el aun reciente trabajo de Jasanoff (2003)—, mientras que por el lado oceánico, aunque sus componentes han sido estudiados más o menos en profundidad, es todavía difícil articular con respecto al proto-oceánico los grupos lingüísticos de El Almirantazgo, del este de las Islas Salomón, de Vanuatu o de la Micronesia; cfr. Bowden (1993). Por otro lado, llama poderosamente la atención que AM no cite ni un solo artículo u obra conjunta criticando el trabajo de Wiik, Künnap o Puzstay, a los que AM recurre como si se tratara de autores incuestionables y poseedores de la verdad absoluta (pp. 64-66) con respecto a esta cuestión.

En la última sección de este capítulo (pp. 66-7), dedicada a mencionar brevemente otras relaciones genéticas externas que incluyen al U, AM recoge las hipótesis uralo-altaica, uralo-yukaghira, uralo-drávida, nostrática-euroasiática y urálico-indoeuropea. También incluye la teoría que da origen a este libro, y que considera el PU una *lingua franca* de cazadores-recolectores siberianos. Deben hacerse varios comentarios al respecto, puesto que de nuevo hay varias interpretaciones erróneas o simplemente mal argumentadas. AM no menciona en ningún momento los trabajos de Irina Nikolaeva (1988) o Michael Fortescue (1998; revisión de Campbell 2000), indispensables para la comprensión actual de la relación urálico-yukaghira.¹¹ Además, no es de recibo colocar al mismo nivel la hipótesis nostrática y el euroasiático, puesto que los componentes y la metodología utilizada son muy distintos. Mientras que los nostratistas apoyan el uso del método comparativo tradicional hasta sus últimas consecuencias, Joseph H. Greenberg (1915-2001), único partidario reconocido de la op-

⁹ Cfr. Peyró (2001) donde también se esgrimen razones políticas que dieron al traste en este caso con la hipótesis «uralo-altaica».

¹⁰ A modo de ejemplo, seguro que el profesor Francisco R. Adrados no sentía ninguna aversión particular hacia los hititas, tal y como podría deducirse tras la lectura de su artículo de (1989).

¹¹ AM volverá en varias ocasiones a la cuestión «urálico-yukaghira» para establecer los paralelismos típicos entre el tronco urálico y la lengua yukaghira (pp. 173-5, 222-4).

ción euroasiática, hizo famosa la «mass-comparison», un método que la comunidad científica lleva rechazando ferozmente durante años.¹² En lo relativo a las hipótesis urálico-drávida, urálico-altaica y urálico-drávida fueron rápidamente desestimadas por los especialistas de cada campo, aunque fueron «re-habilitadas» a finales de los 60 y 70 del siglo pasado porque la «hipótesis notrática» las englobaba a todas ellas.

El cuarto capítulo, «Reconstructing the sound structure and lexicon of the Uralic family tree» (pp. 69-135) es de largo el más extenso y denso de cuantos componen el libro, y por lo tanto, el que más atención exige por parte del lector.¹³ En esta ocasión AM analiza el sistema fonético del PU, reconstruido sobre todo en este último siglo y que al contrario de lo que sucede en otras familias, ha resultado ser bastante uniforme y poco polémico. No obstante, AM ha encontrado, en su opinión, muchos puntos débiles o poco convincentes. El capítulo se presenta dividido en dos grandes apartados, cada uno de ellos correspondientes a las vocales (pp. 84-104) y a las consonantes (pp. 104-29). Ahora la autora abandona a Budenz y Donner para pasar a autores más modernos como Pekka Sammallahti, Juha Janhunen o Károly Rédei, sobre cuyas espaldas pesa en gran medida el aspecto actual de la reconstrucción U. Una reconstrucción que, siempre según AM, está basada a su vez en formas reconstruidas y no en material documentado: «[...] reconstructions (rather than actual attested forms) are usually compared against other reconstructions; [...]» (p. 70) o «[p]revious authors have been primarily concerned with reconstructed forms only» (p. 104). Esto es una falsedad manifiesta, puesto que la uralística siempre ha trabajado en primer lugar con formas documentadas, y aquellos trabajos donde se manejan exclusivamente modelos reconstruidos siempre hacen referencia a las fuentes consultadas para comprobar el material utilizado.

Para realizar el análisis que se pretende, AM opta por usar el clásico léxico de Janhunen (1981), al que irónicamente denomina «Proto-Finno-Permian-Samoyed» (p. 71), queriendo expresar su desacuerdo con aquellos que opinan que se trata de un vocabulario PU. La autora reduce el elenco de las 140 proto-formas originales recogidas en ese magnífico estudio a sólo 65, aduciendo todo tipo de razones que se resumen en la tabla de la p. 72. Con respecto a la primera de las pegadas planteadas por AM, la distancia semántica, es sabido por cualquier historiador de la lengua que pocos cognados respetan el valor semántico que se le asigna, arbitrariamente en la mayoría de ocasiones, a la forma original de la que derivan. Las raíces que contienen el fonema *x, del que se hablará más adelante, o aquellas que poseen un parecido más que razonable con otras formas reconocibles en familias lingüísticas cercanas (citando en este caso la «hipótesis uralo-dravídica», desechada hacia años, como ya se ha apuntado) son igualmente susceptibles de quedar al margen de la lista definitiva.

Resulta confusa la terminología usada por la autora, puesto que «sound rules» parece denominar lo que tradicionalmente se ha designado «sound law», pero en caso de ser esto cierto, hay un gravísimo error de interpretación porque AM afirma que en

¹² Cfr. los últimos artículos al respecto, entre otros los ilustrativos de Ringe (2002) o Georg y Vovin (2003).

¹³ El mismo título del capítulo debería ya llamar la atención, puesto que no parece tener mucho sentido. La reconstrucción fonética y léxica no se hace «de un árbol X», sino a partir de un grupo de lenguas que de forma intuitiva pueden estar relacionadas genéticamente.

su léxico, Janhunen «[...] lists 58 sound-rules for vocalism and 12 sound-rules for consonantism» (p. 71), cuando el propio autor explica en las páginas introductorias que en el caso vocálico no hay más de 18 «sound law», doce para la primera sílaba y seis para la segunda, donde el número de vocales permitidas se reduce a la mitad. Del mismo modo, parece ser que la autora confunde los términos «areal diffusion» y «lexical diffusion», porque de lo contrario resulta imposible entender cual es la intención de la autora al afirmar que las evoluciones PU **k-* > samoyedo *χ-* y PU **p-* > samoyedo *f-* «[...] are in the process of 'diffusing'» (p. 111), porque no se ajustan a la evolución habitual. A propósito de este proceso fonético, unas líneas más adelante (p. 112) se baraja la posibilidad de que esta misma evolución registrada en húngaro de **p-* > *f-*, además de **s-* > *∅*, sea una isoglosa compartida con otras lenguas asiáticas, como por ejemplo el manchú, dentro del paradigma altaico. Parecería igualmente lícito citar la evolución en germánico **p-* > *f-*, teniendo que ser incluida en esa misma isoglosa formulada por AM. Dicha propuesta, por razones obvias, no tiene ningún fundamento, puesto que evoluciones idénticas pueden darse de forma independiente en lenguas vecinas, sin que una haya tenido que influir sobre la otra en modo alguno.

Una grave acusación está relacionada con la supuesta falta de metodología que puede percibirse en la reconstrucción del fonema **x* (pp. 94-7, 192-4),¹⁴ el cual AM califica de «[...] —a kind 'of joker in the pack'— to match particularly difficult etymologies» (p. 104), recordando así la famosa polémica que hace años surgió cuando Denis Sinor (1963) publicó la revisión de Nicholas Poppe (1960), donde tras constatar que el mongolista soviético se valía para explicar algunas reconstrucciones irregulares de tres estadios hipotéticos llamados pre-mongólico, proto-mongólico y proto-altaico, afirmaba que «[w]ith three Jokers in hand it is easy to win any play» (1963: 134). La cuestión es que AM encuentra en la dificultad que los historiadores tienen para definir las características articulatorias de este fonema el principal motivo para desacreditar toda la metodología seguida por ellos, cuando esto, en ocasiones, es simplemente irrelevante. Los indoeuropeístas llevan mucho tiempo tratando de definir fonológicamente las tres o cuatro laringales de la proto-lengua indoeuropea. No hay mayor evidencia acerca de su desconocimiento que la propia designación de 'laringal', otorgada por el semitista danés Hermann Møller en 1917. Sin ir más lejos, hay quien las considera consonantes,¹⁵ y otros para quienes se trata de fonemas vocálicos; cfr. Reynolds, West y Coleman (2000). Por lo tanto, este argumento resulta del todo incomprensible e inapropiado. Y todo esto a pesar de que el fonema **x* destaca precisamente por su regularidad y adecuación a los principios del método comparativo, luego no hay lugar para las críticas en este sentido.

Merece un detenimiento especial la sección dedicada a la rama ugría (pp. 75-9, 120-5), donde la radical evolución del húngaro, y por lo tanto su (reconocida)¹⁶ diferenciación con respecto al resto de lenguas ob-ugrias es interpretada por AM, no

¹⁴ Para una introducción a sus características, cfr. Sammallahti (1988).

¹⁵ El mejor resumen sobre las laringales quizás sea Kimball (1999: 140-52, 379-426).

¹⁶ El trabajo clave sobre este distanciamiento entre la rama ob-ugría y el tronco urálico está abordado de forma insuperable en varias piezas maestras de László Honti, cfr. entre otras (1979, 1987, 1998).

como una divergencia de grado máximo, sino como una prueba de que la lengua húngara no debe pertenecer a esta rama, sino que en origen se trataría de una lengua aislada que tras intensos contactos con el vogul o el ostiak ha terminado por asemejarse de tal modo que sería posible incluso en pensar en su origen común: «[...] the vast differences between Hungarian and the Ob-Ugric languages [...] should be interpreted as the result of a *Sprachbund* convergence, rather than as a conventional genetic node» (p. 130). Tal afirmación, que por sí sola exigiría un volumen monográfico, está basada en evidencias inexistentes, y en la creencia de la autora de que la relación «húngaro-ob-ugria» está únicamente basada en la comparación antes mencionada entre *hungarus* y *Yugria* y que de ahí en adelante se forzó el material para reunirlos en una rama ugría artificial. Los casos de lenguas en los que el resultado de su evolución fonética ofrece un aspecto en apariencia radicalmente distinto al de la proto-lengua originaria, o incluso con respecto a lenguas documentadas más cercanas, son numerosos.

En las páginas siguientes pueden citarse nuevamente casos de mala interpretación de la bibliografía. Sobre la compleja situación de las lenguas *saami* (pp. 125-6), AM afirma lo siguiente: «Austerlitz (1987) considers the Lapp branch as an isolate, as evident from his family tree (1987: 178)». Lo que resulta más o menos obvio es que AM no ha leído el resto del trabajo de Robert P. Austerlitz (1923-1994), porque tal y como dice este extraordinario autor, simplemente desconoce «[...] the position of Lapp within the family». ¹⁷ A continuación, en el apartado «A possible interpretation of the evidence within the paradigm» (pp. 132-3), para intentar corroborar que las supuestas y numerosas irregularidades fonéticas registradas en el léxico básico PU son una prueba de la inexistencia de dicha proto-lengua, AM opina que la estabilidad y resistencia de algunas palabras está relacionada con la frecuencia de su uso: a mayor uso, mayor estabilidad. Por lo tanto, las palabras elementales deben de conservarse mejor. Se trata de un principio elemental de lingüística histórica que incluso AM ha extraído de un manual general de lingüística histórica (cfr. Bynon 1977). Sin embargo, el caso contrario también está perfectamente documentado, es decir, que las palabras de mayor uso registren gran cantidad de anomalías y deformaciones tanto fonéticas como morfológicas. Sea como fuere, se trata de un problema léxico que no atañe a la credibilidad atribuible a la relación genética de un grupo de lenguas, por lo que nos encontramos ante un nuevo argumento irrelevante, basado, además, en una mala o incompleta lectura de los hechos.

El capítulo «False matches or genuine linguistic correlations?» (pp. 136-53) está dedicado por completo al análisis estadístico de los datos lingüísticos disponibles, sobre todo a nivel fonético. Sin embargo, y aunque resulte tedioso, la autora vuelve a hacer uso de una metodología cuanto menos extraña. Una afirmación como la siguiente: «[a] certain amount of personal intuition and subjectivity is required on the part of the compiler of the etymologies in assessing whether two words are sufficiently similar in meaning, sound etc.» (p. 141), debe poner sobre aviso al lector cuando se aplican métodos científicos como la estadística. AM ha considerado aptos para su inclusión en las estadísticas sólo nueve fo-

¹⁷ Cfr. Austerlitz (1987: 177-84). Véase igualmente el esquema en Austerlitz (1991: 354) donde se recoge la rama *saami* sin mayores complicaciones.

nemas consonánticos, a saber **w/v*, **j*, **p*, **t*, **k*, **l*, **m*, **n*, **s/š*, de los 16 PU (p. 142), así como sus correspondencias, mientras que ha optado por dejar fuera las correspondencias vocálicas, porque según AM «[...] the vowels have a little or no effect on the probability of a false match» (p. 142). Además, dentro de las correspondencias consonánticas, se ignoran los resultados de aquellos procesos fonéticos del tipo $C > \emptyset$, ya que la autora considera que una evolución de estas características en realidad no es una evolución, y por lo tanto no puede cuantificarse a nivel estadístico: «[i]n the calculating the probability of a false match, the form \emptyset is considered not to be a match, because the \emptyset does not count statistically as a consonant, [...]» (p. 142), por lo tanto, en comparaciones como finés *suoni* ‘vena’ y húngaro *ín* ‘id.’, sólo hay una correspondencia, finés *-n-* : húngaro *-n-*, lo cual, obviamente, traiciona al método comparativo, puesto que finés *s-* : húngaro \emptyset , es igualmente una correspondencia. En el apartado vocálico se realiza la estadística teniendo en cuenta secuencias vocálicas del tipo $V_1 - V_2$ (pp. 138-9), lo cual no tiene ningún sentido, puesto que el modo de proceder normal debería tomar las correspondencias fonéticas de las vocales, no el grado de incidencia de los pares vocálicos en una raíz dada. Este gravísimo error está en consonancia con la terminología oscura que se ha señalado en párrafos anteriores y que por consiguiente es arrastrada desde el capítulo cuarto. No menos sorprendente es que, después de dedicar varias páginas a la cuestión (pp. 73-5), la autora no tenga en cuenta el efecto acumulativo, echando abajo gran parte del cometido de la estadística en su aplicación a la lingüística histórica.

En el capítulo «Borrowed or inherited?» (pp. 154-79) vuelve a quedar de manifiesto la facilidad con la que AM maneja erróneamente el método comparativo. AM opina que palabras como las finesas *pelto* ‘campo de labranza’, *ranta* ‘orilla, ribera’, *kinkku* ‘jamón’ o *Risto*, este último correspondiente al nombre personal Christopher o Christian, no pueden ser considerados préstamos seguros del germánico, como viene siendo *communis opinio*, porque no responden a lo que AM denomina ‘atypicalness’ (p. 155); cfr. Lass (1997: 190-5). En su opinión, los principios neogramáticos establecen que cuando una palabra registra alguna irregularidad con respecto al patrón originario significa que la palabra en cuestión es un préstamo. Tal principio no existe en el método comparativo y mucho menos ha sido formulado por los neogramáticos, de ahí que el comentario «[t]his contradiction should not be a surprise because, as we shall see, this Neo-grammarians principle has been superseded by modern linguistic evidence» (p. 155) sea completamente innecesario. En cualquier caso, al intentar demostrar que las anomalías de las palabras finesas mencionadas no tienen por qué significar necesariamente «préstamo», la autora falla por dos razones: primero, la presencia de una vocal no palatal en la segunda sílaba, cuando la primera sí lo es, va en contra de la armonía vocálica que tanto caracteriza a muchas lenguas U, y segundo, la estructura silábica de las mismas, con los grupos consonánticos *-lt-*, *-nt-* o *-st-*, no son ni mucho menos habituales. Estos dos simples procesos anómalos, que deberían constituir la base de conocimientos de un uralista novato, confirman el origen externo de las palabras finesas: *pelto* < germánico **/felð-u-l*, *ranta* y *Risto* < germánico **/stranð-l*, *kinkku* < germánico escandinavo *skinka*.¹⁸

¹⁸ Debe aclararse que en Lass (1997) se usan estas mismas palabras finesas, pero defendiendo la postura tradicional del préstamo germánico. De nuevo, AM utiliza una fuente de uso general, para *a posteriori* malinterpretar su contenido.

El tratamiento de los préstamos tiene una gran tradición no sólo en la uralística, sino en cualquier otra disciplina como la indoeuropea¹⁹ o la drávida,²⁰ por citar solo unas pocas. Debe quedar claro que el hecho de establecer correspondencias fonéticas no siempre es garantía de relación genética. El pequeño porcentaje de vocabulario indoeuropeo que se conserva en la lengua albanesa necesariamente conduce a la conclusión de que el resto es de origen externo. La riqueza y regularidad de estos préstamos, fruto de un contacto intenso durante un período de tiempo prolongado, permite al lingüista establecer sin problemas correspondencias fonéticas entre e.g. el albanés y el latín; vid. Ledesma (1996: 51-5). Como consecuencia de esta fobia a la posibilidad de encontrar un léxico común y originario, una de las conclusiones del capítulo afirma que «[...] it is evident that a model based on isoglosses is better than a family tree model to account for the intricate correlations observed in the Euroasiatic area, [...]» (p. 179). Los modelos basados en isoglosas demuestran efectivamente el contacto entre lenguas, pero su validez para establecer por sí solas relaciones genéticas es cuestionable.

AM aborda la cronología relativa del PU en «The Antiquity of Proto-Uralic» (pp. 180-202). Según la autora el estudio concienzudo de la paleo-lingüística, la paleobotánica o de los préstamos indoeuropeos son las herramientas con las que el historiador cuenta para determinar los distintos períodos históricos de las lenguas U, tomando el nombre de algunos árboles o préstamos indoeuropeos (pp. 180-183). Para AM, la importancia de estudios conjuntos entre la arqueología y la lingüística tienen poco valor, pese a lo reveladores que pueden ser, por ejemplo, a la hora de establecer grandes migraciones, tan cruciales en el devenir histórico de las lenguas. En la segunda parte del capítulo se presenta un breve resumen de la situación de los préstamos entre las familias indoeuropea y U, dando por supuesto que los hay, y extrayendo conclusiones ciertamente complejas acerca de la cronología que puede deducirse a partir de su estudio (pp. 184-197). Por otro lado, AM apunta acertadamente que el sustrato lingüístico presente en los grupos germánico, báltico y eslavo no ha de ser necesariamente U (pp. 199-201), e.g. muchos términos no indoeuropeos presentes en germánico reflejan un sistema originario rico en fricativas, sonidos de los que por regla general carecen las lenguas U. Para llegar a esta conclusión se sigue el modelo de sustrato ideado por Kalevi Wiik (cfr. entre otros Wiik 1997), otro defensor de la propuesta seguida por AM.

El capítulo dedicado a la morfología (pp. 203-51) debería ser sin duda alguna uno de los más interesantes y decisivos para la correcta comprensión de esta obra. Como es sabido, la prueba definitiva que demuestra la relación genética entre un grupo de lenguas es la comparación morfológica. A este respecto, la familia uralica presenta algunos puntos oscuros debido a la dificultad de reconstruir un sistema homogéneo, hablando siempre en términos reconstructivos. Según AM, muchas de las marcas verbales, nominales y demás han surgido en época histórica en las diferentes lenguas U y por eso es imposible reconstruir un modelo único. Aparte de lo absurdo de este argumento, que carece de base material, es posible trazar muchos elementos

¹⁹ Vid. varios trabajos sobre esta cuestión en el reciente volumen de Carpelan, Parpola y Koskikallio (2001).

²⁰ Vid. a modo ilustrativo el clásico de Emeneau y Burrow (1962).

morfológicos hasta una etapa proto-histórica. Pero dichos elementos son considerados por AM fruto del contexto euroasiático (cf. tablas en pp. 246-8). AM afirma que en lapón o saami no se ha conservado la marca de plural PU **t*. Esto es falso, ya que efectivamente se ha mantenido, pero tras uno de los cambios fonéticos mejor atestiguados en el paso del proto-fínico al (proto-)saami, es decir, el de **-t* > **-k* en posición final, e.g. proto-fínico **menet* ‘tú vas’ > saami *mânâk*, finés *menet*, proto-fínico **kotat* ‘casa, refugio’ > saami *goadek* ‘tienda saami’, finés *kodat*; cfr. Korhonen (1988: 277-9), Sammallahti (1998). No obstante, cabe añadir que actualmente en saami vuelve a darse el plural en *-t*, con toda seguridad por influencia del finés.

En lo que respecta a la situación de las desinencias nominales, que en el modelo urálico se dividen en primarias (nominativo, acusativo, genitivo, dativo, locativo, lativo, ablativo) y secundarias (inesivo, esivo, adhesivo, alativo, etc.),²¹ AM sólo defiende como primarias un locativo-lativo **-n* y un locativo-separativo **-t*. Los casos secundarios son, en su opinión, resultado de un proceso aglutinativo para el que únicamente aporta pruebas materiales de la lengua húngara, donde el proceso de gramaticalización es más que obvio, e.g. antiguo húngaro *gimilr-be-n* > húngaro moderno *gyümölcs-ben* ‘dentro de la fruta’ o *timnuce-bel-ev-l* > *tömlöc-ből* ‘movimiento hacia fuera desde el interior de la prisión’ (pp. 216-9). De entre todo este desastre destaca el hecho de ignorar la evidencia material relativa al caso acusativo **-m*, documentado en casi todas las ramas U (excepto en pérmico) —cfr. Raun (1988: 558)—, y sobre cuyo estatus nadie dudaba hasta ahora. Asimismo, el más que probable origen común del caso genitivo **-n* y el lativo **-n* es motivo suficiente para que la autora los elimine por completo del paradigma PU, sin más argumentos o contrapropuestas.

La autora repasa también otros apartados importantes de la morfología urálica como las marcas verbales o los pronombres, que en general plantean menos problemas. La conclusión de este capítulo es de nuevo sorprendente: como la morfología urálica es muy difícil de reconstruir dada la dispersión de las marcas y además existen ciertos datos tipológicos que apoyarían una creación reciente (básicamente el clásico ciclo tipológico lengua aislante > aglutinante > flexiva > aislante), el ancestro original debió poseer un sistema muy simple y ser relativamente «joven», adjetivo usado constantemente por AM y cuyo significado exacto debe ser «de antigüedad no precisa». El problema aquí es obviamente discernir cuál es la relación entre un ciclo tipológico determinado y la mayor o menor antigüedad de un grupo de lenguas. A priori, no parece existir ninguna relación, porque cualquiera de esos ciclos puede darse igualmente a lo largo de 20.000 años que en un espacio de 100, por lo tanto, la lengua PU pudo ser aislante hace 15.000 años, en cuyo caso habría que retirar el adjetivo «joven».

En el capítulo «Completing the picture: proper names, archaeology and genetics» (pp. 252-68), AM ofrece pruebas adicionales para corroborar la supuesta falacia que supone la familia urálica. Más que ofrecer pruebas, lo que hace es destacar el hecho de que no es posible identificar una cultura determinada con la que en un principio

²¹ Cfr. Décsy (1990: 68): «The number of the cases assumed of the PUralic language varies between 4 and 8 in the new handbooks of the comparativists. Generally uncontroversial are the so-called concrete local cases and their endings (locatives, latives, [...]). Problems arise in connection with the existence of the abstract (grammatical) cases (genitive, accusative)».

debería haber hablado alguno de los estadios PU reconstruidos. Igualmente, AM destaca la inexistencia de topónimos comunes a todas las ramas y la nula correlación de genes entre las poblaciones hablantes de lenguas U. En este sentido la autora acomete la labor de solucionar el origen de los etnónimos *Suomi* 'finés, finlandés' y *Magyar* 'húngaro', poniéndolos en relación con los topónimos *Sumi* (pp. 254-6), y cómo no, *Başkir* (pp. 256-62), éste último relativo a las lenguas túrcicas. AM considera que esto es utilizar correctamente el método comparativo, y que de este modo puede demostrar la relación finesa-húngara-altaica (utilizando datos túrcicos para el ámbito altaico) de algún modo. En el caso poco probable de que estas etimologías fueran correctas, no se demostraría nada, por que los topónimos y etnónimos viajan, se prestan, se transforman y se diluyen como el agua. Por lo tanto, ninguna prueba procedente de este análisis puede ser tomada en serio. El apartado genético es todavía más problemático. La genética y la lingüística tienen de momento muy poco que hacer conjuntamente. Por su parte, la identificación de un grupo cultural determinado con una proto-lengua no sólo es prácticamente imposible, sino que además es irrelevante para confirmar o desmentir la existencia de una serie de lazos genéticos entre un grupo de lenguas cualesquiera.

Para finalizar, en «Summary and Conclusions» (pp. 269-78) AM condensa todas las ideas expuestas en los capítulos anteriores, concluyendo que el método comparativo no es suficiente para establecer correctamente una relación genética entre las lenguas denominadas comúnmente «U» y que la comunidad científica se ha dejado llevar por un comportamiento darwiniano que en su opinión no es posible aplicar sobre la hipotética familia U. Ante esto cabe preguntarse: ¿qué es entonces necesario? ¿el modelo darwiniano es incorrecto en su formulación y las lenguas reales no se comportan siguiéndolo? Quizás en un próximo libro AM responda ambas cuestiones.

Los apéndices que vienen incluidos resultan ser del todo útiles dado el carácter crítico que posee la obra. Algunos de ellos pueden ayudar al lector a valorar si realmente la información proporcionada por la autora se refleja con la evidencia material. El primer apéndice (pp. 280-1) recoge una tabla con la distribución de los términos que hacen referencia a partes del cuerpo, e.g. hombro, ojo, sangre, orina, corazón, vena, cabeza, codo, etc. Esta tabla se ha confeccionado con el material del *Uralisches Etymologische Wörterbuch* (Rédei 1986-1988), siendo posible consultar correlatos balto-fineses, ob-ugrios, húngaros, pérmicos, samoyedos y lapones. El segundo apéndice (pp. 282-3) es otra tabla, esta vez basada en el corpus de Janhunen (1981), que recoge términos de ámbito general, incluyendo verbos, y donde falta el material samoyedo. En ambas tablas no falta la correspondiente referencia numérica de las obras manejadas, necesaria para localizar cada etimología, así como el número de consonantes con las que cuenta cada término.

El tercer apéndice (pp. 284-6) analiza la distribución de las principales desinencias nominales U. En primer lugar se menciona su distribución interna, es decir, dentro de las propias lenguas U (¡aunque la marca de acusativo **-m* no está presente en pérmico, donde un nuevo sistema casual ha aparecido recientemente!, p. 284), pero después se menciona, en caso de ser posible, alguna conexión externa. La «hipótesis nostrática» hubiera sido de extrema utilidad para este último objetivo, ya que las investigaciones recientes permiten relacionar gran parte del sistema flexivo urálico con el de otras familias lingüísticas.

El cuarto apéndice (pp. 287-8) es un interesante estudio sobre la etimología de cada uno de los etnonímicos de los pueblos U. Aunque falta alguno, como pueda ser 'lapón' (testimoniado en manuscritos islandeses) o 'samoyedo' (deriva de la lengua selkup, en donde *samatu* o *somato* hace referencia a los enets), se trata de una investigación profunda muy bien documentada a nivel bibliográfico. El quinto y último apéndice (pp. 289-90) hace acopio de los topónimos que comparten en un principio las lenguas húngara y bashkir y que viene a colación por las distintas hipótesis que han relacionado el origen del término *magyar* con un etnonímico bashkir *bajgir*. Algunos de estos topónimos compartidos son reveladores, e.g. bashkir *Bekáš*, húngaro *Békás* 'lugar donde hay muchas ranas', cf. húngaro *béka* 'rana'.

Las siguientes páginas (291-305) están dedicadas a las copiosas notas que salpican el texto, y la bibliografía (pp. 306-28), ciertamente extensa, actualizada y muy completa. Cierra el volumen un grupo de índices típicos en este tipo de obras: de materias (pp. 329-30), de lenguas, no sólo U (p. 331), y de autores (pp. 332-5). Como es fácil de observar, el *index verborum* con todas las formas citadas se antoja casi indispensable, y concretamente en este libro su ausencia se deja notar muchísimo, sobre todo teniendo en cuenta el cuidado que la editorial se ha tomado en su edición. La consulta de este manual será hecha por lingüistas que no han de ser necesariamente estudiosos del campo uralista y la falta de una herramienta de tal calibre se echará en falta.

En conclusión, la lingüística histórica y comparativa no tienen precisamente un aliado en este libro. El hecho de que el método comparativo sea inexacto y que presente ciertos fallos es por todos bien conocido. Este volumen es novedoso en tanto en cuanto es la primera vez que se critica tan ferozmente esta herramienta esencial de la lingüística histórica. Sin embargo, una crítica semejante debe hacer gala de una sólida argumentación, algo de lo que carece por completo este libro, tal y como se ha venido mostrando en esta revisión. Esta es una buena oportunidad para aquellos que siendo uralistas desean poner a prueba los cimientos de su fe, pero para aquellos que son profanos en la cuestión, este libro puede ser incluso una mala influencia y deberá ser leído con mucha precaución, siendo conscientes de que la postura tomada por AM está lejos de ser la común. Si hay algo positivo que pueda decirse de este provocativo trabajo es lo cuidado de su edición, que no ha reparado en gastos a la hora de recoger una cantidad ingente de ejemplos, tablas, gráficos, cuadros y mapas. Con todo, este volumen ha conseguido ganarse un lugar indiscutible entre las obras de referencia de la uralística moderna, pese a lo negativo de su valoración, y seguro que será citado constantemente en futuros trabajos, versen o no sobre las lenguas U.

Jan Braun (2001): *Sumerian and Tibeto-Burman*. Warszawa: AGADE. 93 pp.

El profesor de la Universidad de Varsovia, Jan Braun [JB], especialista en culturas y lenguas del Próximo Oriente, presenta en este breve libro sus conclusiones acerca de los orígenes lingüísticos de la lengua sumeria [S], que durante años se ha presentado como una lengua sin parientes reconocidos, es decir, aislada. De hecho, el objetivo principal del libro es demostrar la relación genética que supuestamente existe entre esta venerable lengua y, según puede ya intuirse por el título de la obra, el grupo tibetano-birmanio [TB], compuesto por algo más de 200 lenguas, de las cuales las

más importantes, el tibetano [T], con casi 6 millones de hablantes, y el birmano [B], con algo más de 38 millones, son poseedoras de una riquísima tradición escrita. Las lenguas TB conforman a su vez la rama meridional de la familia sino-tibetana [ST],²² que cuenta con otra más, denominada *han* o china, como es más conocida, y sobre la que poco es necesario decir, ya que se trata de una lengua tan importante y milenaria como la S.²³ Se dice «según» el título de la obra, porque tal y como se mostrará en las siguientes líneas, esto no resulta ser del todo cierto en el cuerpo del libro. Es posible adelantar, sin el mayor asomo de duda, que la inmensa tarea de solucionar el origen lingüístico del S continúa siendo eso, una inmensa tarea por hacer, en la que otras vías de investigación, como la ofrecida por la «hipótesis nostrática», siguen siendo mucho más productivas.

En la contraportada del libro puede leerse: «[...] Sumerian language which is one of the oldest literary languages of the world». Todavía no se ha encontrado lengua más antigua que la S,²⁴ y ese mismo hecho incrementa la curiosidad que genera este libro.²⁵ Durante años, incluso siglos, el S se ha ganado a pulso la etiqueta de lengua «aislada», es decir, sin ningún pariente genético reconocible, colocándose al mismo nivel que otras muchas lenguas del planeta, más de las que los propios lingüistas creen. Desde el vasco en el Golfo de Vizcaya,²⁶ hasta el kutenai (o kootenay), el chimariko, o el zuñi (o zuni) en Norteamérica,²⁷ pasando por el burušaski en Asia Central, o el ainu²⁸ y el gilyak (o nivx),²⁹ también en Asia, todas se han mantenido inexpugnables desde hace décadas ante el método histórico-comparativo, encargado

²² La mejor introducción a la lingüística sino-tibetana sigue siendo Benedict (1972). En agosto de este año apareció el también imprescindible Matisoff (2003), cuyo autor es además el director del proyecto STEDT (*Sino-Tibetan Etymological Dictionary and Thesaurus*), cfr. <http://stedt.berkeley.edu/index.html>. La ausencia de la primera de estas obras en la bibliografía de JB es remarcable (la segunda, por razones cronológicas, queda fuera), sobre todo cuando se antoja realmente necesaria si se desea llevar a buen puerto tamaño empresa. La ausencia de bibliografía especializada en la cuestión, y casi lo que es más importante, actualizada, constituye un grave inconveniente del que este libro no es ajeno.

²³ Las lenguas chinas, más de cien, poseen una historia muy dilatada, que arranca en torno al 1500 a. C., cuando los primeros textos en chino arcaico son hallados en la antigua capital de Anyang, sobre omoplatos de ciervo y caparzones de tortuga. En la actualidad sus dialectos son hablados por algo más de 1200 millones de personas, en lo que constituye la lengua más utilizada del mundo. Cfr. a modo general entre otros Forrest (1973) o Nguyen (1989).

²⁴ La escritura cuneiforme aparece en Mesopotamia en torno al 3500 a. C., y deja de utilizarse en el 75 de nuestra era, tras tres milenios de uso. A partir del año 2500 a. C. son encontradas en Sumer inscripciones reales y poesía religiosa, aunque es seguro que con anterioridad la escritura se utilizara para usos comerciales y administrativos.

²⁵ No se tienen en cuenta escrituras sin descifrar, como la del Valle del Indo, que podría estar codificando una lengua tan antigua o más que la propia S. Cfr. introducción histórica en Parpola (1994: 1-175).

²⁶ Cfr. Trask (1997: 358-429) donde se recoge un magnífico resumen de las vicisitudes históricas de esta lengua a nivel comparativo. Un artículo interesante sobre el aislamiento en general de las lenguas es Trask (1999).

²⁷ Cfr. Campbell (1997: 118, 122, 139). No obstante, en este mismo volumen es posible encontrar otras muchas lenguas aisladas.

²⁸ Cfr. a modo de introducción Shibatani (1990) y Ohno (1970). Resultaría ilustrativo consultar Patrie (1982) y después la contundente revisión de Street (1983).

²⁹ Cfr. Gruzdeva (1997). No menos interesante son Comrie (1981: 266-72) y Vovin (1993: 158-62).

directo de averiguar, entre otras cosas, la ascendencia lingüística. Aunque la situación de algunas, como la propia S, se despeja poco a poco,³⁰ la gran mayoría, de acuerdo con las últimas investigaciones, permanecerán en su estado actual durante mucho tiempo.

La historia de las relaciones genéticas del S daría para escribir un artículo monográfico. Es tal el deseo de encontrar para esta lengua un familiar, dadas las implicaciones históricas, arqueológicas o, incluso, antropológicas que eso conllevaría, que han sido planteadas las vinculaciones más disparatadas, desde con el vasco (cfr. Trombetti 1926) hasta con lenguas indígenas americanas o del Cáucaso. No obstante, la última propuesta, dejando al margen la presente, ha resultado ser la más fructífera. La inclusión del S en la denominada «hipótesis nostrática», formando parte de un dialecto meridional junto a las familias drávida, túrcica, tungusa, mongólica, urálica, japonesa,³¹ y las lenguas jucaguira y coreana, se ha revelado como una opción bastante plausible para resolver su origen lingüístico. Sin embargo, será necesario todavía esperar varios años hasta que la investigación nostrática [N] se asiente, y de este modo se puedan extraer las conclusiones adecuadas a partir de las evidencias de las que se disponga.³²

Por su parte, la familia ST ha sido en repetidas ocasiones relacionada con la macro-familia sino-caucásica o déné-caucásica (cfr. Shevoroshkin 1991). Desde que el gran lingüista y antropólogo Edward Sapir (1884-1939) mostrase cierto interés por las similitudes entre los sistemas tonales del navajo y del T (cfr. Sapir 1915), una avalancha de trabajos han aparecido defendiendo una relación genética entre ambas lenguas, y por extensión familias, sobre todo en los últimos veinte años. Lingüistas como John D. Bengston, Vaclav Blažek,³³ Sergej Starostin (cfr. Starostin 1991) o Sergej Nikolaev (cfr. Nikolaev 1991) añadieron posteriormente las lenguas caucásicas, yeniseicas, y un sinfín más. La bibliografía disponible también merecería un monográfico, por lo que aquí sólo se mencionarán las referencias más importantes o representativas.

Con respecto a la historia de la cuestión genética, JB ni siquiera ofrece un resumen introductorio, así como tampoco un perfil histórico de las lenguas involucradas en su investigación, por lo que el lector se encuentra partiendo desde un vacío lingüístico, temporal e histórico ciertamente serio y preocupante.

³⁰ Destaca especialmente el trabajo de Ilija Čašule, profesor de la universidad australiana de Macquaire (y un magnífico traductor de poesía macedonia), con el burušaski y su más que probable origen indoeuropeo, cfr. (1998, 2003a, 2003b, 2004).

³¹ El autor de esta revisión no está de acuerdo con la denominada macro-familia «altaica», considerando a cada uno de los miembros que tradicionalmente se vinculan con ella grupos independientes.

³² En Bomhard y Kerns (1994) se comparaba por vez primera de forma sistemática el S con el N, incluyendo el material sumerio entre las etimologías nostráticas y extrayendo las correspondencias fonéticas pertinentes. No obstante, el mismo autor desestima, sin explicación alguna, el S en su siguiente trabajo, (Bomhard 1996); cfr. no obstante Bomhard (1997) donde sigue defendiendo el origen nostrático del S. Esto puede deberse a su fuente de consulta principal, Gostony (1975), cuyas principales reseñas (e.g. Edzard 1976) dejan muy claro que se trata de un diccionario francamente poco útil, dada la cantidad de errores y malas interpretaciones que lo jalonan.

³³ Cfr. Bengston y Blažek (1995), donde aparecen, además de las lenguas mencionadas, el vasco, el burušaski y el propio sumerio. Dedicado al ainu, puede consultarse idéntico trabajo en Bengston y Blažek (2000).

Antes de comenzar la revisión de este libro es necesario hacer un pequeño inciso a modo de nota previa, con referencia a la nula utilidad y fiabilidad de la comparación bilateral, llevada a cabo en el mismo, y que ha proporcionado a la historiografía de la lingüística histórica bochornosos capítulos. Un caso muy famoso, valga como ejemplo ilustrativo, mucho más detallado y mejor planteado que el presente, fue el elamodravídico. Desarrollado en solitario por el profesor de la Universidad de Londres, y posteriormente de Pennsylvania, David W. McAlpin (cfr. McAlpin 1981), la hipótesis fue finalmente desestimada pese a su aparente fortaleza inicial.³⁴ Continuando con el grupo drávida, hace ya varias décadas que el profesor C. P. Ananda Vasudevan, cansado de este tipo de trabajos comparativos que no hacían otra cosa que enturbiar la verdadera prehistoria de las lenguas, ya de por sí oscura y compleja, publicara un magnífico trabajo, de memorable tono satírico, en el cual es posible encontrar la «irrefutable» prueba de que las lenguas drávidas son «hermanas... ¡del griego clásico!».³⁵ No obstante, el estudio de Anandan Vasudeva no ha evitado la continua aparición de nuevas hipótesis basadas en la comparación bilateral.

Tras el índice de contenidos (p. 5), la lista de abreviaturas (pp. 7-8), y la bibliografía (pp. 9-11),³⁶ figura una breve introducción (pp. 13-14) que comienza con el siguiente comentario: «The present state of research in the field of Sumerology fully justified placing the question of the genesis of the Sumerian language in our scholarly agenda» (p. 13). La búsqueda de parientes próximos se ha producido durante la dilatada historia de la sumerología, desde sus más tempranos inicios e independientemente del estado de la disciplina. Esto no ha variado un ápice la calidad de los resultados, que hasta hoy han sido siempre negativos, dudosos o por comprobar. Por lo tanto, la expresión «present state» no se entiende. A continuación, JB afirma que «[a] necessary point of departure in the comparative study of Sumerian with Tibeto-Burman language required: 1. a solid historical foundation and 2. a consideration of all comparable elements of the language systems» (p. 13). Es innegable que JB conoce las necesidades del método comparativo y sobre qué ha de asentarse la credibilidad de una propuesta como la que desea plantear. Sin embargo, y a pesar de la intención inicial del autor, ninguna de estas dos premisas serán cumplidas. La introducción finaliza con unas breves líneas sobre el sistema silábico sumerio de acuerdo con la visión de JB, la cual se discutirá en la sección correspondiente.

Mientras que nadie duda del aislamiento lingüístico del S, es imposible ignorar la pertenencia genética de las lenguas TB, que hasta la fecha, y siempre y cuando no se demuestre lo contrario, pertenecen a la familia ST, como ya se ha apuntado. Por lo tanto, un primer acercamiento debería de aclarar por qué el S se inserta precisamente en el grupo TB y después tratar de explicar cómo es posible que el S esté documentado

³⁴ Cfr. a modo ilustrativo la crítica de Krishnamurti (2003: 43-7).

³⁵ Es decir, un caso idéntico al que nos ocupa: comparación de una lengua con una familia o grupo lingüístico pleno. Cfr. Ananda Vasudevan (1973).

³⁶ La bibliografía no sigue ningún orden alfabético o cronológico, sino que las obras consultadas vienen agrupadas según la lengua y la temática (gramática, léxico, diccionario, etc.). No contiene ningún trabajo actual y hay graves omisiones, como los imprescindibles diccionarios de sumerio, uno el editado por la Universidad de Pennsylvania (Philadelphia), a cuyo cargo se encontraba el equipo de Åke W. Sjöberg (1984-1994), siendo ahora el máximo responsable Steve Tinney, y el otro, aunque antiguo todavía sumamente útil, de Deimel (1928-1937).

antes de la fecha en la cual se supone comenzó a utilizarse el ST, es decir, mucho antes de la existencia no sólo del T o del B, sino incluso de las distintas lenguas chinas. Y es que el desfase cronológico en el cual esta propuesta incurre supone un obstáculo aparentemente insalvable, puesto que la lingüística histórica data el ST en el *ca.* 4000-3500 a.C. Por lo tanto, el S debería ser, por lo menos, una lengua hermana del ST, al mismo nivel taxonómico, pero nunca una descendiente del TB, que ni siquiera se ha formado en esas fechas.³⁷ Pese a esta evidencia descorazonadora, JB comenta, en la sección de fonética, «[...] one of the western Tibetan dialects migrated to Mesopotamia, subsequently becoming Sumeria» (p. 84). La idea de que el S es en origen un dialecto T acaba de disipar las dudas, en un sentido negativo, sobre la ascendencia genética del S. A partir de aquí, toda credibilidad debe desaparecer por necesidad.

El estudio fonético llevada a cabo por JB ocupa únicamente cuatro páginas (pp. 81-84) y realmente consiste en una lista de comparaciones bilaterales del tipo A : B, que están acompañadas por el n.º de etimología en las que se observan dichas correspondencias. En muchos casos, y como suele ser costumbre en las comparaciones bilaterales, las correspondencias son completamente triviales, cfr. cuadro de las vocales (p. 81). JB no extrae ninguna reconstrucción, mutilando así el método comparativo. Previamente (p. 15) el autor ha «fijado» el inventario fonético, tanto del S como del antiguo tibetano [AT], que se ha utilizado. En este punto es necesario llamar la atención del lector, para que observe cómo no es el sistema del TB del que se discute, sino del sistema del AT. Este dato no debe olvidarse, puesto que se ha afirmado en páginas precedentes que se utilizará siempre que sea posible la reconstrucción científica de la proto-lengua originaria TB,³⁸ que por supuesto está disponible. Por lo tanto, es incomprensible por qué el autor optó por trabajar con el AT. De nuevo, la credibilidad de la hipótesis se viene abajo. Sea como fuere, es necesario continuar el análisis del libro, puesto que el lector profano podría no considerar estos dos puntos vitales, y quedar «asombrado» por el contenido de las páginas siguientes, que están igualmente repletas de errores y malentendidos. *Abyssus abyssum invocat...*

Siendo así, mientras que el inventario del AT está perfectamente documentado y no supone mayor dificultad encontrarlo, el inventario S sí que plantea serios problemas, en tanto en cuanto no se conoce con exactitud el valor fonético de algunas grafías que, aunque de uso tradicional, e.g. < z >, < ž >, < h >,³⁹ no dejan de ser formalismos.⁴⁰ Acerca de la presencia de un fonema glotal, sobre todo en vocales iniciales

³⁷ Cfr. «The time of hypothetical ST unity [...], must have been at least as remote as the Proto-Indo-European period, perhaps around 4000 B.C.», <http://stedt.berkeley.edu/html/STfamily.html>.

³⁸ «Wherever possible, [...] in comparing the Sumerian data with those from the Tibeto-Burman languages, I tried to use the already-existing scientific reconstruction of the oldest Proto-Tibeto-Burman common language ancestor», p. 13.

³⁹ Este último en la tradición como < ħ >. El autor menciona dos fonemas fricativos: el anterior, y < γ >, que supuestamente deriva de *g̊ y sobre el que sólo se comenta lo siguiente: «In some words, g became voiced velar spirant» (p. 84). Sin embargo, lo cierto es que el autor utiliza este fonema como comodín, puesto que cuando un fonema T /g/ o /n/, nasal en cualquier caso, equivale a S Ø, se presupone que en una etapa proto-sumeria este fonema *g̊ se hizo fricativo /γ/ para después desaparecer o confundirse con el valor de la grafía < ħ >, e.g. S /buru_g/ 'vaciar' (< *buruγ), /buruħ/ 'moverse rápidamente' : T *brug-pa* 'fluir' (280). En esta reseña se restituirá la forma S tradicional, pudiéndose consultar la particular visión de JB con ayuda del n.º de etimología.

⁴⁰ JB ni siquiera utiliza las barras oblicuas / / para transcribir las secuencias del S.

simulando el espíritu áspero del griego clásico, no se tiene constancia en S. En conclusión, se ignoran todos los problemas que entraña la fonología del S (distinción entre vocales largas y breves, existencia de la vocal /o/ (cfr. Lieberman 1979), cualidad de la oposición oclusiva, rasgos de las fricativas, valor exacto de las grafías < ḡ >⁴¹ y < -dʳ >, etc.)⁴² y la primera impresión que provoca observar el cuadro S ofrecido por JB es que se ha intentado adaptar, mejor forzar, al del AT para que desde un principio la comparación resulte más factible.

Esto viene confirmado por la teoría de la estructura silábica expuesta por JB en la p. 14. Considerar una lengua monosilábica solamente porque, tras segmentar una palabra dada, los elementos obtenidos sólo constituyen sílabas, es una conclusión ciertamente peligrosa. De hecho esta afirmación, sin más pruebas, resulta ridícula. En honor a la verdad, es necesario decir que en el caso del S hay fundadas razones para pensar que antaño fue una lengua monosilábica, puesto que algunas de sus palabras pueden ser descompuestas hasta alcanzar dicho estadio.⁴³ Sin embargo, existe igualmente una cantidad ingente de lexemas bisilábicos o incluso trisilábicos, de claro origen S, que no son divisibles de ninguna forma posible, e.g. /buru₅/ ‘pájaro’ o /ḡišimmar/ ‘palmera datilera’. A esto debe añadirse que JB defiende un sistema silábico S (p. 14) en el cual no hay ninguna estructura que comience por vocal, ignorando de este modo la evidencia material disponible, e.g. /ak/ ‘hacer, tratar’, /eš₅/ ‘tres’, /isimu₂/ ‘descendiente, vástago’ o /ul₄/ ‘rápido’, cada una iniciada por una vocal distinta, demostrando así que no es caso aislado de una vocal o algo parecido. Quizás con la presencia de aquel fonema glotal «fantasma» en posición inicial absoluta sobre las vocales (cfr. *supra*), JB quiera aclarar la necesidad de un fonema consonántico inicial que la escritura S no marcaba. Esto es un *petitio principii*, cuyo objetivo parece ser, nuevamente, forzar la estructura original S para adaptarla a la T.

Pero todavía hay más. Para los fonemas del AT /ž/, /žj/ y /ń/ no se plantea origen alguno, manteniéndoseles al margen de la comparación. Del mismo modo, las semivocales *i* y *u* se han apartado del material y no se estudian en ningún momento. En la correspondencia S /n/ : AT *m*, se recurre a un estadio hipotético proto-sumerio **m* sin ninguna base comparativa, suponiendo que el AT ha conservado el fonema original, y que la reconstrucción del fonema **n* (S /n/ : AT *n*), obliga, por eliminación, a que el otro fonema sea **m*. Igual de controvertidas resultan las correspondencias S /n-/ : AT *nj-*, S /p/ : T *p*, *b* o S /b/ : T *b*, *p^c*, donde no se establece contexto alguno que explique la evolución de uno u otro, y en el último tampoco se explica por qué aparece la aspiración en AT. Hay otras correspondencias basadas exclusivamente en un ejemplo, e.g. S /-z/ : AT *-s*, S /g-/ : AT *ḡ-*, S /-ḡ-/ : AT *-ḡ*, S /p-/ : T *nja-* y los pares sueltos S /šus/ : AT *sus* (31), S /šeš/ : AT *šes* (42). Algunos fonemas, tanto S como AT, poseen una cantidad ingente de resultados distintos, e.g. S /ḡ/ : T *n-*, *g-*, *nja-*, *-g*, T *n* : S /-g, ḡ-, g-, -ḡ-, -m, -n, -ḡ/ y S /š/ : T *š*, *s*, *č*, *č^c*. Si no se explican los contextos en los cuales cada uno de estos fonemas apa-

⁴¹ Esta grafía es sustituida en el texto por < ḡ >.

⁴² Cfr. Zamudio (1998: 20-4) y/o Thomsen (1984: 37-47), ambos con un rico elenco bibliográfico.

⁴³ Cf. www.sumerian.org/sumerlex.htm, donde se recoge un léxico basado en el análisis monosilábico de los componentes léxicos, e.g. /ga-bal/ ‘pecho’ < /ga/ ‘leche’ + /ba/ ‘dar’.

rece, parece más una cuestión de suerte y coincidencia, que de correspondencia sistemática.⁴⁴ Además, hay una correspondencia que se repite, S /-ɣ/ : AT -ŋ, teniendo en un momento inicial un solo ejemplo (125), para después añadir cuatro más (160, 170, 197, 249).

La siguiente sección está dedicada a los grupos consonánticos. El autor establece dos procesos fonéticos distintos en los cuales están involucrados estos grupos. En el primero de ellos a un grupo consonántico AT le corresponde una sílaba con vocal epentética en S, e.g. S /da-ra/⁴⁵ : T *dra* (108). En este proceso el autor no señala que se producen, casi siempre, secuencias fonéticas irregulares, e.g. /dirig/ : dreg (182), /kušu/ : klu (45), /kuš/ : k^cru (17), /kalaḡ/ : kluḡ (77), /kišib/ : krab (118).⁴⁶ Por desgracia, el segundo de los procesos supone que esos mismos grupos del AT se simplifican en S, e.g. /ra/ : p^craγ (259), /rad/ : brad (185).

El ámbito morfológico es el que finalmente otorga credibilidad a una hipotética relación genética. En este caso concreto, y dado el muy acertado inicio fonológico, sería presumible encontrar una más que sorprendente sección dedicada a la morfología comparada. En el capítulo «Some Remarks on Word Formation in Sumerian and Old Tibetan» (pp. 85-6), JB hace hincapié en formaciones por composición del tipo S /mu-lu/ (dialecto /eme-sal/) ‘hombre’ : T *mi-lu-s-pa* ‘cuerpo humano’ y en los cambios semánticos que se observan en las raíces verbales: partiendo de una raíz única, en S y T ésta puede estar conservada como *nomen actionis* (vel *status*), *nomen agentis* o *actum*, e.g. T *ṽ-bug-(s)-pa* ‘to bore’ : T *ṽ-bug* ‘awl, puncher’ : T *bug-pa* ‘hole’ y S /bu₄/ ‘a well’. Ninguno de estos procesos podría ser aceptado como válido para demostrar la supuesta relación genética entre unas lenguas dadas. La formación de palabras por composición es uno de los procesos más comunes registrado en lenguas del mundo, mientras que la variabilidad semántica verbal ofrecida por JB es irrelevante por las mismas razones.

Resulta incomprensible por qué la sección anterior, como hemos visto dedicada a la formación de palabras, queda fuera de la siguiente: «Morphological Connections between Sumerian and Old Tibetan» (pp. 87-90). A lo largo de este apartado hay frases redundantes o sin excesivo sentido, e.g. «[s]ome of them [prefijos y sufijos] gradually became more productive; other, less productive, fell out of use. We are interested in those affixes which preserved their original sound and meaning common to Sumerian and Old Tibetan through the more than four thousand years since the languages separated» (p. 87). A partir de la observación del sistema de prefijos en AT (pp. 87-88), mediante el cual es posible distinguir la animicidad (entre otras categorías léxicas), y de los mismos prefijos, e.g. *n-*, *m-*, *b-*, *g-*, *r-*, *l-*, *s-*, JB cree que términos del S como /si-lig/ ‘mano’, /ša-kir/ ‘rueda del alfarero’, /ši-bir/ ‘palo’ o /bu-lug₂/ ‘separar’ han de ser reanalizados como /si/ + /lig/, /ša/ + /kir/, /ši/ + /bir/, /bu/ + /lug₂/, al considerar que dicho sistema ya se utilizaba en S. No hay razón alguna para segmentar así dichos términos, sobre todo teniendo en cuenta que precisamente estos ejem-

⁴⁴ No hay problema en aceptar diversos resultados para la evolución de un fonema siempre y cuando se establezcan las circunstancias (contextos) bajo los cuales se produce cada uno. Éste es un principio elemental de la lingüística histórica y del método comparativo.

⁴⁵ Tal y como lo nota JB es imposible saber si se trata de /da₂-ra/, /da₃-r(a)/ o /da-r(a)₄/. Sólo el significado puede aclarar esta duda.

⁴⁶ Este proceso epentético pudo efectivamente producirse, cfr. Boisson (1997).

plos son algunos a los que con anterioridad se hacía referencia, y que servían como prueba de la no monosilabidad del S.

La sección dedicada a la flexión nominal (p. 88), comienza con la siguiente aseveración: «Sumerian and Old Tibetan declensions are typologically very similar. Their respective case particles are connected nouns by agglutination. It is difficult, however, to establish cross language tangible links between such particles», si bien este comentario se realiza tras un análisis de las desinencias o posiciones existentes en S para marcar la categoría de número (p. 88), en opinión de JB *-ene*, *-meš* y *-γa*.⁴⁷ JB olvida el plural de totalidad por reduplicación, e.g. /*e₂-e₂*/ 'todas las casas', /*dingir-dingir*/ 'todos los dioses', y algunos plurales colectivos, que en este caso sí podrían reflejar o una escritura errónea que no señalaba la desinencia, o bien formas fosilizadas, e.g. /*engar*/ 'grupo de ladrones' (no hay sg.), /*dingir*/ 'grupo de dioses' (hay sg. /*dingir*/, pero quizás el colectivo extendiera su uso al sg., hablándose siempre de 'dioses', y no de uno en concreto, lo cual parece encajar con la situación politeísta S). Asimismo, JB compara el plural T *-dag*, e.g. *de-dag* 'aquellos', con el verbo S /*daḥ*/ 'añadir, multiplicar' (333). Sólo llevaría un par de minutos comprobar en cualquier diccionario de (A)T si es posible encontrar un cognado similar para las formas S /*-ene*/ y /*-meš*/, habida cuenta de la metodología del autor.

En lo referente a la flexión nominal (p. 88), JB presta atención a las siguientes semejanzas:

	S	T
Nominativo	Ø	Ø
Genitivo	/-ak/	- <i>kji</i> , - <i>gi</i>
Dativo	/-ra/	- <i>la</i>
Locativo	/-a/ < * <i>na</i>	- <i>na</i>

En primer lugar, la ausencia de desinencia, o la ausencia misma sin más, no puede servir como prueba de nada. En segundo, las correspondencias del propio autor fallan al aplicarse sobre la desinencia de dativo, al no recogerse ninguna correspondencia S /r/ : T //l/. La suposición de un proto-sumerio **-na* es completamente gratuita: ni se tiene constancia de la pérdida de nasales en S, ni se dispone de material adicional, a excepción del propio AT, para corroborar esta afirmación.⁴⁸ Esta carencia a la

⁴⁷ La última forma debe ser /-ḥi-a/, cuya lectura es clara, puesto que deriva de un verbo primitivo 'mezclar', de ahí que al principio señalara diversas clases o categorías de algo. Aparece en textos tardíos con la función plena de marcar plural. Sólo se usa con inanimados, e.g. /*udu-ḥi-a*/ 'diversas clases de ovejas; ovejas'. Cfr. Zamudio (1998: 29-30).

⁴⁸ La reconstrucción N refleja una desinencia de locativo ***-nV* > tunguso **-ni* / **-nu* dativo-locativo, japonés **-ni*, proto-túrcico **-n* instrumental-locativo, mongol clásico *doto-na* 'dentro', dra. **-in* / *-il* locativo, urálico **-na* / *-nä* locativo, esquimal **-mi* (sg.), **-ni* (pl.), **-ḡmi* (dual) locativo, cfr. además aleutiano *qita-m* 'en la mañana', y cuyo origen es un sustantivo aglutinado ***ḡiné-* 'lugar' > indoeuropeo **H₁en-i*, túrcico **in* 'hoyo, guarida de animales salvajes', fino-ugrio **ini* 'lugar', esquimo-aleutiano **ənə* 'lugar. No deja de ser importante, puesto que en S se conservan ambas formas: ***-nV* > prefijo locativo /-ni-/ (cfr. Thomsen 1984: 234-7), ***ḡiné* > /in-dub-bal/ 'territorio delimitado', donde /dub-bal/ es un verbo que significa 'amontonar', luego el significado del compuesto sería algo así como 'amontonar' un territorio' > 'marcar, delimitar un territorio'.

hora de aportar evidencias materiales, o incluso simples ejemplos, viene refrendada a lo largo de todo el texto, e.g. «[t]he ergative *-e* marker in Sumerian is different from the Tibetan *-s*. Dissimilar ergative marking, however, when chronologically posterior occurs in the other ergative language families as well». Aunque en este caso el autor no anda falto de razón, sería conveniente dar algunos ejemplos.

En el apartado verbal (pp. 88-90) vuelve a utilizarse el recurso de la ausencia para confirmar la relación sumero-tibetano-birmana, tras afirmar que «[l]inks that are more evident survived between Sumerian and Old Tibetan verb morphology» (p. 88). En esta ocasión se menciona la no existencia de desinencia verbal alguna para el imperativo, tanto en S como en AT. De todo el material aportado en esta sección, sólo merecen ser destacados los siguientes tres puntos, no por lo útil que puedan resultar a la causa de JB, sino por su importancia y recurrencia en la formulación de la «hipótesis nostrática».

- a) en S y T un infijo *-n-* en la forma verbal indica el sujeto de la acción, e.g. S /ga-n-ku₄/ 'me gustaría entrar': T *mi ʔ-duŋ* 'el hombre fue';
- b) hay un infijo *-b-* que marca el objeto de la acción, e.g. S /a-b-dim-en/ 'lo fabrico': T *b-coŋ-s* 'él lo ha vendido';
- c) el cohartivo S y el futuro T podrían tener un origen común, e.g. S /ga-til/ 'viviré': T *g-taŋ* 'lo dejará'.

Los dos primeros puntos, para quienes consideran que el S es una lengua N, son ciertamente significativos. En N el pronombre de 1.^a per. sg. es ***m*, que continúa en S *ma(-e)*, *me-e*, *me-a*.⁴⁹ El primer punto afianza todavía más esta idea, aunque haya que suponer **-m-* > *-n-*. Del mismo modo, la *-b-* encargada de marcar el objeto podría remontarse, tras restituir la desnasalización que ha sufrido en su paso del N al S, a la marca de acusativo ***m(V)*.⁵⁰

Es igualmente interesante para la «hipótesis nostrática» la situación de las partículas negativas (p. 90), que según JB se resume del siguiente modo:

	Negación	Prohibición
S	/nu-/ < <i>*mu-</i>	/na-/ < <i>*ma-</i>
T	<i>mi-</i> < <i>*mü</i> < <i>*mu</i>	<i>ma-</i>

A primera vista nos encontramos de nuevo con la barrera insalvable, sin más evidencias, de discernir si la forma originaria reflejaba **m* o **n*, con el grave inconveniente de tener que suponer además más estadios proto-sumerios. Desde la comparación del N este dilema tiene una solución más factible, al menos que la propuesta por JB, y que por primera vez se presenta aquí.⁵¹ Obsérvese el siguiente cuadro:

N	<i>**nV</i>	<i>**mV</i>
S	/nu-/	/na-/ < <i>*ma</i>

⁴⁹ Seguramente se esconde tras esta escritura dubitativa una vocal larga **-ē*.

⁵⁰ Sería el proceso idéntico que han seguido los pronombres túrcicos, mongólicos, japonescos, coreanos y tungusos, donde N ***m* > **b*. Además, la evolución acusativo **m* > *b* se da de forma interna en japonésico **-bo* y tunguso **-ba*, luego no es tan descabellado suponer que algo similar ocurrió en S. Cfr. Vovin (1994, 1995).

⁵¹ Con anterioridad se consideraba que N ***mV* había generado ambas marcas, cf. Bomhard y Kerns (1994: 681-2 n.º 562).

La negación prohibitiva $**mV$ habría sufrido una presión analógica con respecto a la forma $**nV$ en su paso al S, resultando ambas con /n-/.⁵²

La comparación pronominal (pp. 42-3) no resulta mucho más optimista que la N; cfr. el siguiente cuadro comparativo:⁵³

	S	T	N
1. ^a per. sg.	/ḡa ₂ (-e)/ [ma(e), me-e, me-a]	<i>na</i>	$**_m$
2. ^a per. sg.	/za-e/, /-zu/ 'tuyo'	<i>njan-ti</i>	$**_tV$
1. ^a per. pl.	/-me/ 'nuestro'		$**_mV$ exclusivo
Demostrativo	/ne-en/, /ne(-e)/ 'esto'	<i>ni</i> part. enfática	$**_nV$
Interrogativo	/me-a/ 'dónde' ⁵⁴		$**_mV$

La forma S /ḡa₂(-e)/, en opinión de JB, se leería /ŋa/,⁵⁵ cuando parece obvia la lectura /ma(-e)/, sobre todo cuando dicha alternancia /ḡ - m/ puede observarse también en el posesivo de 1.^a per. sg. /-mu/, leído /-ḡu₁₀/; cfr. Zamudio (1998: 36-7). Además, de nuevo es necesario suponer varios estadios proto-sumerios, en esta ocasión dos, $*ža < *nža$, para que el pronombre de 2.^a per. sg. encaje no sólo con la forma del AT *njan-ti*, sino con la B *njan*, y las procedentes del chino arcaico *njo* y el chino antiguo *nžie*, cuya grafía es todo un misterio.

JB presenta un total de 341 etimologías⁵⁶ como sustento material de su hipótesis (pp. 17-80). Este material está organizado de acuerdo con la categoría morfológica a la que pertenecen los cognados: sustantivos (pp. 17-39), adjetivos (pp. 39-42), pronombres (pp. 42-3), numerales (pp. 43-4), negación (p. 44) y verbos (pp. 44-80). A su vez, la sección de los sustantivos posee divisiones temáticas, a saber, hombre y mujer (pp. 17-8), partes del cuerpo humano (pp. 18-23), términos familiares (pp. 23-4), animales (pp. 24-8), plantas (p. 28), fenómenos naturales (pp. 29-30) y miscelánea (pp. 30-39). En lo que respecta a la calidad del material, en todas las etimologías siempre hay un cognado sumerio, mientras que el origen del segundo, tercero o incluso cuarto cognado varía ampliamente. El principal pro-

⁵² Para el material lingüístico detrás de $**mV$, cfr. básicamente Bomhard y Kerns (1994: 644 n.º 523), Illič-Svityč (1971-84.2: 56-7 s.v. $*mā$), mientras que para $**nV$, Bomhard y Kerns (1994: 681-2 n.º 562). Asimismo, cfr. Markey (1999) que estudia, entre otras cosas, la exacta distribución de estas negaciones (además de $*ele$, otra partícula negativa de relativa frecuencia) en indoeuropeo, túrquico, mongólico y fino-ugrijo (pp. 68-70).

⁵³ Cfr. Dolgopolsky (1984), Cavoto (2003) o Bomhard y Kerns (1994: 3, 5-6).

⁵⁴ Cfr. Bomhard y Kerns (1994: 7), añaden además *me-na-am₃* 'cuándo' o *me-še₃* 'a dónde', pero todavía es posible citar *me-na-še₃* 'cuánto tiempo' y señalar que *me-na-am₃* puede también significar 'hasta cuándo'.

⁵⁵ JB, que escribe incorrectamente /ga₂/, ha tomado la interpretación fonética clásica para la grafía < ḡ >, precisamente cuando ésta no es la correcta.

⁵⁶ De acuerdo con la numeración establecida por el autor, son un total de 337. Sin embargo, las etimologías n.º 55, 60, 124 y 150 poseen una segunda forma, señalada como (b) en contraposición a (a). En cualquier caso, la relación entre ambas podría calificarse, si es que es posible, de «semántica», sin que haya forma posible de relacionarlas por derivación morfológica, e.g. S /peš₂/ 'ratón' : T *bji-ba* 'id.' (55) vs. S *ka₅* 'zorro' : T *wa* 'id.' (55a). En ocasiones simplemente es imposible saber qué las relaciona, e.g. S /šel/ 'excremento' : T *l-i-ba* 'id.' (124) vs. S /lu-gal/ 'rey' : T *rgjal-po* 'id.' (124a). Debe advertirse con respecto a esta notación, que en el índice de las correspondencias fonéticas, aparecen etimologías fantasma, e.g. 11a, 121a, y por el contrario, faltan otras verdaderas, e.g. 55a, 60a.

blema es que no siempre hay una forma AT o B como complemento. Un análisis detallado de la distribución de los cognados en cada una de las etimologías arroja los siguientes resultados:⁵⁷

S + AT = 290 etimologías

S + AT + B = 33

S + AT + B + «tangut» = 1

S + B = 5

S + chino arcaico = 1

S + AT + chino arcaico = 5

S + dialectos nāgā (sub-grupo Kamarupan de la rama TB) = 1

S + AT + chino arcaico + B = 4

S + AT + chino arcaico + chino antiguo = 1

Resulta cuanto menos sorprendente que JB incluya formas chinas, cuando la hipótesis que desea plantear está limitada inicialmente al grupo TB, y después al AT, algo que el cuadro presentado *supra* refrenda. Por supuesto, este es el único apartado del libro en el cual se menciona la lengua china. Ni en las secciones sobre fonología o morfología se hace mención alguna a ella, pese a ser partícipe al menos del material comparativo. De hecho, incluso en las correspondencias fonéticas se incluyen las etimologías que contienen cognados chinos.

La distancia semántica no es excesiva en ninguno de los casos, si bien hay etimologías con significados un tanto alejados, e.g. ‘pecho’ : ‘cubrir’ (19), ‘tragar’ : ‘grillo’ (54), ‘año’ : ‘límite’ (67), y otras cuanto menos curiosas, e.g. ‘esposa’ : ‘solemne promesa o consagración’ (326), ‘oración, ruego, súplica’ : ‘desear’ (319). Sin embargo, las consideraciones semánticas son un punto muy oscuro de la propia reconstrucción lingüística y no es un apartado sobre el que sea necesario insistir mucho, al menos en las etapas iniciales de la investigación.⁵⁸ Por otra parte, resulta increíble que un académico de la capacidad de JB haya incluido en este mismo material palabras denominadas «nursery words», cuyo estatus las aparta por completo del ámbito de la comparación genética dada su tendencia natural a la irregularidad, e.g. S /ab-ba/, /ama/ : T *á-p^ha*, *á-ma* (37, 39).⁵⁹

En el último capítulo del libro («Conclusion», pp. 91-3) figura la esperada explicación histórica y arqueológica que «apoye» los datos lingüísticos presentados en secciones anteriores. Si bien JB acierta al afirmar que «[i]n order to solve problems of the origin of primitive peoples, ethnology uses complex methods. Co-

⁵⁷ La terminología actual prefiere «chino medio» (Middle Chinese) a «chino antiguo» (Ancient Chinese) y «chino clásico o antiguo» (Old Chinese) a «chino arcaico» (Archaic Chinese). Cfr. Karlgren (1957: 1-332), donde se describen los argumentos que fundamentan esta cronología y la terminología antigua. Para la terminología actual, cfr. <http://stedt.berkeley.edu/html/STfamily.html#Chinese>.

⁵⁸ Cfr. Coleman (1999) donde es posible leer: «Phonological correspondences come first, and the semantic connections between the words exhibiting them are of much less importance. The precise meaning of a word and especially the directions and degrees of change in its history are far more difficult to establish» (p. 113). Sin embargo, la base fonológica en este caso no existe y las etimologías parecen sustentarse más por lo semántico que por lo estrictamente comparativo.

⁵⁹ Cfr. Campbell (1999: 320-2) y aunque parezca innecesario, en ocasiones parece que hubiese caído en el olvido el magistral artículo de Jakobson (1972).

operation between linguists, anthropologists, and archaeologists is indispensable» (p. 92), más dudoso se plantea el uso de datos genéticos válidos para probar nada a nivel lingüístico. El hecho de que la población denominada «Pamiro-Ferganan», característica genéticamente del Tíbet occidental, se extienda también a lo largo del sur de Mesopotamia⁶⁰ resulta menos útil que, por ejemplo, la identificación de cerámica mesopotámica del período de al-Ubaid (ca. 4200-3500 a.C.) en regiones cercanas al Tíbet (que no en el Tíbet) como Susa A, Tall-i Bakun o Mari (p. 93). En cualquier caso, y teniendo en mente el obstáculo cronológico apuntado, el *Urheimat* ST⁶¹ dificulta grandemente cualquier tipo de contacto entre las poblaciones mesopotámicas de al-Ubaid y los primeros hablantes de lenguas o dialectos ST.

Por último, la identificación de palabras denominadas tradicionalmente «proto-eufrateas» (pp. 92-3), que pertenecerían a una civilización anterior a la S y la acadia, e.g. /na-gar/ ‘carpintero’, /an/ ‘cielo’, /ur/ ‘perro’, /kin/ ‘tierra’, /uru₄/ ‘cultivar’, /gud/ ‘toro’, *Lagaš*, *Umba*, *Ereš*, *Zabalam*, *Šurupak* o *Bura-nun* (el río Eufrates), como préstamos drávidas es muy precipitada. Además, JB no ofrece, nuevamente, referencias bibliográficas que apoyen su asunción, ni, por supuesto, explicación alguna al respecto.⁶² La tendencia actual a considerar las lenguas drávidas y el S como componentes de una misma familia, la nostrática, podría explicar mejor el origen de dichos términos.

En resumen, puede afirmarse sin problemas que el S continúa siendo una lengua «aislada» y que de momento tiene en la «hipótesis nostrática» su mejor aliada para dejar de serlo. Esta revisión, sin ningún ánimo de ser exhaustiva, ha intentado poner de manifiesto la inadecuada metodología seguida por el autor, así como los numerosos y fatales errores de los que adolece el trabajo revisado. La misma brevedad de la obra debe poner sobre aviso al lector inexperto. Demostrar la vinculación genética de una lengua, sobre todo cuando ésta ha permanecido solitaria durante tanto tiempo, supone años de trabajo y muchas más páginas que las que conforma este libro.

Para poner punto final es necesario añadir que la proliferación de esta clase de publicaciones dificulta el avance de la disciplina diacrónica en general, no sólo circunscrita a un ámbito determinado, puesto que se pone en duda un método comparativo que, ante todo, es una herramienta científica que ya ha demostrado su valía. Con estas obras sólo se consigue provocar el recelo de la comunidad lingüística y una predisposición negativa ante cualquier nueva idea. De este modo se perjudica la labor de multitud de lingüistas que, siendo mucho más serios y acertados en sus conclusiones, no encuentran la aceptación de su trabajo por motivos meramente extralingüísticos.

⁶⁰ El autor cree incluso que la apariencia física de este grupo humano tiene semejanzas con las estatuas de Gudea, quien gobernara la ciudad-estado de Lagaš en torno al 3500 a. C., «[t]his type is represented in numerous statues of Gudea [...]» (p. 92).

⁶¹ Cfr. «The [Proto-ST] homeland seems to have been somewhere on the Himalayan plateau, where the great rivers of East and Southeast Asia (including the Yellow, Yangtze, Mekong, Brahmaputra, Salween, and Irrawaddy) have their source», <http://stedt.berkeley.edu/html/STfamily.html>.

⁶² Los trabajos citados de B. Landsberger, E. A. Speiser e I. J. Gelb son muy antiguos. Los últimos estudios al respecto no hablan en cualquier caso de préstamos drávidas, sino semíticos o simplemente de *Kulturwörter*, cfr. Rubio (1999) o Bauer (1998).

Jan Braun (1998): *Euscaro-caucasica. Historical and Comparative Studies on Kartvelian and Basque*. Warszawa: DIALOG. 145 pp.

Con motivo del septuagésimo cumpleaños de Jan Braun [JB], renombrado profesor de historia y cultura de Oriente Próximo en Varsovia, aparece este volumen con sus artículos más relevantes en el campo de la lingüística caucásica y, en especial, de la lengua vasca [V], siendo el objetivo común de todos ellos esclarecer el posible parentesco genético de esta última con la familia kartvélica [K]. Como es bien sabido, se ha discutido intensa, prolija y a veces hasta acaloradamente sobre los orígenes del V. La literatura disponible al respecto es tan inmensa que con seguridad serían necesarios un par de tomos dedicados por entero a recogerla. Sin embargo, y a pesar de esta riqueza bibliográfica, los resultados han sido en general muy negativos, siempre caracterizados por una falta de metodología que en ocasiones se ha llegado incluso a considerar insultante y/o vergonzosa. El gran vascólogo, recientemente fallecido, Robert L. Trask (1944-2004) comentaba al respecto de esta comprometida labor, ya muy desvirtuada, que

[...] this work is based on no methodology more sophisticated than trawling through modern bilingual dictionaries in search of entries that appear to match something in one or more of the other languages involved, with no attention to the status or provenance of the items extracted and no attention to what is known of their histories. Further, it is characterized by a very large number of errors in citing the Basque data. (Trask 1997: 405).

El libro que aquí nos ocupa desarrolla un método semejante, si bien JB conoce, aunque sea a niveles muy elementales, la mecánica del método histórico-comparativo, mediante el cual los lingüistas (profesionales) relacionan lenguas a un nivel genético. JB opina que es necesario trabajar con correspondencias fonéticas sistemáticas, así como prestar atención a los elementos morfológicos de cada una de las lenguas involucradas, para de este modo, ajustarse a las exigencias del método histórico-comparativo. Sin embargo, y como se verá a continuación, el autor de este libro adopta una versión muy particular (y peligrosa) del mencionado método histórico-comparativo, además de, profundizando en lo que Trask indicaba, utilizar elementos léxicos cuya procedencia es tan claramente externa que incluso una gran mayoría de principiantes podrían reconocerlos. En el caso de JB, estos préstamos siempre son los mismos: *mutur* 'hocico, morro', *tini* 'cima, cumbre', *korotz* 'estiércol, excremento', *matxar* 'hueco', *kurlabio* 'avispa', etc. (cfr. Trask 1997: 395). A esto deben sumarse la traducción incorrecta de algunos términos, e.g. *behatz* 'dedo (del pie)' y no 'uña', el establecimiento de fronteras de morfema *ad hoc*, e.g. de nuevo *be-hatz* y no *b-eha-tz*, donde incluso para un no hablante de euskera resulta obvia la participación de la palabra *hatz* 'dedo', o de cambios fonéticos que no participan de la propia tendencia natural de las lenguas, tanto en V *lotsa* 'pudor' < **lortza* u *orri* 'hoja' < **ortzi* (cfr. Gorrochategui y Lakarra 2001: 415-6), como en K, e.g. antiguo georgiano *creml-i* 'lágrima' < **kreml-i*.

El objetivo de esta revisión es poner de manifiesto los problemas que envuelven, en un altísimo porcentaje, los estudios que pretenden vincular al vasco con alguna otra lengua del planeta. Tantas han sido las propuestas, y tantas las veces que los académicos y especialistas vascólogos han tenido que rechazarlas, que una revisión como ésta resultaría, a primera vista, completamente superflua. Sin embargo, algunos de estos trabajos no pueden caer en el absoluto olvido, dado que al menos sirven para

alertar a futuras generaciones que, ansiosas de nuevos retos (y los orígenes del vasco son todavía un reto), deben mantener la perspectiva de todo cuanto deseen llevar a cabo.⁶³ El libro de JB sirve como perfecto ejemplo de lo que, desde hace más de dos siglos, se considera la diacronía profunda de la lengua vasca, pero para la que no se tiene en cuenta la diacronía de la lengua vasca.

Un total de doce artículos,⁶⁴ más una introducción y un índice general (pág. 147), conforman el grueso de la obra, que desde la primera página ya exhibe cierta propensión al error en casi todos los aspectos que lo constituyen: desde la misma redacción en inglés, repleta de erratas («gan» por «can», «its feavres» por «its features», etc.) hasta los contenidos, que en muchos puntos resultan incorrectos. A este respecto, en la introducción (pp. 5-7) JB comenta acerca de los anteriores estudios realizados sobre el origen del V que «[...] were not successful due to their serious methodological drawbacks» (pág. 5). Uno de los problemas más graves, también comentado por Trask, es el uso del vasco contemporáneo para establecer relaciones genéticas que se remontarían por lo menos a un par de milenios a. C. Aparte de la falta en que se incurre con esto, el hecho de ignorar indispensables piezas como las obras de Luis Michelena (1915-1987, en vasco Koldo Mitxelena)⁶⁵ supone de partida perder todo crédito académico. JB, consciente de ello, afirma que los estudios de Mitxelena serán tenidos en cuenta, y siempre que sea posible, se utilizarán las correspondientes formas proto-V que el insigne lingüista elaborase hace ya más de tres décadas (pág. 6). De no ser así, siempre quedará el *aquitano*, lengua documentada en época romana y a la que se ha emparentado, en esta ocasión mediante sólidas y convincentes pruebas, con el vasco, llegándose a denominar *vasco antiguo*.⁶⁶ Hecha esta advertencia, el lector no puede hacer otra cosa que regocijarse y prepararse para leer un trabajo si no prometedo, al menos esperanzador, sustentado en consideraciones filológicas de primera

⁶³ Cfr. las revisiones de Bengston (1999a, 1999b) para una defensa de aquellos a los que se acusa regularmente de perder la perspectiva.

⁶⁴ Los artículos están escritos en inglés, español y ruso. De la tradición que acompaña a la lengua rusa deriva un término polémico que puede haber servido de «inspiración» a Braun: *iberijskokavkazskie jazyki* (иверийскокавказские языки), cuyo primer elemento hace referencia a la *Iberia* de la Transcaucasia que, junto a Colchis, conformaba el antiguo reino de Georgia durante el 300 a. C. La confusión que se ha generado entre esta Iberia y la Península Ibérica, ha provocado que algunos respetados vascólogos como Nils M. Holmer (1947), estableciesen lazos tipológicos entre el vasco y el georgiano, amén de los lingüistas soviéticos que han utilizado esta denominación para sustentar una relación genética que, valga la redundancia, no se sustenta con nada tangible. Afirmar que en Georgia hubo vascos, teniendo en cuenta únicamente un adjetivo como el de «iberocaucásico», sería el vergonzoso equivalente de proponer que en Azerbaijón habitaron albaneses durante los siglos I a.C. y el VII d. C. simplemente porque allí se creó un reino denominado la Albania Caucásica que, por supuesto, nada tiene que ver con los albaneses balcánicos, sino con la lengua y cultura udi, cfr. Schulze (1982).

⁶⁵ En especial Michelena (1977²).

⁶⁶ Los únicos testimonios disponibles de la lengua aquitana son algunos nombres propios (cerca de 400, así como setenta teónimos) conservados en textos griegos y latinos. La mayoría de inscripciones han sido halladas en Aquitania, en las cuencas altas del Garona. Existe igualmente un reducido número de inscripciones latinas en plomo encontradas en el río Rin con antropónimos aquitanos, escritos con seguridad por soldados aquitanos que servían en el ejército romano, cfr. Michelena (1954) y Gorrochategui (1984, 1995). Sin embargo, el conocimiento que JB tiene de esta posibilidad parece ser nulo, puesto que no usa en absoluto las evidencias, si bien pocas, que esta lengua fragmentaria ofrece, pese a lo vital de su importancia.

magnitud. No obstante, sin tan siquiera haber abandonado las páginas introductorias, ya se dan varias incongruencias, e.g. JB denomina «[...] asterisked archetypes [...]» (pág. 6) obviamente a las formas proto-V, ésas que mencionara líneas atrás, para después decir que «[o]nly such archetypes of Basque words as *gindar* „heather”, *gandur* „summit”, *txindurri* „ant” o *gani* > *gain* „surface” could be successfully compared with their Kartvelian counterparts», donde *gindar*, *gandur*, *txindurri* y *gani* > *gain* aparecen sin el correspondiente asterisco, ni siquiera **gani*, palabra no documentada de la que supuestamente derivaría *gain*. El problema radica en el hecho de que para JB la distinción entre proto-forma y palabra documentada es mínima, cuando no inexistente.

Otro punto sumamente importante a tratar es la vetusta e inadecuada bibliografía manejada por el autor. Un simple ejemplo puede observarse a la hora de transliterar (que no transcribir, como JB afirma) las lenguas K, es decir, antiguo georgiano [AG], georgiano [G] (sus hablantes denominan a la lengua *kartuli ena*, al país *Sakartvelo* y a sus habitantes *kartveli*, pl. *kartvelebi*), megrelio o mingrelio [M], laz o çan [L]⁶⁷ y svan [S], para lo que el autor recurre a trabajos de N. Trubeckoj y A. Čirikva (pág. 7). Se dice transliterar, porque las únicas lenguas a las que JB recurrirá son el AG y G, ambas poseedoras de diferentes alfabetos, y sobre los que no se aplicará tratamiento fonético alguno. Si bien es cierto que JB deja de proporcionar las referencias exactas, no menos lo es que el atribuido sistema de transliteración-transcripción es el comúnmente usado por todos los especialistas, incluso antes de la llegada a la caucasología de aquellos dos magníficos lingüistas. Con respecto al vasco, «[b]asque words are cited according to the convention of modern Basque, as used in most dictionaries of that language», recogiendo a continuación el siguiente cuadro:

a e i o u p b t t̃ d s k g m n ñ r -rr- l ll tz ts tx f z s x j h
a e i o u p b t̃ d̃ s k̃ g̃ m̃ ñ r -r̃- l̃ l̃ c̃ č̃ č̃ f̃ s̃ š̃ š̃ j̃ h̃

JB ni siquiera ha indicado mediante las barras oblicuas //, convención gráfica elemental, que la segunda línea tiene como objetivo la transcripción fonológica. Además, la asignación de valores fonéticos se ha realizado de una forma tan arbitraria que no debería ser tenida en cuenta a la hora de elaborar un tratado diacrónico como este, ya que trazar la historia de una lengua implica, entre otras cosas, explicar fenómenos de irregularidad, incluidos los del campo fonético. En este caso concreto, podría citarse la multitud de realizaciones que se esconden tras la grafía <j>, que van desde la simple semiconsonante [j], hasta la fricativa velar sorda [x], una africada palato-dental sonora [ʃ] o una simple oclusiva palatal sonora [j], que generalmente se confunde con <dd> /d̪/ (éste no citado por JB) en el dialecto de la zona de Lapurdi (Labourd) y Nafarroa Beherea (Baja-Navarra).⁶⁸ Asimismo, cuando dicho fonema aparece en posición inicial absoluta, las probabilidades de encontrarse ante un préstamo ascienden casi al cien por cien (con la

⁶⁷ El M y el L suelen agruparse bajo el nombre de *zan*, ya que así parece se denominaba la antigua lengua de la que procedían. En los estudios comparativos el término *zan* se emplea cuando las formas que involucran a M y L son idénticas, cosa poco frecuente. Sin embargo, los no kartvelistas suelen hacer uso de él con bastante frecuencia teniendo como evidencia una de las dos lenguas.

⁶⁸ Cfr. Michelena (1977²) y Trask (1997: 85-6) para una explicación mucho más detallada y un mapa con la distribución geográfica del fonema en cuestión.

excepción, señalada por Michelena, de antiguos verbos con prefijo **e-* como *jaun* ‘señor’ o *jabe* ‘dueño’, e.g. *jente* ‘gente’ < castellano *gente*, *joko* ‘juego’ < latín *iocu*, consideración que JB ignora. Otro punto histórico por completo relevante es la existencia de los fonemas palatales /t̪ d̪ n̪ l̪ t̪ s̪/ <tt dd ñ ll tx x> en la etapa más antigua de la lengua vasca, puesto que la interpretación clásica los postula como originarios de expresiones onomatopéyicas, que más tarde se extenderían hasta adquirir incluso funcionalidad gramatical. De nuevo, JB parece ajeno a dicho problema, y con esto confirma el comentario anterior acerca del uso indiscriminado de la lengua V moderna.⁶⁹

El artículo encargado de abrir este volumen lleva por título «Euscaro-caucásica» (pp. 9-18). En la primera página se afirma que la diversidad lingüística del Cáucaso puede dividirse en «[...] cuatro grupos [...] que forman la familia paleocaucásica, es el grupo kartvélico, llamado también sudcaucásico, el que más coincidencias presenta con el vascuence». Resulta vital dejar claro que no existe ninguna familia lingüística denominada «paleocaucásica», entendida como grupo en el que cada uno de sus miembros guarda una relación genética con los demás. Por su parte, la familia K, compuesta por las cuatro lenguas ya citadas, conforma un grupo independiente a todos los niveles en relación con el resto de lenguas caucásicas, que por tradición, que no parentesco genético, suelen agruparse en una especie de «cajón de sastre» que recibe el nombre de «caucásico oriental» (en oposición al «caucásico meridional» o kartvélico), dentro del cual están las lenguas daguestánicas (andi, karata, cez, botlix, xwarši), nax (čečen, inguš, bacbi), abxaz-adyye (abaza, abxaz, adyye, kabard), lezgi (tabasaran, caxur, xinalug, agul, lezgi), etc.; cfr. Catford (1991) o Klimov y Gippert (1994). Sólo un reducidísimo número de especialistas (para ser más exactos dos) de procedencia rusa defienden hoy en día la relación genética de esta enorme agrupación geográfica de lenguas. Pese a todo, sus propuestas e ideas han pasado mucho más que desapercibidas, cuando no han recibido duros correctivos.⁷⁰

Para establecer una característica en común entre el vasco y las lenguas K, JB menciona el empleo de la estructura radical CV(C). Aparte de que este hecho no debe valorarse a la hora de establecer una relación genética, al menos tal y como se plantea aquí por el autor, pocas son las lenguas en el mundo que no poseen una estructura radical semejante. Siguiendo el método de JB, sería legítimo comenzar cualquier tipo de especulación a partir de este supuesto parecido, lo cual se escapa por un lado a la lógica del método comparativo, y por otro, al sentido común.⁷¹ Además, la comparación de estructuras radicales no se detiene en la simple identificación de patrones como los mencionados, sino que debe profundizarse hasta conocer el funcionamiento exacto de los componentes de dichas estructuras. Si JB hubiese comenzado por realizar ese estudio,⁷² se habría dado cuenta de que la raíz V y la raíz K no tienen absolutamente nada que ver, por lo que su punto de partida en realidad no existe.

⁶⁹ Cfr. Trask (1997: 127): «We simply don't know whether the modern series of palatal consonants (tt dd ñ ll tx x) was present in Pre-Basque. Most probably these segments were already present, but they never occurred in lexical items, but only in 'expressive' forms derived from ordinary lexical items or affixes by the replacement of another consonant with a palatal».

⁷⁰ Cfr. Starostin y Nikolaev (1994), y la nada compasiva revisión de Schulze (1997).

⁷¹ Cfr. como magníficos puntos de partida los artículos de Bender (1969) o Igartua (1996[1999]).

⁷² Para la raíz vasca es indispensable el estudio de Gorrochategui y Lakarra (2001: 408-17) y Lakarra (1995), y para la kartvélica a modo introductorio Harris (1990).

Baste mencionar como ejemplo que el georgiano admite seis consonantes como coda y ataque silábico (más de 740 combinaciones en inicio y cerca de 250 en final), mientras que el V no, siendo ambas lenguas, efectivamente, poseedoras de una estructura radical *básica* CV(C).

El artículo propone diversas correspondencias fonéticas en el ámbito consonántico entre el AG y el V, olvidando el tratamiento de las vocales, sobre las que dice: «El inventario primitivo de sus fonemas vocálicos era más reducido y, por lo tanto, su examen no plantea muchos problemas» (pág. 16), a pesar de incluir comparaciones como G *ganča-* < **ganča-* ‘garza’: V *lertzun* ‘grulla’, AG *tar-*, *tr-* ‘ir’: V *e-torr-i* ‘venir’, AG *pitna*, M *pitine* ‘menta’: V *patan*, G *zlokv-i* < **zolku-* ‘lución’: V *musker* ‘lagarta’, AG *tetr-i-* < **de-tr-i-*, S *tetwn-e-* < **de-twn-e-* ‘blanco’: V *zuri*. En estos ejemplos se recoge igualmente un proceder muy frecuente del autor: establecer formas hipotéticas en las lenguas K para ajustarlas mejor a las formas V, e.g. G *kurcxal-i* < **kurcal-i* ‘lágrimas’: V *gezal* ‘agua sulfurosa, agua de mar’, donde primero hay que suponer un paso de *-rc- a -rcx- (los grupos consonánticos tienden a solucionarse para facilitar la pronunciación, nunca para hacerla más compleja). En estos casos es cuando curiosamente el autor echa mano del asterisco. Llamen la atención algunas comparaciones donde el desfase temporal de los términos exige un revisión inmediata. Por ejemplo, suponiendo que V y K derivasen de la misma lengua, ésta debería ser anterior con seguridad al cuarto milenio a. C. (la existencia del proto-K se calcula en la mitad del segundo milenio [cfr. Nichols (1998: 129)], mientras que la del proto-V al final del primer milenio), con lo cual, la comparación G *varcl-i* ‘buque’ (no documentado en AG): V *ontzi* se antoja un tanto inapropiada.

En este primer escrito queda de manifiesto que aunque el autor recurre a otras lenguas K, el fonema que se compara con el V siempre corresponde al encontrado en AG, es decir, la correspondencia fonética que se extrae del ejemplo anterior es K (= AG) -ç- : V -ts-, sin tener en cuenta los fonemas -č- y -ç- del L y S respectivamente. A este respecto, mucho hincapié se ha hecho sobre la ausencia en este tipo de estudios de formas proto-V, pero cuando se mencionan otras familias lingüísticas, en este caso la K, la situación no es mejor. Desde hace más de cincuenta años está a disposición de cualquier lingüista la reconstrucción sistemática de la lengua proto-K, incluso varios diccionarios etimológicos; cfr. Klimov (1964[1998]), Schmidt (1962) o Fähnrich y Sardschweladze (1995). Unido a esto, el autor no propone en ningún momento la reconstrucción de una lengua proto-kartvélico-vasca, a partir de la cual puedan explicarse las formas documentadas en AG, S, V, etc. En multitud de ocasiones, las correspondencias propuestas no dejan de ser triviales, e.g. AG *b d g* : V *b d g*. En no menos casos, se proponen diferentes resultados, pero sin especificar el contexto en los cuales se producen, e.g. AG *z* : V *tz z* (además de AG *t* : V *z*), AG *k q* : V *l*, etc. Todas estas irregularidades se repetirán a lo largo del libro, no haciendo más que confirmar la debilidad de esta propuesta.

En «Africadas de las lenguas kartvélicas y sus correspondencias regulares en el vasco. Observaciones adicionales» (pp. 18-27) JB regresa de nuevo al establecimiento de correspondencias fonéticas, ahora concentrándose en los fonemas africados. La intención del autor es formular una «ley de Lafon», en honor al que fuera catedrático de estudios vascos en Burdeos, René Lafon (1899-1974); cfr. Lafon (1948). Sin embargo, en lingüística histórica una ley va más allá de la simple identificación de co-

rrespondencias fonéticas, por lo que tal propuesta debe ser rechazada. En lo que respecta al contenido del trabajo, JB opina que el origen de las africadas K *ʒ, *č y *č̣ es secundario (pág. 23). De acuerdo con el autor, dichos fonemas serían el resultado de palatalizar antiguas velares o, simplemente, derivarían de las correspondientes africadas no palatales. Los ejemplos aducidos son inapropiados, ya que en ninguno de ellos hay presencia de tales africadas, e.g. G *grʒel-i*, L *gunʒe* 'largo' : V *luze* (< **lurtze*), o AG *krʒ-al-v-a*, *krʒ* 'preocupación, miedo, vergüenza' : V *lotsa* (< **lortza*), además, ¿cuál es la finalidad de las reconstrucciones V **lurtze* y **lortza*? Del mismo modo, el autor intenta demostrar que K *ʒ y *č son en ocasiones la evolución de una **d* o **t* ante vocal palatal. De nuevo, los ejemplos utilizados como evidencias se escapan a la comprensión del lector, e.g. G *kunʒ-i*, < **kunʒu* 'cepa' : V *andue*, AG *scr-ap-a* 'tener prisa' : *la-ster* 'corriente', AG *čwer-i*, M *čvanʒ-i* 'barba' : V *bu-tur*, *mu-tur* 'extremo, hocico, cabo', AG *koçol-a* 'cima' : V *kotor* 'peña'. En ninguno de estos ejemplos se da el contexto palatal que exige la ley fonética propuesta por JB, incluso en G *kunʒ-i*, < **kunʒu* 'cepa', donde el autor reconstruye una africada dental antes de que aparezca la vocal palatal -*i*, luego la acción que ésta pueda ejercer sobre la consonante siguiente es superflua. El único ejemplo válido, desde un punto de vista metodológico, es AG *murč-i* < **mork-i* 'renuevo de árbol' : V *murgil* 'capullo, botón de plantas', *muskil* 'vástago tierno que sale de la yema, renuevo de árbol', que a todas luces se queda en lo anecdótico.

«Consonantes velares, faringales y laringales de las lenguas kartvélicas y sus correspondencias irregulares en el vasco» (pp. 28-42) es otro estudio que se basa en correspondencias *phoneme-by-phoneme*. Dado el contenido del anterior artículo y las perspectivas y conclusiones a las que se llega en éste, es obvio que el autor posee una idea muy particular del método comparativo, del que en realidad sólo toma el nivel fonológico articulatorio, lo cual constituye una diminuta parte del proceso deductivo que implica la comparación lingüística y que en ocasiones es incluso prescindible. En este artículo además, hay un intento por parte del autor a la hora de definir una hipotética (nunca mejor dicho) familia kartvélico-vasca, pero no concreta *Urheimat*, cronología relativa, y lo que es más grave: sigue sin presentar un modelo de proto-lengua reconstruida. Por otro lado, si se presta atención a las correspondencias planteadas, algunas resultan simplemente sorprendentes, e.g. AG *h* : V *h*, en AG *še-n* 'tú' : V *heu*, *hi*. En esta ocasión, la forma de AG tendría que evolucionar de la siguiente manera: **še-na* < **šwe-na* < **hwe-na*, de donde se concluye que JB establece la correspondencia tomando como pilar K un fonema fantasma reconstruido *ad hoc*. Igual de grave es establecer comparaciones del tipo AG *q* : V *kh*, *k*, después de observar dicha secuencia en un solo ejemplo tomado del dialecto laorretano, e.g. AG *qem-*, *qm-* 'secarse', *q(e)m-el-i* 'seco', megrelío y laz *xom-ul-a* id. : V Lao *khab-ar* 'seco'. Otras correspondencias simplemente son anormales, e.g. AG *ḳ* : V *l*, *-ld*, en AG *nu-kr-i* (< **ne-krwer-i* o **ni-krwer-i*) 'cabrito', S *pi-kṛw* (< **bi-kṛw*) 'macho cabrío' : V *bi-ldu-ts* 'cordero' o AG *gan-kṛwir-v-eb-a*, *kṛwir* 'asustarse' : V *bi-ldur* 'miedo, temor', con el añadido de que en estos dos últimos ejemplos salta a la vista que la división de morfemas en V es interesada, provocando una situación caótica que puede llevar, como de hecho hace, a serios equívocos.

En el artículo más extenso, «Correspondencias fonemáticas regulares que se observan entre las lenguas kartvélicas y el vasco» (pp. 43-95), se presenta todo el corpus

etimológico que JB ha ido acumulando durante estos años de investigación. Al comienzo del mismo se recogen las tablas con las correspondencias fonéticas, primero vocálicas, y después consonánticas (pp. 43-5). Las lenguas implicadas son el V y el AG, aunque en la columna correspondiente aparece la denominación «Kartvélico» (no debe ser proto-K, porque el autor no ha usado el asterisco...). Las páginas siguientes (47-93) recogen un total de 220 raíces-palabras,⁷³ donde, en efecto, el V es comparado masivamente con el AG, relegando las otras lenguas a un segundo plano. La comparación bilateral no ofrece una sola garantía de eficacia, ya que el resultado viene condicionado por el elevadísimo número de posibilidades que favorecen la aparición de semejanzas casuales. Además, JB facilita las cosas para que el número se eleve aún más, al permitir en la comparación que casi cualquier fonema disponga de dos o tres posibilidades, o incluso más, e.g. $K \gamma : V h, \emptyset, g, l-, r-$ o $K q : V h, \emptyset, kh, k$, es decir, se trata de comodines que no hacen otra cosa que facilitar la partida al lingüista.

Un análisis detallado de las correspondencias proporciona datos ciertamente curiosos. Así, hay un único ejemplo que justifica las correspondencias $K v- : V b-$, en AG *ved-*, *vid-*, M (*v*)*id*, laz (*v*)*id* ‘ir’ : $V e-bil-i, i-bil-i$ (pág. 63), $K -t : V -ts$, en G *kirkat-i* (dialecto de Orbelian) ‘Crataegus orientalis’ : $V arkarakats$ ‘rosa silvestre’ (pág. 67) o $K -c : V -ts$, en AG *yač-yač-i* ‘tráquea’ : $V hats$ ‘respiración’ (pág. 76). La comparación vocálica depara alguna que otra sorpresa, como por ejemplo que $K o : V o, u$ y $K u : V u, o$, es decir, que en ambas lenguas las vocales /o/ y /u/ se intercambian a gusto del usuario. En ocasiones aparecen comparandos fuera de lugar o sin una correspondencia asignada, e.g. AG *creml-i* (< **krem-l-i*) ‘lágrima’ : $V euri$ ‘lluvia’ y AG *txraml-i* ‘pus’ : *zauri* ‘herida’ (pág. 80), a partir de las cuales puede proponerse casi cualquier cosa. El autor no advierte que sus correspondencias no abarcan los inventarios fonéticos completos de las lenguas tratadas. Si bien es cierto que la diacronía no tiene por qué explicar el origen de todos y cada uno de los fonemas componentes, no estaría de más indicar cuál es el posible origen de aquellos que no quedan cubiertos por la evolución histórica de la lengua, así como los contextos o motivos que han llevado a su aparición. Sin embargo, resulta obvio que para JB esas consideraciones están fuera de lugar o le son ajenas por completo. Asimismo, en la correspondencia $K d : V l$, el autor usa como ejemplo G *Madrid* : $V Madril$, especificando que la palabra *Madrid* viene del castellano.⁷⁴ ¿Qué valor puede otorgarse a semejante procedimiento?

«The Grammatical Category of Article in Kartvelian and Basque. A Comparative Study» (pp. 95-9) pretende demostrar que la vocal *-i* de palabras V como *harri* ‘piedra’, *zerri* ‘cerdo’ o *sein* ‘chico’ se corresponde con la marca de nominativo singular G *-i*, en origen un artículo determinado que con el paso del tiempo se aglutinó a las formas nominales. Este análisis se vería confirmado gracias a algunos compuestos V, e.g. *har-doi* ‘zona pedregosa’, o tras sufijos, e.g. *har-tza* ‘zona pedregosa’. El problema

⁷³ La multitud de entradas (651) se debe al simple hecho de que el autor utiliza la misma etimología para justificar las correspondencias de cada uno de sus fonemas, de tal suerte que la comparación AG *žinčvel-i* ‘hormiga’ : $V txindurri$ aparecerá en los apartados $K d- : V d- z- tx-$, $K i- : V i-$, $K n : V n$, $K l : V rr$, etc.

⁷⁴ Si bien es cierto que la gran mayoría de /l/ en V derivan de (*)/d/, e.g. latín *theca* (pl. *thecae*) → V *leca* ‘vaina’ (c.p. Iván Igartua Ugarte).

de esta hipótesis radica en que no hay una sola prueba que apoye la idea de que **i* fue un artículo en V (si el paso de artículo a desinencia tuvo lugar en etapas históricas del AG, es lógico pensar que dicha función de artículo estuvo presente en la lengua proto-kartvélica-vasca) y lo que es aún más importante: no está documentada ninguna forma vasca del tipo **har*, **sen* o **zer*. Theo Vennemann también dedicó en su momento algunas líneas al artículo vasco *-a* (el cual JB desconoce o simplemente ha considerado que no es comparable al K) para también defender su condición de morfema arcaico, aunque Lakarra ya se encarga de disipar cualquier duda acerca de la incorrección de dicha propuesta.⁷⁵

«Proto-Kartvelian declension and its development» (pp. 101-4) es una confirmación de lo antes apuntado acerca de la antigüedad de la bibliografía utilizada. En esta ocasión JB comenta que los autores más relevantes en la descripción de la flexión proto-K son A. Harris, V. Topuria, H. Vogt o G. Klimov, dejándose fuera precisamente a las figuras más importantes de este ámbito: T. Gamqrelidze, G. I. Mačavariani, K. H. Schmidt, etc. Asimismo, expresa su deseo de comparar los sistemas flexivos K y V, ya que «[i]n the original declension paradigm of Proto-Kartvelian and Basque one can observe a characteristic parallelism in the sound structure of the case endings. The genitive and instrumental case markers contain the close vowel *i-* and *e-* while dative-locative and allative contain an open vowel *a-*» (pág. 3). Para ello ofrece un cuadro comparativo como el siguiente, donde la segunda columna corresponde en principio al proto-K:

	Vasco	Proto-K
Absolutivo	-Ø	-Ø
Nominativo (definido)	- <i>i</i>	- <i>i</i>
Ergativo	- <i>ek</i>	- <i>man</i> , - <i>k</i> (zan), - <i>m</i> (svan)
Genitivo	- <i>en</i>	- <i>is</i> , - <i>in</i>
Dativo-Lovativo	- <i>an</i> / - <i>n</i>	- <i>as</i> / - <i>s</i> , - <i>an</i> / - <i>n</i>
Instrumental	*- <i>ec</i> / *- <i>es</i>	- <i>it</i>
Alativo	*- <i>ad</i> / *- <i>at</i>	- <i>ad</i> / - <i>d</i>

La información K es nefasta. No se trata ni muchísimo menos de la reconstrucción de un sistema proto-K, sino de una enumeración aleatoria de desinencias casuales extraídas en su mayoría del AG. En primer lugar, si JB decide citar «zan» (la supuesta lengua antigua de la que derivan megrelia y lazo), debe comprobar que la información en cuestión es idéntica en ambas lenguas, algo que ocurre con la desinencia ergativa *-k*, pero que no puede hacerse extensivo a todos los ámbitos. De hecho, la kartvelística opta por no usar el término «zan», evitando así posibles confusiones. En segundo lugar, Mačavariani presenta (1970: 165-7) de una forma muy resumida (tres páginas), pero efectiva, las características de la flexión proto-K, que sin duda hubieran resultado de mayor interés para este tipo de estudios. La versión tradicional defiende la existencia de cuatro casos: nominativo, ergativo, dativo y genitivo, conservados por completo en los paradigmas de los sustantivos inanimados y de los pronombres demostrativos.

⁷⁵ Cfr. Vennemann (1994) y Lakarra (1996[1999]); ya antes Trask en sus observaciones a Vennemann, mencionadas en nota pero no asumidas por éste.

	Singular	Plural
Absolutivo	*-Ø	*-(e)n
Absolutivo definido	*-Ø-i / -e / -j	*-(e)n-i / -e / -j
Ergativo	*-(a)d, *-n	*-(e)t
Genitivo	*-es ₁ / *-is ₁	*-(e)t
Dativo	*-s	*-(e)t

La presencia o no de algunas vocales atiende al *ablaut* kartvélico y la forma plural de los casos ergativo, genitivo y dativo recibe el nombre conjunto de «caso oblicuo», estando su reconstrucción exacta aún pendiente de consideraciones más profundas. En cualquier caso, resulta enigmático por qué JB emplea los términos «absolutivo» frente a «nominativo definido», cuya partícula *-i* puede remontarse a proto-K **i* (**-j*) o **e*. El resto de casos citados por JB como instrumental, locativo o alativo son bastante tardíos en el tiempo, resultado de simples procesos de morfologización, como demuestran los ejemplos de fosilización aportados: *guš-in* ‘ayer’ o *aç* ‘ahora’, en *aç-in-d-el-i* ‘presente’, solamente registrados en G.

JB llama la atención sobre varios hechos completamente irrelevantes: absolutivo empleado de idéntica forma en AG y V; genitivo a modo de tema oblicuo para añadir más casos, e.g. *gizon-ar-en-a* ‘que pertenece al hombre’ o AG *kalak-i tpil-is-i* ‘Tblisi, la ciudad de agua caliente’; instrumental en función adverbial. Por supuesto, ninguno de estos puntos resulta de importancia alguna para demostrar una relación genética. Muchas lenguas usan exactamente igual que el AG o el V el caso absolutivo, y otras tantas emplean el genitivo para formar el tema oblicuo de las flexiones nominales, e.g. tamil (familia drávida, la cual todavía no ha sido vinculada al vasco) *kal* ‘piedra’, acusativo *kall(in)ai*, genitivo *kall(in)in* (cfr. Andronov 1989: 90), o el célebre *genitivus genitivi* del etrusco *larth-al-isa* ‘hijo de Larth’, lit. ‘de lo de Larth’,⁷⁶ mientras que el instrumental en función de adverbio puede encontrarse incluso en las lenguas eslavas, e.g. eslovaco *večera* ‘tarde, noche’, instrumental *večerom* ‘por la tarde, noche’. Asimismo, señala la creación de casos locativos por morfologización de posposiciones, e.g. V *gizon-en-tzat* ‘para los hombres’ o AG *kalak-it-gan* ‘desde la ciudad’,⁷⁷ algo igualmente frecuente en todas las lenguas del mundo, e.g. antiguo húngaro *vilag-bel-e* (donde se aglutina al sustantivo una posposición formada por *bél* ‘interior’ más la desinencia de lativo *-é*) > húngaro moderno *világ-ba* ‘hacia el interior del mundo’. Por lo tanto, la propuesta de JB vale como apuntes tipológicos interesantes, pero nada más.

«Sobre la estructura y el mecanismo del verbo en viejo georgiano» (pp. 105-9) es una presentación de los principales rasgos del sistema verbal del AG, realizada ya con anterioridad. El valor de este trabajo desde un punto de vista diacrónico, y por lo tanto, con la intención de contribuir a la consolidación del V como lengua K, no puede ser otra que nula. En ningún momento se establece un proceso comparativo. De hecho, la única forma V citada es *ba-d-a-ra-ma-te* ‘ellos lo llevan verdaderamente’,

⁷⁶ Cfr. entre otros muchos Bonfante y Bonfante (1983: 73).

⁷⁷ Curiosamente, Mačavariani (1970: 166), aclara que «[...] the Ablative, which had been expressed in Old Georgian by Genitive —inherited from Ancient Kartvelian— plus a postposition *-gan*, and by Instrumental suffix *-it*, developed after the dissolution of the Kartvelian linguistic unity».

que al margen de lo intrigante de su significado, es utilizado sólo para ilustrar una estructura verbal aglutinante. A propósito de ésta, JB dice que «[t]odos los morfemas gramaticales que aparecen en la forma presentada del verbo vasco: *ba-*, *d-*, *a-*, *ra-*, *R-*, *te*, pueden ser encontrados en el inventario de los afijos verbales más antiguos de la lengua protokartvélica» (pág. 108). Sin embargo, no se aportan los correspondientes afijos K y además, hay una aparente confusión entre *-R-* (?), que no está presente en *badaramate*, y *-ma-*, que no aparece en la enumeración de afijos de «herencia común proto-K-V».

En «Древнейшие формы каузатива в картвельских языках и в баскском» (pp. 111-5) JB concluye que tanto AG como V construyen verbos causativos mediante el prefijo **ra-*, después de observar oposiciones del tipo V *e-bil-i* : *e-ra-bil-i*, *e-tza-n* : *e-ra-tza-n* o AG *r-cqv-a* ‘regar’ : *cgal-i* ‘agua’ o *r-twan-v-a* ‘чародейство, колдовство’ : *twal-i* ‘ojo’. Sea como fuere, es altamente probable que existiese un prefijo causativo proto-V **(-)la-* > *(-)ra-* ciertamente antiguo,⁷⁸ que continua en V en el sufijo complejo de aspecto *erazi* / *arazi*, e.g. *sortu* ‘surgir’, pero *sortarazi* ‘hacer surgir’. Aunque la comparación parece viable, incluso cronológicamente, no es más que una gota de lo que se necesita para aceptar un parentesco genético. Además, dada la tolerancia de las lenguas K a la hora de permitir grupos consonánticos en inicio y final silábico, lo lógico sería reconstruir **(-)r-* y postular una vocal /a/ epentética en V, porque del modo propuesto por JB no se explica por qué desaparece la vocal *-a-* en AG. Sea como fuere, si es cierta la existencia de dicha desinencia verbal, no hay más remedio que considerarla fruto de la casualidad, teniendo en cuenta el resto de evidencias.

Otro trabajo repleto de errores metodológicos muy graves es «*Nomina verbalia* en las lenguas kartvélicas y en el vasco» (pp. 117-23), donde se afirma que la *-a* presente en **borrok-a* ‘lucha’ o **son-a* ‘gracias’ se corresponde a la *-a* que en las lenguas K sirve para formar el sustantivo verbal, categoría que en V se construye mediante el sufijo *-te*, sobre el que por supuesto JB nada va a decir, sea sobre el origen, sea sobre las causas por las cuales sustituye al primer sufijo *-a*. A continuación se esbozan brevemente las características del verbo en AG: distinción básica aspectual, sin oposición entre *genus activum* y *genus passivum* y con desarrollo posterior de las categorías de tiempo y diátesis. JB opina que estos puntos pueden reconstruirse sin problemas para el estadio proto-K, lo que demuestra un desconocimiento profundo del resto de sistemas verbales de esta familia lingüística, ya que no se ajustan tan bien al recién presentado por el autor (cfr. Tuite 1997). Puesto que algunos rasgos tipológicos del verbo AG son comparables al V (e.g. en ambos sistemas los participios no distinguen tiempo o voz), el autor cree demostrar con ello que la prueba morfológica para consolidar una propuesta genética queda así proporcionada. Además, opina que los participios de presente V formados mediante los afijos *e...-le*, e.g. *i-ru-le* ‘hilandera’, *e-sa-le* ‘hablante’, son imposibles de datar. La conclusión del artículo no refleja ninguna reconstrucción del sistema verbal proto-kartvélico-vasco o algo parecido. Simplemente aporta similitudes estructurales, suficientes según JB, para aceptar la vinculación genética entre

⁷⁸ Desde un punto de vista tipológico las lenguas con un orden sintáctico SOV, como el V, no suelen poseer afijos, por lo que en un período muy antiguo dicho prefijo **(-)la-* tuvo que verse sometido a algún cambio para adaptarse al carácter del V (c.p. I. Igartua).

estas lenguas. Huelga decir que semejante proceder es por completo insustancial y no demuestra sino lo que es obvio: el AG y el V son dos lenguas tipológicamente cercanas... como varias miles más.

«Когда баски потеряли контакт с остальными картвельскими племенами?» (pp. 125-35) es otra aportación, desde un punto de vista tipológico, al conocimiento general sobre las estructuras y sistemas diversos que conforman en esta ocasión el aquitano y las lenguas K. Por supuesto, como ya se ha prevenido al lector en repetidas ocasiones, aquí no se propondrá ninguna reconstrucción de la hipotética lengua proto-kartvélico-vasca, sino que se incurrirá una y otra vez en cada uno de los errores metodológicos ya comentados. Por citar algunos datos sospechosos, JB ofrece como sistema fonológico del proto-K el siguiente inventario: /a e i o u; j w b p t m d t ʒ n l r ʒ c ç z s g k ḳ γ x q q̣ G h/. Ninguna lengua K posee un sistema fonético como éste, donde además se repite dos veces el fonema /ʒ/, y si lo que se pretendía era reflejar el inventario proto-K, faltan por notar las vocales largas, eliminar /i/ y /u/, que en realidad son alófonos de */ī/ y */ū/, así como todos los alófonos silábicos de las sonantes [r̥ l̥ m̥ n̥], la oclusiva /p/, las fricativas /s š z (ž)/, las africadas */ʒč ç/, e independientemente de su actual estatus, la serie */ʒ₁ c₁ ç₁/; cfr. entre otros muchos Gamkrelidze (1966a: 709) y Gamkrelidze (1966b). Igual ocurre con el inventario aquitano recogido: /a e i o u; j w b p m d t n l r r t tt n ll rr c č s š g k h/, a pesar de haber consultado el magnífico y fundamental estudio de Gorrochategui (1984). A lo largo del artículo no se percibe ninguna intención de responder la pregunta que plantea el título, simplemente porque no se puede, al menos tal y como lo presenta JB. Por desgracia, lo que manifiesta este artículo es una falta total de conocimiento kartvelístico, y eso que toda la bibliografía acerca de la reconstrucción proto-K estaba disponible mucho antes de que el autor comenzara a escribir estos ensayos, luego no hay excusa posible.

En «Nombres de insectos en las lenguas kartvélicas y en el vasco» (pp. 137-40) JB opina que una parte del léxico común entre las lenguas K y el vasco corresponde a la denominación de algunos insectos. De nuevo puede observarse la asignación de formas prehistóricas sin el correspondiente asterisco, así como procedimientos teleológicos sin fundamento alguno, basados en suposiciones *ad hoc*, e.g. AG *grçq-il-i* (< **grç-il*) 'pulga', G *gircq-il-i*, laz *rçk-ir-i*, svan *zisz* (< **zicq-w*), a partir de las cuales JB reconstruye **grçt-il* o **grç-il* (ambas sin asterisco, pág. 138), cuando la solución obvia es proto-K **gerçq-l* **grçq-* (variantes fruto del *ablaut*), con alternancia en laz de /k/ - /q/, como en proto-K **qwel-* 'queso' > G *qvel-* id., M *ʔvali* id., S *qēl*, *la-qēl-e*, *li-qēl-i* 'hacer queso', laz *qvali*, *kvali*, *vali* 'queso'; vid. Klimov (1964[1998]: 210). En esa misma página puede leerse que «[e]l viejo georgiano *žinčvel-i* 'hormiga' y el vasco antiguo *txindurri* 'id.' presenta un ejemplo clásico de palabras emparentadas ya que cada fonema de uno tiene equivalente regular en otro». El hecho de ignorar la condición expresiva u onomatopéyica de *txindurri* o *txindor*, así como su adjudicación al estrato vasco antiguo (;se refiere al vasco antiguo clásico que se data entre 1600 y 1745 o al aquitano, vascónico o también vasco antiguo?), resultan cuanto menos sorprendentes. Parte de semejante falta de metodología puede observarse de nuevo cuando JB cita la definición, más que el significado, de *momorro* extraída del clásico diccionario de Azkue (¿de vasco moderno!): «todo insecto no muy grande, pero negro y repulsivo» (cfr. Azkue 1905-1906), es decir, casi cualquiera. Al margen de estos apuntes, se proponen etimologías ciertamente curiosas, e.g. AG *qm-* 'tener

hambre' (según JB de **gam-*, donde el fonema /a/ sólo puede justificarse gracias al cognado vasco, laz *gom-* 'tener sed' : *ikain* 'sanguijuela', que según el autor deriva de **i-kan-i* < **i-kam-i* (la última /i/ palataliza a la nasal anterior, que experimenta el cambio */m/ > */n/ sin contexto aparente) 'lo que está sediento'.

Justo después de este artículo figura un apartado con el epígrafe «Mis trabajos vascológicos» (pp. 141-2), de entre los cuales destaca una *Introducción a la vascolología* en georgiano, cuya presencia aquí resulta difícil de explicar.

El último de los artículos, que lleva por evocador título «Огонь...вода.» (pp. 143-6) presenta quince etimologías que pretenden ejemplificar algunas correspondencias ya tratadas, tales como AG *ç c* : V *ts* y AG *s* : V *tz z*, e.g. AG *γwar*, *γur* 'verter, derramar', *γwar-i* 'río, riachuelo' : V *hur* 'agua' (donde la aspiración vasca parece deberse sobre todo a una supuesta correspondencia fonética con AG *γ*) o AG *cu-v-a* (< **čw-av-a*) 'quemar', M *cu-a*, svan *li-ç-i* 'calentar' (< **li-č-i*), laz *o-č-u* (< **o-čw-u*) 'calentar, quemar'⁷⁹ : V *su* 'fuego', con la ya acostumbrada ausencia de contextos que especifiquen cuándo se obtiene *ç*, *c*, *tz* o *z*, así como multitud de reconstrucciones gratuitas para ajustar el material en una u otra dirección.

La única conclusión posible que puede extraerse tras una lectura pausada y detallada, incluso en algunos momentos piadosa, de este libro es que, en efecto, los orígenes del V, en lo que respecta a su filiación genética, permanecen y permanecerán tan ocultos y herméticos como lo habían estado hace dos siglos, cuando comenzaran a proliferar estos estudios sistemáticos en pos de la verdad sobre las raíces lingüísticas de tan singular lengua. En este sentido, a JB puede concedérsele un mérito innegable: el de haberlo confirmado.

Alemko Gluhak (1993): *Hrvatski etimološki rječnik*. Zagreb: August Cesarec. 832 pp.

Aunque la publicación de este diccionario etimológico tuvo lugar hace ya más de quince años, no habría sido justo por aquel entonces realizar una revisión del mismo, puesto que se trata de una obra muy particular. Alemko Gluhak [AG], en la actualidad uno de los más importantes académicos de la lengua croata, ha defendido desde sus primeras publicaciones (e.g. 1977, 1978a, 1978b, 1979, 1984) una serie de posturas que sin duda para la gran mayoría de lingüistas no son de lo más acertadas. Dichas posturas, relacionadas básicamente con diversos aspectos del devenir histórico de las lenguas, quedan reflejadas en este diccionario etimológico que, por ser único en su clase, merece una atención especial.⁸⁰

La labor de AG a la hora de elaborar este diccionario ha debido ser titánica. Una primera impresión tras consultar varias entradas induce a pensar que el autor ha de-

⁷⁹ En este ejemplo se pone de manifiesto lo inadecuado del término «laz», problema al que ya se ha hecho referencia en líneas anteriores.

⁸⁰ Varios son los diccionarios etimológicos que se han preparado para la lengua croata, e.g. Petar Skok (1971-1974). Sin embargo, siempre se han confeccionado a la sombra de la cuestión «serbo-croata» como consecuencia directa de las irrelevantes cuestiones políticas y étnicas de la época, a las que incluso este tipo de obras no se vieron ajenas. Puede citarse un ejemplo idéntico sin abandonar el ámbito de las lenguas eslavas, en este caso vinculado a la lengua eslovaca, cuyos diccionarios etimológicos aparecieron siempre de la mano de la lengua checa(-eslovaca), como en Machek (1957) o Holub (1937).

dicado mucho tiempo y esfuerzo a la recolección de material histórico-comparativo. Mientras que la inmensa mayoría de obras de este corte sitúan el límite temporal-etimológico en la familia indoeuropea [IE], u otras atendiendo a la lengua elegida, AG, defensor y partidario de la teorías que involucran a las tan polémicas macro-familias, en especial la nostrática [N] y la sino-caucásica, de las cuales se hablará en líneas siguientes, ha ido más allá de la susodicha familia IE, completando de este modo un cuadro etimológico que se prolonga en el tiempo hasta hace aprox. 15.000 años. Además, y regresando a la laboriosidad del proceso compositivo, las excelencias tipográficas abundan por doquier, confirmando el cuidado y el mimo con los que la edición de esta obra ha sido preparada.

Sin embargo, y pese a que estas primeras líneas puedan fácilmente conducir a una fantástica valoración final, tanto trabajo y esfuerzo resulta, como se demostrará a continuación, infructuoso y poco útil. El problema radica, irónicamente, en ese deseo de profundidad etimológica que AG desea reflejar en cada una de las entradas de su diccionario. AG se suscribe a las hipótesis lingüísticas enunciadas hace casi tres décadas por especialistas rusos como Vladislav M. Illič-Svityč (1934-1966), Aaron B. Dolgopolskij (1930-) o Sergej A. Starostin (1953-), las cuales están lejos de ser aceptadas por la comunidad científica, situación ésta que no ha variado con el paso del tiempo. En ese sentido, la «hipótesis nostrática», propuesta por el danés Holger Pedersen (1867-1953), pero desarrollada por Illič-Svityč y Dolgopolskij, es la que más cerca se encuentra de conseguirlo. No obstante, y por desgracia para AG, de ser esto finalmente cierto, el concepto de «lingüística nostrática» habrá variado muchísimo con respecto a lo planteado por los estudiosos rusos durante la época socialista. Valga como ejemplo paradigmático el hecho de que la bibliografía disponible sobre estas teorías hace diez años es ridículamente inferior a la que en la actualidad puede consultarse. Por este motivo el presente diccionario debe ser revisado ahora, en su justa medida y con carácter retrospectivo.

En el prólogo (pp. 5-8) el autor informa de que el diccionario contiene más de 1.800 entradas, gracias a las cuales es posible consultar la etimología de aprox. un total de 7.800 palabras. Asimismo, el autor parece estar especialmente orgulloso de hacer constar el origen de cerca de 1.000 nombres propios. Del mismo modo, se adelanta que el empleo de material N, así como de otras macro-familias propuestas, será siempre exhaustivo (p. 7). Las siguientes páginas, como es costumbre, están dedicadas a la descripción de distintos fenómenos lingüísticos diacrónicos, e.g. etimología popular, analogía, tabú, etc. (pp. 9-12) y a presentar un breve esquema histórico de la lengua tratada, en este caso la croata (pp. 12-14, con especial atención al apartado «Jezični identitet», pp. 13-4). La situación geo-política del croata exige un apartado de estas características, donde se puntualiza su relación exacta con la lengua serbia, disipando así cualquier asomo de duda que el erróneo e histórico término «serbo-croata» haya podido sembrar durante tantos años de incorrecta manipulación.

El siguiente apartado presenta, de una forma muy completa y detallada, la familia lingüística IE (pp. 15-70). El tono general es introductorio, comenzando con la descripción habitual de los distintos miembros, o mejor dicho ramas, que componen el tronco IE: indo-irania, armenia, griega, albanesa, paleo-balcánica (lenguas frigia, tracia, mesapia, pelásgica, iliria y antiguo macedonio, de acuerdo con el autor), itálica, venética, celta, germana, báltica, eslava, a la que por razones obvias dedica doce pági-

nas (pp. 39-50, con especial atención al croata, pp. 40-5), anatolia, rama que denomina 'Hetoluvijski jezici' (p. 50) y tocaria. Bajo el epígrafe 'Reliktni jezici' se tratan lenguas cuya documentación es reducida (pp. 51-2): ligur, sículo, picto o celtíbera. El autor dedica igualmente unas páginas a la prehistoria y a los hablantes proto-IE y proto-eslavos (pp. 52-6), de nuevo en un tono muy general. Por último, se ofrecen correspondencias fonéticas, paradigmas y demás recursos gramaticales que ilustran de una forma clara y concisa la reconstrucción de la lengua proto-IE, así como proto-eslava, haciendo especial hincapié en la fonología, morfofonología y morfología (pp. 56-70). En esta sección ya se percibe la inclinación nostratista del autor, cuando afirma sin el menor atisbo de duda que el sufijo IE *-eǵe-, característico de verbos con significación iterativa o causativa, deriva de IE *eǵ- 'ir, marchar, andar', que a su vez proviene de N *ʔeǵa 'id.' (p. 70, con más ejemplos similares). Esta interpretación es ciertamente polémica, a pesar de lo cual el autor la sostiene sin bibliografía adicional. Nada se comenta sobre sintaxis o dialectología IE.

Mucho más interesante se presenta el apartado titulado 'Nostratički jezici' (pp. 71-94), donde el autor recoge las lenguas y familias que tradicionalmente se han considerado nostráticas: afroasiática, kartvélica, urálica [U], drávida o dravídica y altaica (desglosada a su vez en las ramas túrcica, tungusa [Tn], mongólica, japonesa y coreana), a las que hay que sumar la familia IE y las 'Ostali nostratički jezici' (pp. 88-9): jucayir, esquimo-aleutianas, čukoto-kamčadales, nivx o gilyak, elamita y etrusca. Una de las primeras tareas que los nostratistas deben acometer, y cuanto antes mejor, es concretar qué lenguas componen el tronco original N. Mientras que hay un grupo considerado *communis opinio* (IE, kartvélico, U, las denominadas lenguas 'altaicas', de las que se tratará en breve, y drávida), otro conjunto (esquimo-aleutiano, sumerio, čukoto-kamčadal, jucayir, etrusco y burušaski) todavía se resiste, no a ser incluido, sino a ser estudiado por la gran mayoría de nostratistas,⁸¹ junto a los, en apariencia, componentes fijos, pese a su carácter marcadamente N. Por su parte, nivx o gilyak (denominación esta última que AG ni siquiera menciona, p. 88) y elamita han sido descartados, mientras que sumerio y burušaski pertenecen, según AG, a otra macro-familia (cf. *infra*), algo que también ha resultado ser inexacto según recientes y exitosas investigaciones.⁸² Algunos nostratistas desestiman la validez de la familia afroasiática (compuesta a su vez por otras seis familias: cusita, omótica, egipcia, semítica, bereber y chádica), unos por cuestiones metodológicas, otros por razones de concreción taxonómica. Este rechazo viene en ocasiones acompañado por la simple consideración de que hay quien ni siquiera cree en la constitución de dicha familia lingüística. En esta misma línea se encuentra la familia «altaica», que hoy en día únicamente cuenta con una reducida parte de la escuela rusa como principal defensora.⁸³

⁸¹ Cfr. Bomhard y Kerns (1994: 29-34), que también citan jucayir, čukoto-kamčadal, etrusco, nivx o gilyak, sumerio, elamita y esquimo-aleutiano, pero después las dejan caer en el olvido al ni tan siquiera mencionarlas en los subsiguientes estudios sobre fonética y morfología comparadas.

⁸² Mientras que el caso sumerio sigue necesitando un estudio profundo, la cuestión «burušaski» se ha solucionado positivamente, al demostrarse que esta lengua pertenece o se encuentra muy cercana al proto-IE, cfr. Čašule (1998, 2003a, 2003b, 2004). Pese a que todavía es pronto para concretar su estatus taxonómico, lo cierto es que ya no puede ser considerada lengua aislada.

⁸³ Se ha demostrado que el estudio independiente de sus diferentes miembros ofrece más y mejores resultados que tomándolas como un único ente.

Al margen de esta polémica, el autor ofrece una breve descripción de la lengua proto-N (pp. 89-94), basada en Illič-Svityč (1971-1984), que incluye un análisis del sistema fonológico, las correspondencias fonéticas, utilizando solamente los componentes clásicos (es decir, las 'otras' lenguas N no se mencionan), un elenco de raíces gramaticales y léxicas organizadas por temas, breves notas sobre sintaxis (en contraste con el nulo tratamiento en la sección dedicada al IE) e información sobre la prehistoria y la dialectología N (*idem.*). Entre otras cosas, se defiende la unidad uralo-altaica y elamo-drávida, hoy en día insostenibles dadas las evidencias presentadas, así como la concepción tradicional que sitúa el proto-N en algún lugar de Asia Menor aprox. hacia el 15.000 a. C. Para completar el cuadro, se describen el resto de lenguas del mundo, comenzando por la macro-familia sino-caucásica (pp. 96-100), que de acuerdo con AG, está compuesta por las familias sino-tibetanas, yeniséicas, caucásicas, na-dene (ortografía correcta *déné*) y las lenguas aisladas vasca, burušaski y sumeria (estas dos últimas fuertemente relacionadas con la «hipótesis nostrática»). El resto de lenguas se coloca en una especie de cajón de sastre, denominado 'Druge natporodice' (pp. 100-9), en el que aparecen mencionadas el ainu (otra lengua aislada), lenguas amerindias, austríacas, australianas, congo-saharianas y khoisan.

Después de todos estos prolegómenos, sigue por fin el cuerpo de etimologías (pp. 113-715). La estructura de las entradas es simple y tradicional: tras enunciar la palabra a estudiar, sigue en primer lugar la etimología eslava, tomada básicamente de Trubačev (1974-), y los comentarios que procedan para la correcta comprensión de la misma. Es en esta parte cuando son introducidas multitud de palabras derivadas, las posibles evidencias que apuntan a la condición de préstamo o cualquier otro tipo de puntualización. El autor parte del presupuesto de que el lector conoce la lengua croata, requisito imprescindible para manejar este diccionario. En segundo lugar figura la etimología IE, a la que acompañan igualmente multitud de comentarios y notas auxiliares. Finalmente, y como novedad ya señalada, se hace referencia a la etimología N, sino-caucásica o aquella que proceda. En la inmensa mayoría de casos, este apartado no recoge comentarios, solo se cita el material que supuestamente ha de sustentar las etimologías.

Sea como fuere, todas las entradas son un ejercicio de exhaustividad, al que en un principio es posible objetar una grave falta de metodología: la ausencia de citas bibliográficas y por lo tanto la imposibilidad de comprobar o cerciorarse si la información suministrada por el autor es cierta, en tanto en cuanto que pueda ser ampliada o incluso corregida. Este descuido se observa también en las primeras páginas, donde sólo al final de algunos apartados (p. 14, p. 70, p. 109) se recoge, como nota a pie de página, una lista de lecturas adicionales, que en ningún caso equivalen a referencias activas incluidas en el texto. No obstante, AG ofrece una lista final de obras consultadas (pp. 717-49), cerrada con el comentario «[n]eke novije članke i knjige nabavio sam, nažalost, prekasno da bi se podaci iz njih mogli upotrijebiti u rječniku onoliko koliko se mogu – no te sam članke i knjige ipak naveo u ovom popisu literature» (p. 749). Puesto que no hay referencias en el texto, al lector le es indiferente semejante comentario.

Como ya se ha comentado, mucho ha sido el tiempo que ha transcurrido desde la publicación del diccionario, por lo que muchas de las raíces N incluidas ya han sido ampliamente discutidas por los especialistas y, en muchos casos, consecuentemente

rechazadas. Por citar algunos ejemplos, es posible comenzar con croata *pēt* 'cinco' < esl. 2 **pētō* < esl. 1 **pē(k)tv* < IE **pénk^w-to-s* (p. 476-7) y *pēst* 'puño' < esl. **pēstō* < IE **pñk^w-sti-s* (p. 476), ambas derivadas de IE **pénk^w*-, que a su vez se han remontado tradicionalmente hasta N **ΠΑΝΚΥ* o **PUNΚΑ*. Al margen de la pequeña corrección que debe introducirse en **pénk^w-ti-s*, explicando así el jer palatal resultante en las lenguas eslavas, la vinculación de la palabra IE **pénk^we* 'cinco' con otras lenguas del mundo ha sido ciertamente productiva (Blažek 1999: 226-7) y por supuesto no falta la correspondiente propuesta N. Sin embargo, ésta ha sido siempre inviable tal y como se presenta, más por cuestiones de descuido que por razones metodológicas o por incompatibilidad. Un magnífico ejemplo de «descuido» puede comprobarse con el cognado «altaico» **p'alŋa* que conforma la hipotética raíz N **p'ayngV* 'palma de la mano' (la misma que cita AG, pero tras haber sido trastocada por el equipo de lingüistas que decidieron publicar el diccionario etimológico de Illič-Svityč tras su desgraciado fallecimiento), a la que pertenecerían la forma IE aludida y U **p'alŋi* (Sam-mallahti 1988: 539) o **piŋe* (Rédei 1988: 384) 'palma de la mano', cuya irregularidad en el vocalismo inicial apunta a la presencia de un diptongo *-*ai-*, tal y como consideró en su momento el propio Illič-Svityč. Manaster Ramer (1998: 76) aclara que el material a comparar debe tomarse teniendo siempre en cuenta el significado de las formas IE y U, del turco *aya* o del Tn **paiŋa* (Kolesnikova 1972: 320), puesto que Tn **pala-gan* 'planta del pie' y otras palabras relacionadas, e.g. mongol medio *halagan* o manchú *falangu*, significan algo parecido, pero que no es lo mismo.⁸⁴ El resultado de aunar Tn **paiŋa* y Tn **pala-gan*, más sus correspondientes formas en coreano, japonés, túrcico y mongólico, es el híbrido **p'alŋa*, usado frecuentemente en las comparaciones externas. A este respecto, Blažek afirma que nadie las compara: «These forms are really different, but *nobody* compares them!» (Blažek 1999-2000: 97), pero Manaster Ramer proporciona hasta cuatro fuentes que lo hacen, incluido Illič-Svityč, luego la advertencia es legítima y, sobre todo, necesaria.

Otro descuido clamoroso llega a la hora de explicar cómo de una proto-forma N **p'ayngV* se pasa a IE, U, Tn y túrcico, ya que aceptando lo planteado hasta el momento por los nostratistas dicha forma no puede llegar hasta IE **pénk^we*. El principal obstáculo se presenta en las correspondencias fonéticas del apartado oclusivo: N **p'* > IE **p*, N **g* > IE **g^b*. Partiendo de esta base, multitud de autores han pretendido solucionar el problema modificando la raíz IE, ajustando las correspondencias fonéticas N o simplemente han desechado el material IE por incompatibilidad fonética. Sin embargo, la solución a tal problema es tan simple como plantearse de dónde proviene esa *-*g-* en N, porque ninguna lengua la ha retenido a excepción del propio IE. El resto de lenguas poseen una nasal que se ha velarizado ante la presencia de un fonema velar que después ha desaparecido. Pero la pérdida de dicho fonema no implica en absoluto que en nostrático hubiera una oclusiva velar sonora. Ante semejante panorama, parece obvio que el IE es el único apoyo para reconstruir no ya los rasgos fonológicos de la segunda oclusiva, sino la propia segunda oclusiva. En cuanto al resto de lenguas involucradas en la comparanda, cualquier fonema oclusivo velar, ya sea so-

⁸⁴ Cfr. además la oposición en evenki (*h*)*algan* 'planta del pie' y *hanŋa* 'palma de la mano' que se desprende de la evolución de ambas raíces.

norro, sordo o sordo glotalizado (las tres posibilidades que ofrece la serie velar nostrática en su versión clásica), habría provocado la velarización de la nasal anterior. Por lo tanto, podría reconstruirse sin problemas N ***p'áynkV* y suponer, atendiendo a Vine (1998: 102 n 2), una construcción del tipo ***p'áynkV-k'ò* > ***p'áynk-k'ò* (síncopa) > ***p'áynk-ko* (asimilación progresiva) > ***p'áynko* > IE **pénk^we*. Por lo tanto, el problema con esta etimología radica en cómo ha sido planteada, más que en su propia validez, cuestión sobre la que AG parece no saber nada.

Otro ejemplo es croata *měso* < esl. **měso* < IE **mēms-ó-m* < N **HomśA*⁸⁵ (pp. 406-7). A partir de Vine, cuya primera objeción con respecto a la mencionada raíz IE es su anómala estructura, «[...] that has a rather unusual root-shape (including the consistent lengthened grade) [...]» (1991: 30), Manaster Ramer (1998: 69-70) propone que IE **mēms-* 'carne' debe ser interpretado como un compuesto **(h_x)me-h_xms-* o bien una forma reduplicada **h_xme-h_xms-*, donde en cualquier caso el segundo miembro **h_xms-* se ajusta a los cánones de la raíz IE establecidos por Benveniste hará ya setenta años (1935). Lo cierto es que el propio Illič-Svityč era consciente de este problema, y propuso que **(h₃)mēms-* fuera el resultado de una contaminación entre **h₃ems-* y **h₃mes-*, supuestos estadios consecutivos, de los cuales el segundo se reconstruía sin evidencia material alguna, al igual que la laringal **h₃* (Vine 1998: 93). No obstante, un trabajo de Puhvel (1992) parece arrojar algo de luz sobre este escabroso tema en un primer momento a favor de la «hipótesis nostrática», al concluir que hitita *has(s)-* 'dar a luz', *hassanu* 'ayudar a nacer', *hassant-* 'nacimiento' o luwita *hamša* 'nieto', *hassa hanzassa* 'progenie de la progenie', derivan de IE **h₃éms-*, **h₃m-és-* (1992: 268-9). La relación semántica entre estos términos y la raíz IE **mēms-* 'carne' se hace clara y diáfana tomando expresiones como el inglés 'flesh of my flesh' = 'offspring'. En opinión de Manaster Ramer: «Thus, Vine's criticism of Illič-Svityč's reconstruction does not invalidate the Nostratic hypothesis, but leads us to a refinement of it, while clarifying a problematic area of Indo-European» (1998: 70). Por desgracia, la realidad es otra muy distinta. En primer lugar, Blažek (1999-2000: 97) cita un trabajo de Massimo Poetto donde se demuestra que el luwita ya posee un convincente cognado para IE **mēms-*, que es *mi(ya)sa-* 'carne'. En segundo, de acuerdo con Melchert (1994: 163), hitita *hāšša-* 'descendencia' < IE **h₂ónso-*, mientras que luwita *hamša* / *ha-ma-sa* 'nieto' < IE **h₂ó/mso-*, cfr. gr. ἄμνᾶμμος < IE **h₂em-* (Bader 1988: 33), ya que en época proto-anatolia **-ms-* > hitita *-ns-*, e.g. IE **óms-* 'limpiar, trapo' > hitita *ān(š)š-*, frente a **-VnsV-* > hitita *-šš-*. Además, sólo la laringal IE **h₁* genera **ē*, mientras que formas como luwita *hamša* exigen un antecedente IE con **h₂* o **h₃* (Vine 1988: 92-7). Por lo tanto, difícilmente puede aceptarse esta etimología IE para explicar una forma N **HomśA*.

Por su parte, croata *brāti*, *běrem* < esl. **bbrāti* < IE **b^hṛ-ā-* < N **bari* (p. 147) se antoja incluso más compleja y problemática. De acuerdo con Kaiser (1990: 37) la raíz IE **b^her-* 'llevar, traer' ha mantenido en eslavo su valor léxico arcaico, significando 'coger,

⁸⁵ Gluhak opina que se trata de un préstamo sino-caucásico, dada la forma **jAmca* 'carne de vacuno', basada en proto-caucásico **jəmc^ho* 'toro' (avar. *oc*, andi *unso*, lezgio *jac*, checheno *jett* 'vacra', adigue *c_wə*, kabardino *və*), proto-jeniseico **ṛise* 'carne' (ket *is*) y proto-sino-tibetano **ṣu* o **ṣo* 'vrsta goveda'. Incluso cita una forma proto-amerindia **maⁱ* 'carne', con seguridad a cargo de Ruhlen (1988: 80), que continúa en proto-uto-azteca **mas* 'ciervo' y pomo *bīše* 'carne, ciervo'.

tomar'. Esto supone aceptar, tal y como afirma el propio autor, que en una época indoeslava (?!) los hablantes de los primeros dialectos no eslavos (céltico, indoirano, tocario, albanés, griego, etc. incluido el báltico) desarrollaron una acepción 'traer, llevar', y que los eslavos conservaron el significado original 'coger'. Vine (2002), alarmado por tamaña conclusión, analiza las posibilidades de considerar una raíz IE **b^her-* y sus resultados en eslavó como un auténtico arcaísmo, resultando su propia opinión diametralmente opuesta. A nivel morfológico, la raíz IE **b^her-* se considera supletiva de **h₂nek'-* 'erreichen, reichen bis', **h₂nek'-* 'erhalten, (weg)nehmen', reflejadas en antiguo eslavó como *nesq, nesti* (García Ramón 1999). Este es el motivo por el cual la semántica de la raíz **b^her-* 'traer, llevar' ha cambiado en eslavó por 'coger'. Para aceptar la teoría de Kaiser, sería necesario echar por tierra el consolidado sistema de verbos supletivos IE, lo cual es poco esperanzador. Además, la forma **b^her-* continúa en eslavó como un presente verbal temático en grado pleno **berq*, que en infinitivo o pasado se opone a un grado cero **b^hirā* < IE **b^hr_e-e-h₂*, que generalmente se asocia a grados cero en presente (Jasanoff 1983). Esta combinación de grados no es arcaica, sino todo lo contrario, innovadora. Por otro lado, bien es cierto que las formas **b^hermen-* 'embarazo' y **b^herdiā-* 'embarazo (de animales)'⁸⁶ parecen ser relativamente arcaicas, dada la presencia del sufijo **-men-* para sustantivos neutros con grado largo en la raíz (indicado en eslavó mediante el acento agudo, cfr. ai. *bhārman* RV), que conforma únicamente siete sustantivos más documentados en los textos canónicos del antiguo eslavó eclesiástico, mientras que **b^herdiā-* se relaciona con la forma aislada de latín *forda* (*bos*) 'embarazo (de vaca)' y su variante dialectal *horda*, un término ciertamente antiguo vinculado a los ámbitos religiosos de la comunidad (proto-)itálica. Sin embargo, la evolución semántica necesaria para llegar a 'embarazo' sólo puede partir de 'llevar, traer', nunca de 'coger'. Por último, la fraseología IE confirma la mayor antigüedad de la acepción 'traer, llevar' sobre 'coger', e.g. ai. *prá-bhartar-*, avéstico *frā-bərətar-*, umbro *ař-fertur-*, todos con un significado 'el que ofrece, el que lleva, el que trae'. Por lo tanto, la vinculación de una raíz N ***b^hari* 'coger' con IE **b^her-* 'traer, llevar', exigirá explicaciones más originales y efectivas que las presentadas hasta ahora.

Las últimas páginas del libro están dedicadas a las abreviaturas y signos (pp. 750-5) y una guía de lectura para las grafías poco comunes, en esencia pertenecientes a lenguas IE (pp. 755-60). Los índices preparados son extremadamente útiles, aunque no siguen el habitual sistema de paginación. En el primero de ellos ('Kazalo riječi', pp. 761-821), cada palabra derivada remite a la forma base, que por definición tiene una entrada propia, la cual viene caracterizada mediante el tipo de letra negrita. El problema de este sistema es que dada la densidad y extensión de algunas entradas, en ocasiones sería más conveniente echar mano del clásico sistema de paginación. El segundo es un índice onomástico ('Kazalo imena', pp. 822-9) que funciona de idéntico modo que el anterior. Un importante inconveniente, aunque comprensible dadas las dimensiones del trabajo realizado, es que no se han preparado índices para todas las lenguas, sino que únicamente existe para la croata. La tabla de materias (pp. 831-2) cierra el volumen.

⁸⁶ Sustitúyanse éstas por las incorrectas **berme-* y **berdja-* que Kaiser cita para el proto-eslavó (pero que serían correctas en época eslava común tardía).

En conclusión, no puede negarse la honestidad y valor científicos del trabajo llevado a cabo por AG, que en aras de conseguir el más completo diccionario etimológico, ha buscado una exhaustividad que por desgracia todavía no es sinónimo de calidad-credibilidad. No obstante, no debe interpretarse que éste es un diccionario etimológico inservible, ni mucho menos. Toda la información que concierne a los ámbitos eslavo e IE es magnífica. Además, hay multitud de etimologías N que hasta nueva noticia son completamente válidas, pese a que necesiten la correspondiente matización fonológica y una ampliación de evidencia material en muchos casos ya viable. Esto significa que hasta donde habitualmente un diccionario etimológico alcanza, en cuanto a profundidad diacrónica se refiere, AG ha conseguido componer el mejor diccionario etimológico no sólo de la lengua croata, sino de todo la rama eslava. En cualquier caso, y a pesar de este «primer intento fallido», futuros proyectos etimológicos deberán tener en cuenta el propósito primordial de la etimología, que no es otro que el de remontarse hasta el origen último de las palabras,⁸⁷ algo que Ale-mko Gluhak ha estado muy cerca de lograr.

M.M. Jocelyne Fernandez-Vest, ed. (2005): *Les langues ouraliennes aujourd'hui. Approche linguistique et cognitive – The Uralic languages today. A linguistic and cognitive approach*. Paris: Libraire Honoré Champion (Bibliothèque de l'École des Hautes Études Sciences Historiques et Philologiques). 685 pp.

Hasta hace poco tiempo las lenguas urálicas adolecían de cierto encasillamiento, por ser muchos de sus estudios descriptivos y/o diacrónicos —lo cual por otro lado no debería sorprender, puesto que algunas de estas lenguas no se han conocido hasta la conquista de Siberia a finales del s. XVI (véase la introducción histórica de Wood [1991])— y en consecuencia carecer de análisis lingüísticos profundos, semejantes a los disponibles para el inglés, francés, alemán o ruso. No obstante, la necesidad de aplicar modelos teóricos lingüísticos, nuevos o antiguos, ha permitido que muchas lenguas, en cierto modo exóticas o poco convencionales, salten a la palestra y ocupen posiciones privilegiadas, como por ejemplo las variedades nativas de Norte América, Australia o la propia Siberia. En el caso concreto de las lenguas urálicas, el hecho de que algunas de ellas, *inter alia* húngaro, finés, estonio o los dialectos sámi, se encuentren diseminadas por la parte (nor)oriental del continente europeo ha favorecido el desarrollo de la disciplina uralista. Una prueba de ello es el volumen aquí reseñado.

Claude Hagège enumera en el prólogo (pp. 11-15) los temas más interesantes y debatidos de la uralística contemporánea. En materia diacrónica el autor señala los procesos de gramaticalización, que como fenómeno general está muy de moda, mientras que en el ámbito sociolingüístico apunta el bilingüismo como principal interés, muy comprensible dado el sometimiento soviético-ruso bajo el que se han visto —y se ven— supeditadas todas las sociedades urálicas orientales. Semejante situación social obliga a que se planteen iniciativas con las que fomentar la conservación de las lenguas nacionales mediante programas culturales específicos. Como es fácilmente

⁸⁷ Algunos ya lo han hecho, como el monumental diccionario etimológico del antiguo eslavo (Blažek 1989-), o en menor medida, Mallory y Adams (1997), que citan las etimologías de Bomhard y Kerns (1994) allí donde es posible.

deducible de estos últimos estudios, en muchos casos el componente antropológico, etnológico y/o sociológico de la uralística iguala o supera al contenido lingüístico, y es que, al contrario de lo que ocurre en el Universo indoeuropeo, al menos en parte de él, todavía son necesarios numerosos trabajos no versados sólo en lingüística.

Tras la lista de autores (pp. 17-20), Jocelyne Fernandez-Vest firma su primer artículo con el *Avant-propos* (pp. 21-28), donde responde a las preguntas «¿Por qué las lenguas urálicas?» y «¿Por qué en la actualidad?». Ambas preguntas son completamente legítimas, puesto que al tratar las variantes urálicas menos conocidas, es decir, las lenguas indígenas de Siberia, parece como si el lingüista, antropólogo o etnólogo viajara en el tiempo hasta los comienzos de la época glacial. Es decir, las lenguas urálicas son para muchos sinónimo de «no actualidad académica» o de «exotismo lingüístico (potencialmente prescindible)». Esta visión no encaja en absoluto con la labor de los uralistas llevada a cabo en poblaciones mordvin, nenets, komi, selkup o sámi (el acento gráfico indica longitud vocálica; si se opta por hablar de lenguas *sámi*, igualmente hay que hablar de *Sápmi*, y no de «Laponia» o «Lap[p]land»). La autora repasa uno a uno los objetivos del libro y hace una presentación de los capítulos en los que se divide la obra.

Esta primera parte introductoria se cierra con un mapa y varios árboles genealógicos clásicos de las lenguas urálicas (pp. 28-32), a cargo de Mikko Korhonen, Johanna Laakso y Juha Janhunen, tres de las figuras más destacadas de la lingüística diacrónica urálica contemporánea.

Un total de 41 contribuciones conforman el grueso del libro, que para una mayor comodidad se ha dividido en secciones o paneles temáticos: tipología de las lenguas urálicas y finougrias (pp. 75-158), lenguas fínicas o baltofínicas (pp. 179-222), lengua estonia en el contexto báltico (pp. 225-85), lengua finesa como nuevo miembro de la Unión Europea (pp. 289-354), lengua húngara en los contextos urálico y europeo (pp. 357-96), tradición oral en la región ártica (pp. 399-457), multilingüismo entre las poblaciones urálicas (pp. 461-514) y semántica de las lenguas urálicas (pp. 517-46) en comparación con otras lenguas del mundo (pp. 563-610). Dentro de cada una de estas secciones se incluyen trabajos de diversa factura. En el apartado dedicado a la tipología pueden leerse estudios sobre la problemática descripción gramatical sincrónica y diacrónica de las lenguas urálicas en general, mientras que en los tres capítulos monográficos sobre el húngaro, estonio y finés se abordan no sólo cuestiones pedagógicas, como p.ej. las diferencias entre el discurso oral y escrito entre los hablantes no nativos, sino también comparativas, ya sean sincrónicas (gramática contrastiva) o diacrónicas (gramática histórica).

Antes de dar paso a los artículos académicos, varias páginas (pp. 35-45) se han dedicado al recuerdo de Robert Austerlitz (1923-1994), cuya memoria, pese a los años transcurridos desde su desgraciado fallecimiento, sigue estando muy viva entre los miembros de la comunidad científica. Sus contribuciones constituyen pilares centrales de la filología urálica y nivkh. Peter Simoncsics (pp. 35-9) y Jocelyne Fernandez-Vest (pp. 43-5) dedican varias palabras y comentan recuerdos personales. A modo de complemento se recoge el CV abreviado de Austerlitz, sin lista de publicaciones. La contribución de la editora de este volumen finaliza con unas palabras muy significativas: «[...] un savant exceptionnellement cosmopolite et polyglotte, brillant orateur mais collègue discret et généreux, doué d'un humour et d'une humanité sans

faille» (pág. 45). Recuerdos igualmente valiosos son los dedicados a Éva Schmidt (1948-2000), promotora de los derechos humanos y culturales entre los pueblos de la Siberia oriental, especialmente entre los ostyak (pp. 46-55), y el poeta sámi Nils-Aslak Valkeapää (1943-2001), llamado Áillohaš (Áilu), promotor de la cultura tradicional sámi (pp. 56-72). Márta Csepregi y M.M. Jocelyne Fernandez-Vest firman respectivamente cada uno de los artículos. A lo largo de esta sección pueden encontrarse fotografías de los homenajeados en blanco y negro.

Puesto que es imposible comentar todos y cada uno de los estudios presentados en el volumen —por espacio y por incompetencia del abajo firmante—, a continuación se recoge una selección de los mismos según el criterio y especialidad del autor de esta reseña. La intención es reflejar el actual estado de la lingüística histórica urálica a través de cuatro estudios que tratan dos cuestiones de máxima actualidad en esta materia: por un lado, la lingüística areal y por el otro, la legitimidad de la unidad genética del tronco urálico.

En el primer grupo se inscribe el estudio de E. Helimski, «Uralic languages in Sprachbünde: Areal connections within and across the family borders» (pp. 87-99), que presenta un resumen de todos los *Sprachbünde* en los que participa, ha participado y pudo participar la familia urálica al completo o alguno de sus miembros. Estas agrupaciones areales pueden incluir sólo lenguas urálicas o, como ocurre en la mayoría de los casos, agrupar lenguas urálicas más otras lenguas de diversa procedencia, p.ej. túrcica, mongólica, indoeuropea o yeniséica. Helimski considera que la identificación de un *Sprachbund* es posible si se logra identificar (a) procesos idénticos de cambio fonético y/o morfosintáctico en sistemas no vinculados genéticamente y (b) un grado relativamente alto de isomorfismo en las estructuras semánticas y morfémicas, en la sintaxis y la fraseología, etc. De acuerdo con estos dos requisitos, Helimski identifica catorce *Sprachbünde* en la región euroasiática, de los cuales tres resultan ser en su opinión dudosos. Llamen la atención los *Sprachbünde* europeo, en el cual intervienen lenguas como el francés, el alemán y más recientemente el inglés, cuya influencia afecta al resto de lenguas europeas, y el rúsico (en inglés *Russic*, adaptación del ruso *rossiskij* y equivalente al alemán *Russländisch*), donde el ruso ejerce presión sobre el votic, veps, karelio, ingrio, mordvi y komi, de forma marginal sobre el cheremis, votyak, vogul, ostyak, selkup y la variedad oriental sámi. En ambos casos la influencia es sólo unidireccional: ni francés, ni alemán, ni inglés, ni ruso han experimentado cambio alguno por contacto con las otras lenguas (el origen de la oración nominal pura rusa, atribuida por defecto más que por evidencias a las lenguas urálicas septentrionales, debe ser todavía investigado en profundidad, cfr. Tauli [1996] y Thomason y Kaufman [1988]). Además, suelen afectar al registro elevado de las lenguas receptoras, aunque cada vez más también llegan a las jergas juveniles. Por lo tanto, los requisitos de Helimski en estos dos casos concretos son inexistentes. Súmese el hecho de que el *Sprachbund* europeo podría hacerse extensivo a casi todo el mundo, dado que la influencia del inglés o del castellano, más allá del nivel semántico, es idéntica o mayor a la ejercida en la zona europea (cfr. Haspelmath 2001, Haspelmath 2004: 213). Otros *Sprachbünde* pueden estar caracterizados sólo por un cambio particular: en el Yeniséi superior tanto prototúrcico como protosamoyedo experimentan el cambio de *j- a nasal si en la siguiente sílaba hay otra nasal o a palatal en caso contrario, aunque Helimski aclara que existen indicios a nivel gramatical

(construcciones converbales) y en el léxico. En el caso del *Sprachbund* báltico Helimski cita como lenguas no implicadas al pomeranio y al cašubo. A no ser que se trate de un error, infrecuente en el magnífico magisterio de Helimski, debe aclararse que el pomeranio es una lengua muerta que sólo sobrevive a través de uno de sus dialectos, a saber, el cašubo (véanse elementalmente Schaarschmidt 1997: 15, o Carlton 1990: 14-17). Otros *Sprachbünde* sólo están representados con una lengua, como en el caso del *Sprachbund* Onogur (el término *húngaro* deriva etimológicamente del nombre tribal turco *on ogur* 'diez flechas'), cuyo único superviviente es el húngaro, pero que en la antigüedad compartió área lingüística con el alano, ávaro y turco búlgaro, siendo la característica principal de este grupo la armonía vocálica labial. En otros casos ni siquiera se mencionan las características del *Sprachbund* en cuestión, como en el caso del Volga-Oka, un área lingüística sobre la que no se ha trabajado casi nada, en parte debido a que muchas de las lenguas que lo componen están muertas: varias variedades bálticas orientales y finolaponas (muroma, meščera, merya), más el mordvi y el cheremis. El único comentario de Helimski al respecto es que las dificultades diacrónicas que se presentan a la hora de demostrar la relación genética entre estas dos últimas lenguas (las únicas vivas de este *Sprachbund*) podrían explicarse a través de la contaminación mútua que han experimentado durante el último milenio. Un último apunte sobre este artículo tiene que ver con la seguridad que Helimski muestra a la hora de apoyar la relación genética entre la lengua yukagira y el tronco urálico (pág. 95: «[...] the arealistic interpretation of the Uralo-Yukagir problem ([...], I believe, is excessive in view of the obvious genetic ties between Uralic and Yukagir).»). Esta visión tan optimista no es compartida por gran parte de la comunidad uralista, que en la actualidad está más preocupada por asegurar la unidad de la misma, que por confirmar (siquiera rechazar) posibles nuevos candidatos a engrosar la lista de interinos. Esto se debe a que en los últimos años una ola de publicaciones, provenientes de un ambiente muy concreto y localizable, pretende desmontar la condición genética de las lenguas urálicas, favoreciendo en su lugar p.ej. el concepto de *lingua franca* (Wiik 2002 y varios artículos en las obras colectivas editadas por Künnap [1996, 1999, 2000] y la monografía del mismo autor [1998]).

En esta corriente se inscribe el trabajo de A. Künnap, «L'origine des langues samoyèdes: approche linguistique et génétique» (pp. 102-16), que analiza las características fonéticas y morfosintácticas más importantes de las lenguas samoyedas para concluir que las variedades meridionales (selkup, kamas y mator) poseen una naturaleza más «altaica» (*vid.* cercana a las lenguas túrcicas, mongólicas y tungúsicas), que las septentrionales (nenets, enets y nganasan). Esto se inscribe en su hipótesis areal de la familia urálica, según la cual las ramas finougria y samoyeda no están vinculadas genéticamente, sino que, tras un periodo de separación (las lenguas samoyedas, en la actualidad meridionales, por aquel entonces en contacto con lenguas altaicas), se disponen en el mismo espacio geográfico como consecuencia de varias migraciones. El contacto intenso y prolongado que se deduce de este contexto genera los cambios que más tarde se identifican con evidencias genéticas (para una revisión de las metodologías a seguir en los campos de la genética y de la lingüística areal, véase Aikhenvald y Dixon [2001]; en un artículo de revisión sobre el libro de Aikhenvald y Dixon, Haspelmath propone el término 'genealógico' en sustitución de 'genético', para no confundir el término biológico homónimo y ade-

más, porque es más exacto hablar de 'vínculos familiares' que de 'vínculos de origen' [2004: 222, n. 1]). Künnap estudia el material samoyedo empleado en la reconstrucción de la lengua protourálica (cfr. tabla 4 en p. 112) y, en su opinión, la evidencia samoyeda es mínima y sólo encaja con la finougria tras ser forzada. Además, datos procedentes de la genética molecular y de la antropología física favorecen, siempre a juicio de Künnap, el que la posición de la rama samoyeda (una de las dos en las que se divide primariamente el tronco urálico) deba reconsiderarse, sino extraerse de la familia urálica. El motivo principal es que el contenido genético de procedencia mongólica es mucho más alto entre los hablantes de estas lenguas que entre los de lenguas finougrias, lo cual, además, coincide con las similitudes lingüísticas entre algunos miembros de esta rama y las lenguas altaicas antes mencionadas. Este hecho no ofrecería ninguna relevancia sino fuera porque obviamente Künnap considera que existe algún tipo de conexión entre el contenido genético de las poblaciones y las lenguas que éstas hablan, lo cual califica por sí mismo el valor de las afirmaciones del autor (cfr. Renfrew [2000] y reseña de Alonso de la Fuente [2006]). Künnap parece olvidar que uno de los ejemplos clásicos sobre la nula relación directa existente entre genes y lenguas es el ofrecido por los dialectos sámi y el altísimo contenido genético mongólico de las poblaciones que los hablan, *ci.* 39-55%, mucho mayor incluso que el 30-40,7% de los nenets, la población samoyeda con mayor índice de genes mongólicos (pág. 106). Las lenguas sámi, ignoradas en este sentido por Künnap, deberían ser igualmente expurgadas de la familia urálica, pero tal y como se deduce de la tabla 4 (pág. 12), son perfectamente válidas desde un punto de vista lingüístico, mucho más que las ramas obugrias o que el mordvi (los paralelos obugrios y samoyedos ya han sido magistralmente estudiados por Helmski [1982]). El problema de Künnap es, por lo tanto, una cuestión lingüística: el samoyedo no pertenece a la familia urálica porque presente muchas diferencias con respecto al finougrio (para una refutación lingüística elemental, pero no por ello menos eficiente véase Soosaar [2000]). La postura de Künnap es equivalente a decir que el grupo anatolio no pertenece a la familia indoeuropea porque el hitita es muy diferente del irlandés antiguo. Añádanse un par de estudios genéticos sobre poblaciones anatólicas modernas y ya tendremos un cisma indoeuropeo en ciernes. Entre las muchas inexactitudes que Künnap acumula en su estudio, una sobresale especialmente sobre las demás, detectada en la tabla 1 (pág. 109), que ofrece el promedio de etimologías recogidas en los dos diccionarios etimológicos urálicos (*vid.* Rédei [1986-1988] y Collinder [1955]) en función de la procedencia del material empleado. Pese a que esta operación estadística sólo implica sumar dos dígitos de tres cifras y después dividir el producto entre dos, la tabla refleja dos errores en cierto sentido graves. El primero de ellos reside en el promedio de las etimologías con material khanti y samoyedo, donde el resultado 242 debe ser cambiado por 243, puesto que en el resto de casos donde el dividendo arroja el decimal .5 el autor ha procedido al redondeo positivo, es decir, $242.5 \rightarrow 243$. El segundo, mucho más grave, está relacionado precisamente con el promedio de las etimologías con material finougrio y samoyedo, en opinión de Künnap 220, pero que debe ser 242 ($246 + 238 = 484 / 2 = 242$). Por desgracia, o por fortuna, 22 etimologías son muchas y seguro que hacen perder algo de valor a las insinuaciones de Künnap en lo que se refiere a la NO relación genética de las ramas finougria y samoyeda.

En la misma línea que Künnap se encuentra el artículo de A. Marcantonio, como bien permite intuir el provocativo título de su intervención, «Evidence: the missing concept in Comparative studies. A preliminary comparison of Uralic and Indo-European» (pp. 117-32). La base de este trabajo se encuentra en un estudio anterior en forma de libro (Marcantonio 2002) donde la autora pretende demostrar que las lenguas finougrias y samoyedas no están vinculadas genéticamente y que el método comparativo es una herramienta inservible por su poca precisión y ambigüedad. Pese a las devastadoras y contundentes críticas que aquella obra recibió en su momento (véase a modo ilustrativo Aikio [2003] y Laakso [2004]), la autora parece no haber modificado un ápice ni sus objetivos ni su metodología, repleta de malentendidos e interpretaciones personales muy desacertadas. El título del trabajo en sí es ya algo problemático: «A preliminary comparison of Uralic and Indo-European» es el tipo de enunciados que quedan de antemano insertados en la corriente «long-ranger» o «comparativa de larga distancia», es decir, entre aquellos trabajos que más que desmontar vínculos genéticos, como es el caso de éste, busca encontrarlos, cueste lo que cueste. En los párrafos iniciales Marcantonio hace referencia, sin citar nombres ni dar bibliografía contrastable, a las reseñas de su libro ya aludido en las que sus autores concluían que si el método comparativo no funcionaba en el caso urálico, entonces tampoco lo podría hacer en el indoeuropeo, puesto que en ambos casos el método ha permitido reconstruir con gran precisión el pasado lingüístico de aquellas lenguas. Sin pensárselo dos veces, Marcantonio se dispone a cumplir los deseos de sus reseñadores y pretende demostrar, en efecto, que la base comparativa de la familia indoeuropea no existe. Resulta complicado encontrar objetivo más ambicioso que éste en el panorama actual de la lingüística diacrónica y comparativa mundial. La autora, en apariencia consciente de que la empresa que se propone no es sencilla, apunta: «I want to stress that my conclusions regarding I(ndo)-E(uropean) are preliminary, because only a sample of some of the major works is examined, and I welcome communication from scholars with evidence to contribute to this on-going research» (pág. 119). La advertencia no es vanal; la autora analiza fuentes indoeuropeas del s. XIX y principios del XX (es decir, las de los fundadores de la indoeuropeística) para intentar desacreditar el método comparativo o al menos demostrar que no se aplica como debería. De ahí lo preliminar de sus conclusiones. En vez de tratar de comprender los desarrollos más recientes en materia diacrónica indoeuropea, la autora opta por retroceder en el tiempo y abordar cuestiones que, en caso de haber sido erróneas, ya han sido solventadas. La verisimilitud de la familia indoeuropea está fundada, en palabras de la autora, en el análisis de materiales insuficientes, donde hay más «leyes fonéticas» (en inglés «sound-rules») que etimologías con las que ejemplificarlas, signifique lo que signifique «leyes fonéticas». La autora opina que en teoría las correspondencias fonéticas no son ambiguas, y que un sonido en la lengua A puede corresponder a uno en la lengua B, a dos incluso. La autora olvida mencionar que un cambio trivial del tipo $b : b$ no necesita justificación, es decir, no está condicionado, pero que en el caso de $b : c$ o $b : b$ o c , entonces es necesario especificar los contextos bajo los que b y/o c ocurren en la lengua B. En caso contrario, el método pierde toda sistematicidad y exactitud. La cuestión de los contextos excluyentes parece que se escapa al entendimiento de la autora. A esto se suma el incómodo problema de no saber a que se refiere la autora por «sound rules». En el siguiente comentario sobre las

correspondencias oclusivas entre germánico y latín (sic!) la autora dice que «[...] from Germanic to Latin there are a total of 36 rules, for 14 sounds, so that there are on average 2.57 rules for each sound». A no ser que se trate de un tremendo error, y así parece, los 14 fonemas a los que se refiere la autora no son los oclusivos indoeuropeos */p b b^h t d d^h k k^w k' g g^w g' g^h g^wh g^h/, que son 15, ni tampoco los resultados en «germánico» (no se especifica si se trata de una lengua concreta o de protogermánico) ni latín. Menos obvio son las 36 leyes o reglas aludidas. Sea como fuere, la autora encuentra que los resultados estadísticos confirman que las correspondencias fonéticas son ambiguas. Además, añade la autora, en la búsqueda de cognados no se respeta la distancia semántica o se toman en cuenta sobre todo raíces verbales monosilábicas. La inocencia de la autora con respecto a esta última apreciación es mayúscula, ya que la raíz verbal que se recoge en el glosado de etimologías indoeuropeas responde a una convención ahorrativa que no está motivada en el hecho de que sólo se comparen estructuras del tipo *CVC-, todo lo contrario. Tras comparar formas completas, es decir, raíz más morfemas, se ofrece como evidencia significativa la raíz. Así, *b^her- 'llevar, cargar' es la raíz que se deduce de formas paradigmáticas como la 3.^a pl. de un presente temático *b^hér-o-nti. En lo que atañe al tratamiento de las oclusivas indoeuropeas, fonemas a los que se limita su trabajo, Marcantonio recurre a los estudios de Brugmann, Grimm y Szemerényi y comenta que en el caso de las sonoras aspiradas «[...] there is not a significant set of parallels reported generally in the literature» (pág. 121). Un vistazo siquiera rápido a las secciones correspondientes de manuales básicos como los de Forston (2004), Beekes (1995) o Meier-Brügger (2000) habría bastado para proporcionar a la autora ese «set significativo» que tanto busca. En cuanto a la parte estadística, Marcantonio considera que el método comparativo «[...] can yield statistically significant results», pese a que no pocos estadistas opinarían que *cualquier cosa* puede arrojar resultados estadísticos significativos. El uso de estadísticas parece ir destinado únicamente a impresionar al lector con pseudocientifismos. No obstante, el efecto es justamente el contrario, sobre todo tras comprobarse que la autora emplea el método de Ringe, sin tener en cuenta que dicho método ha sido terriblemente criticado no sólo desde una perspectiva lingüística, sino también desde la matemática (cfr. Manaster Ramer y Hitchcock 1996), hasta hacerlo poco menos que inservible. Por lo tanto, ni las consideraciones filológicas ni las matemáticas están de parte de Marcantonio.

El último de los trabajos a reseñar corre a cargo de J. Janhunen, «On the convergence of the Genitive and Accusative cases in languages of the Ural-Altai» (pp. 133-44), y está relacionado con la lingüística areal. El término «urálico-altaico» no se usa en su acepción genética, prácticamente desechada desde hace años, sino en la de *Sprachbund*. Al contrario que Helimski, Janhunen se concentra en una cuestión concreta: la aparente confusión de los denominados casos genitivo (gen.) y acusativo (ac.). La descripción gramatical de una lengua debe en ocasiones elegir entre la aproximación formal, es decir, la que describe lo que se observa (la «substancia lingüística» en palabras de Janhunen), o la aproximación funcional, esto es, la basada en universales gramaticales preconcebidos. En esta última corriente queda inscrita la concepción de «gramática de los casos» de Fillmore (1968), según la cual todas las lenguas comparten un sistema semántico de casos idéntico, estén o no representados formalmente en la substancia de la lengua, es decir, sean o no directa y empírica-

mente observables. Los casos se expresan mediante afijos o postposiciones. En el caso euroasiático, la variación afijo-postposición varía a medida que uno se desplaza de oeste a este: las lenguas urálicas occidentales presentan claramente afijos, mientras que en las más orientales, las lenguas túrcicas, mongólicas o las tungúsicas, la unión entre raíz y afijo se hace cada vez más débil, hasta llegar a las partículas casuales o postposiciones. En el ámbito euroasiático existe una oposición clara entre el nominativo, caso no marcado, y el genitivo-acusativo. *Grosso modo*, el genitivo cumple funciones adnominales, mientras que el acusativo cumple funciones adverbiales. Puesto que en ocasiones formalmente vienen expresados de igual manera, Janhunen prefiere llamar a la unión de ambos «conectivo», puesto que conecta un elemento nominal a otro, bien nominal (gen.), bien verbal (ac.). Esta terminología resulta útil en finés, donde la situación casual protourálica con **-m* (ac.) y **-n* (gen.) se ha resuelto en *-n*. Este sincretismo oculta formalmente la distinción funcional entre uno y otro. En el cuadro siguiente pueden observarse varias de las tendencias registradas en lenguas urálicas y mongólicas a la hora de tratar históricamente ambos casos:

		protourálico (pu.)		
		conectivo (con.)	gen.	ac.
sámi septentrional		<i>guoli</i> 'pez'	<i>*kala-n</i>	<i>*kala-m</i>
enets		<i>libe-h</i> 'águila'	<i>*lempä-n</i>	<i>*lempä-m</i>
nganasan		<i>kubu</i> 'escondite'	<i>*kopa-n</i>	<i>*kopa-m</i>
	pero	gen. <i>kubu-ng</i>	gen. <i>*kopa-n</i>	
		ac. <i>kubu-m</i>	ac. <i>*kopa-m</i>	
		protomongólico (pm.)		
dagur		<i>gerii</i> 'casa'	<i>*ger-ei-n</i>	<i>*ger-ii</i>
ordos		gen. <i>xaan-ii</i> 'emperador'	gen. <i>*kaan-ai(-n)</i>	
		ac. <i>xaan-iig</i>	ac. <i>*kaan-ii</i>	

[Nótese que en el caso de 'águila' Janhunen reconstruye **limpä*, pese a que los datos samoyedos, revisados entre otros por Helinski, apuntan claramente a **lempä*, que es la forma aquí adoptada]

En sámi septentrional *guolli* < pu. **kala* tiene únicamente una forma con., al igual que en enets y nganasan. Sin embargo, esta última lengua registra todavía las dos formas históricas de gen. y ac. para el sustantivo *kuxu* < pu. **kopa*. Como sámi y enets, dagur *gery* sólo tiene una forma con., pero el ordos, tratando de evitar la homonimia, introduce un elemento /g/ no etimológico en el ac. de *xaan* < pm. **kaan*. La neutralización del gen. y ac. puede hacerse a distintos niveles: léxica (formalmente se pasa de dos casos a uno), morfológica (aunque en un ámbito se dé neutralización, quizás en otro perviva, p.ej. en la flexión nominal finesa se distingue formalmente entre nom. y con., pero en la flexión posesiva no, y formas como *kirja-nsa* 'su libro [de él o ella]' funcionan como nom. y con.) o morfofonológica (la neutralización tiene lugar dependiendo de si el tema nominal es en consonante o en vocal, p.ej. en nenets), y en la mayoría de los casos sólo se ve afectado el paradigma singular, mientras que en el plural todavía es posible observar la diferencia formal entre un caso y otro. En sámi septentrional, sin embargo, *guliid* es el resultado de contraer el gen. pl. **kala-y* y el ac. pl. **kala-y-ta* por presión del paradigma singular. En los pronombres personales es igual-

mente posible encontrar una distinción clara entre el gen. y el ac., básicamente por estos elementos sujetos a la escala de animacidad que exige máxima distinción y transparencia formal-funcional, p.ej. finés nom. *minä*, gen. *minu-n*, ac. *minu-t*, dagur nom. *bi*, gen. *min-ii*, ac. *nam-ii* (con tema supletivo), o incluso con triple distinción nom. + ac. + gen. y una forma con. adicional, p.ej. mongghul nom. *bu*, gen. *mun-i* (atributivo), oblicua *ndaa* (objeto directo e indirecto), con. *ndaa-ni* (atributiva y objeto directo). Otras lenguas, como el santa (mongólica), ofrecen una oposición nom. vs. con. en la 2.^a, nom. *ci 'tú'* vs. con. *ci-ni*, pero en la 1.^a, aunque formalmente completa nom. *bi*, con. *mi-ni* (< gen.) o *nam-i* (< ac.), sólo registra funcionalmente nom. vs. con. Pese a que Janhunen demuestra que éste es un rasgo tipológico areal común de la zona euroasiática, Klesment, Künnap, Soosaar y Taagepera (2003) no lo recogen, quizás debido a la preferencia formal (con terminología universalista) sobre la funcional que se ha optado por reflejar en dicho estudio. Sea como fuere, la sincretización del gen. y ac. es un fenómeno en cierto sentido común, presente p.ej. en las lenguas eslavas del tronco indoeuropeo, como el propio Janhunen apunta. Sin embargo, el autor considera que en ruso los sustantivos animados se expresan mediante genitivo (pág. 137). Si bien el paralelo es correcto, la descripción de Janhunen no es exacta. Los sustantivos animados se expresan mediante el acusativo, como los inanimados, con la diferencia de que los animados —comenzando históricamente con los humanos masculinos— han trasladado la desinencia de genitivo al acusativo. Este sincretismo casual, típicamente eslavo, presenta hasta cierto punto las mismas características distributivas que en el caso urálico-altaico, ya que sólo afecta al singular (para una exposición completa véase Igartua 2005: 478-592). Pero como ocurriese en algunos dialectos sámi, la presión paradigmática del singular ha conducido a que el sincretismo gen. + ac. también se dé en las formas de plural de las variedades literarias del ruso y del bielorruso, así como en las dialectales del ucraniano. La situación pronominal registra diferentes casos de sincretismo, p.ej. en polaco la 1.^a y la 2.^a del singular presentan sincretismo gen. + ac. *mnie* y *ciebie*, pero la 3.^a no: femenino gen. *niej* vs. ac. *nją* y el masculino/neutro gen. *niego* vs. ac. *nie*, mientras que en ruso el sincretismo gen. + ac. es total para todas las personas, p.ej. singular 1.^a *menja*, 2.^a *tebja*, 3.^a masc./n. (*n*)ego, fem. (*n*)eë.

Un repaso a vista de pájaro permitirá comprobar la variedad de temas contenida en el resto de artículos. J. Laakso (pp. 179-94) estudia las lenguas fincas desde una perspectiva contemporánea, en el sentido de que reanaliza cuestiones antiguas como p.ej. contactos areales y carácter genético de esta agrupación. T. Lehtinen (pp. 195-208) concluye que las construcciones pasivas en las lenguas fincas y sámi derivan de estructuras causativas reflexivas. Dicha reinterpretación morfológica debió tener lugar en época protofínica (y protosámi), p.ej. finés *sauna lämmitetään* 'la sauna se está calentando', donde la forma verbal deriva de protofínico **lämbitt-eitta-ksen*. R. Laury (pp. 301-13) comenta la evolución funcional del pronombre demostrativo *se* 'esto' hacia el artículo determinado o definido, tal y como sucediera con el castellano *el, la, los, las*, derivados del demostrativo latino *ille, illa, illös, illäs*. K. Siitonen (pp. 341-54) aborda el problema de la terminología en la enseñanza del finés a extranjeros, que sobre todo provoca malentendidos, al aplicarse conceptos de la tradición clásica a fenómenos lingüísticos desconocidos por ésta. L. Keresztes (pp. 369-79) compara el húngaro con una lengua minoritaria, el mordvin, en un ejercicio de gramática contrastiva. La conclusión del autor es que son necesarias varias gramáticas contrastivas para poder aprove-

char todo el rendimiento que algunas lenguas minoritarias, por lo general ignoradas, ofrecen al investigador. De hecho, la sufijación del mordvin parece ser sumamente interesante para el estudio de los procesos universales de la aglutinación al ofrecer patrones de ordenación muy concretos. V. Voigt (pp. 391-6), tras analizar varios diccionarios y otras obras de referencia entre los ss. xvii y xviii, considera que la tradición lingüística húngara ya disponía de terminología especializada para el campo de la semiótica.

Con independencia del apartado al que han sido asignados, algunos artículos pueden agruparse según el ámbito general en el que son desarrollados. M. Kracht (pp. 145-58), F. De Sivers (pp. 261-72), N. Koshkaryova (pp. 399-413), N. Tersis (pp. 447-57) y parcialmente B. Klaas (pp. 273-85) y F. Kiefer (pp. 357-67) dedican sus trabajos al análisis de los casos locativos urálicos (y extra-urálicos) para determinar la función que desempeñan dentro del sistema lingüístico al que pertenecen, ya que no siempre son empleados únicamente para la demarcación espacio-temporal de una acción o un evento. Por su parte, P. Nemvalts (pp. 249-59), P. Simoncsics (pp. 381-9) J. Domokos (pp. 415-25), A. Sóres (pp. 517-32), E. Kovgan (pp. 547-60), M.M. Jocelyne Fernandez-Vest (pp. 563-75) o E. Maslova (pp. 599-610) realizan un ejercicio de análisis estructural aplicado a determinados *corpus*, textuales u orales, para dilucidar los patrones que los gobiernan.

El trabajo ha sido magníficamente editado y cuenta con algunos añadidos de extrema utilidad, por desgracia cada vez menos considerados. A la lista de los resúmenes de todas las contribuciones (pp. 610-56), primero en lengua francesa y después en inglés, se suman varios índices: el general (pp. 7-10), uno onomástico (pp. 657-67), otro de lenguas (pp. 669-76) y finalmente el de materias (pp. 677-85), estos dos últimos también con subsecciones en francés e inglés. La bibliografía, excesivamente dispersa dada la variedad de temas tocados, se ha dispuesto al final de cada artículo, en vez de en un listado final. El ahorro de papel, en este caso, sería mínimo.

Los volúmenes de colaboración son ciertamente difíciles de calificar en términos generales, ya que su contenido, siendo dispar, va dirigido a diversos grupos de especialistas. El que aquí ocupa contiene trabajos ciertamente interesantes para lingüistas especializados en materia histórica, pero el resto de artículos no desmerecen en absoluto la labor de aquellos. En este sentido, sólo queda instar al lector interesado a echar un vistazo y valorar por sí mismo. Ahora bien, determinados aspectos de esta publicación permiten hacer comentarios generales, que no generalistas: la edición, como se ha apuntado, es primorosa, las herramientas adicionales son extremadamente útiles y funcionales, sobre todo para aquellos que vengan de campos ajenos a la uralística, y la propia organización del texto es impecable.

Referencias bibliográficas

- Abandolo, D. (ed.), 1998, *The Uralic Languages*, Londres.
- Adrados, F. R., 1989, «Etruscan as an IE Anatolian (but not Hithite) language», *JIES* 17, 363-83.
- Aikhenvald, A. V. y R. M. W. Dixon (eds.), 2001, *Areal Diffusion and Genetic Inheritance. Problems in Comparative Linguistics*, Oxford.
- Aikio, A., 2003, «Review of Marcantonio (2002)», *Word* 54, 3, 401-12.
- Alonso de la Fuente, J. A., 2006, «Reseña de Renfrew (2000)», *Revista Española de Antropología Americana* 36, 1, 221-6.

- Ananda Vasudevan, C. P., 1973, «Dravidian-Greek connections», *IJDL* 2, 180-6.
- Andronov, M. S., 1989, *A Grammar of Modern and Classical Tamil*, Madras.
- Austerlitz, R., 1987, «Uralic Languages», in B. Comrie (ed.), *The World's Major Languages*, New York, 567-76.
- , 1991, «Alternative in Long-Range Comparison», in S. M. Lamb y E. D. Mitchell (eds.), *Sprung from Some common Source*, Stanford, 353-64.
- Azkue, R. M. de, 1905-1906, *Diccionario vasco-español-francés*, 2 vols., Bilbao-Paris.
- Bader, F., 1988, «Noms de parenté anatoliens et formations à laryngale», in A. Bammesberger (ed.), *Die Laryngalthetheorie*, Wiesbaden, 17-48.
- Bauer, J., 1998, 'Der vorsargonische Abschnitt der mesopotamischen Geschichte', in J. Bauer, R. K. Englund y M. Krebernik (eds.), *Mesopotamien: Späturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*, Freiburg y Göttingen, 429-585.
- Beekes, R. S. P., 1995, *Comparative Indo-European Linguistics. An Introduction*, Amsterdam.
- Bender, M. L., 1969, «Chance CVC correspondences in unrelated languages», *Lg* 45, 3, 519-31.
- Benedict, P. K., 1972, *Sino-Tibetan: A Conspectus*, New York.
- Bengston, J. D., 1999a, «Review of J. I. Hualde, J. A. Lakarra, R. L. Trask (eds.), *Towards a History of the Basque Language*, Amsterdam-Philadelphia 1995», *Word* 50, 3, 395-401.
- , 1999b, «Review of Trask (1997)», *Romance Philology* 50, 219-24.
- y V. Blažek, 1995, «Lexica Dene-Caucasica», *CAJ* 39, 11-50.
- y —, 2000, «Lexical parallels between Ainu and Austric», *AO* 68, 237-58.
- Benveniste, É., 1935, *Origines de la formation des noms en indo-européen*, Paris.
- Bereczki, G., 1998, *Fondamenti di lingüística ugro finnica*, Udine.
- Blažek, V., 1983, «Současný stav nostratické hypotézy (fonologie a gramatika)», *Slovo a slovesnost* 44, 235-47.
- (ed. lit.), 1989-, *Etymologický slovník jazyka staroslověnkého*, Praha.
- , 1995, «Indo-European Personal Pronouns (1st & 2nd person)», *Dhumbadji!* 2, 3, 1-15.
- , 1999, *Numerals. Comparative-Etymological Analyses and Their Implications*, Brno.
- , 1999-2000, «Review of Salmons and Joseph (eds.), *Nostratic. Sifting the Evidence*», *Philologia Fenno-Ugrica* 5-6, 93-105.
- Boisson, C. P., 1997, «The Phonotactics of Sumerian», in I. Hegeđűs, P. A. Michalove y A. Manaster Ramer (eds.), *Indo-European, Nostratic, and Beyond: Festschrift for Vitalij V. Shevoroshkin*, Whashington, 30-50.
- Bomhard, A., 1996, *Indo-European and the Nostratic Hypothesis*, Charleston.
- , 1997, «On the Origin of Sumerian», *Mother Tongue* 3, 75-92.
- y J. C. Kerns, 1994, *The Nostratic Macrofamily: a Study in Distant Linguistic Relationship*, Berlín, Nueva York y Amsterdam: Mouton de Gruyter.
- Bonfante, G. y L. Bonfante, 1983, *The Etruscan Language: An Introduction*, Manchester.
- Bowden, J., 1993, «An Introduction to Oceanic Linguistic Prehistory», *Dhumbadji!* 1, 15-27.
- Bynon, T., 1977, *Historical Linguistics*, Cambridge.
- Campbell, L., 1997, *American Indian Languages. The Historical Linguistics of Native American*, Oxford y New York.
- , 1999, *Historical Linguistics: An Introduction*, Massachusetts.
- , 2000, «Review of Fortescue (1998)», *AnL* 42, 4, 572-9.
- Carlton, T. R., 1990, *Introduction to the Phonological History of the Slavic Languages*, Columbus.

- Carpelan, C., Parpola, A. y P. Koskikallio (eds.), 2001, *Early Contacts between Uralic and Indo-European: Linguistic and Archaeological Considerations*, Helsinki.
- Čašule, I., 1998, *Basic Burushaski Etymologies*, Munich.
- , 2003a, «Burushaski Names of Body Parts of Indo-European Origin», *CAJ* 47, 1, 15-74.
- , 2003b, «Evidence for the Indo-European Laryngeals in Burushaski and Its Genetic Affiliation with Indo-European», *JIES* 31, 1-2, 21-86.
- , 2004, «Burushaski-Phrygian Lexical Correspondences in the Field of Myth, Ritual, Burial and Onomastics», *CAJ* 48, 1, 49-104.
- Catford, J. C., 1991, «The Classification of Caucasian Languages», in S. M. Lamb y E. D. Mitchell (eds.), *Sprung from Some Common Source. Investigations into the Prehistory of Language*, Stanford, 232-268.
- Cavoto, F., 2003, «Supplément et récurrence des thèmes pronominaux nostratiques», *Diachronica* 20, 2, 229-58.
- Coleman, R., 1999, «Reflections on a distant prospect of Nostratic», in C. Renfrew y D. Nettle (eds.), *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*, Cambridge, 113-126.
- Collinder, B., 1955, *Fenno-Ugric Vocabulary. An Etymological Dictionary of the Uralic Languages*, Stockholm.
- Comrie, B. (ed.), 1981, *The Languages of Soviet Union*, Cambridge.
- Décsey, Gy., 1990, *The Uralic Protolanguage: A Comprehensive Reconstruction*, Bloomington.
- Deimel, P. A., 1928-1937, *Schumerisches Lexikon*, Roma.
- Dolgopolsky, A. B., 1984, «On Personal Pronouns in the Nostratic Languages», in O. Geschwantler, K. Rédei y H. Reichter (eds.), *Linguistica et Philologica. Gedenkschrift für Björn Collinder (1894-1983)*, Vienna, 65-112.
- Edzard, D. O., 1976, «Review of Gostony (1975)», *BSOAS* 39, 637.
- Emeneau, M. B. y T. Burrow, 1962, *Dravidian borrowings from Indo-Aryan*, Berkeley.
- Fährnich, H. y S. Sardschweladze, 1995, *Etymologisches Wörterbuch der Kartwel-Sprachen*, Leiden.
- Fillmore, Ch. F., 1968, «The Case for Case», in E. Bach y R. T. Harms (eds.), *Universals in Linguistic Theory*, New York, 1-88.
- Forrest, R. A. D., 1973, *The Chinese language*, London.
- Forston, B. W., 2004, *Indo-European Language and Culture. An Introduction*, Malden.
- Fortescue, M., 1998, *Language Relations across Bering Strait: Reappraising the Archaeological and Linguistic Evidence*, London.
- Gamkrelidze, T. V., 1966a, «Kartvelian and Indo-European: A Typological Comparison of Reconstructed Linguistic System», in *To Honour Roman Jakobson: Essays on the Occasion of his Seventieth Birthday*, The Hague, I., 707-17.
- , 1966b, «A Typology of Common Kartvelian», *Lg* 42, 69-83.
- García Ramón, J. L., 1999, «Zur Bedeutung indogermanischer Verbalwurzeln, **h₂nek-* 'erreichen, reichen bis', **h₁nek-* 'erhalten, (weg)nehmen'», in J. Habisreiteringer et alii (eds.), *Gering und doch von Herzen, 25 indogermanistische Beiträge Bernhard Forssman zum 65. Geburtstag*, Wiesbaden, 47-80.
- Georg, S. y A. Vovin, 2003, «From Mass Comparison to Mess Comparison: Greenberg's Indo-European and Its Closest Relatives», *Diachronica* 20, 2, 331-62.
- Gheno, D. y P. Hajdú, 1992, *Introduzione alle Lingue Uraliche*, Torino.
- Gluhak, A., 1977, «Nostratica», *Suvremena lingvistika* 15-16, 49-56.
- , 1978a, «Etruscan numerals», *Linguistica* 17, 25-32.

- , 1978b, «Is Sino-Tibetan related to Nostratian?», *General Linguistics* 18, 3, 123-7.
- , 1979, «Etruscan vocalism», *Živa antika* 19, 2, 213-22.
- , 1984, «Two Nostratic etymologies», *Linguistica* 24, 1, 449-53.
- Gorrochategui, J., 1984, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao.
- , 1995, «Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas», *Veleia* 12, 181-234.
- y J. A. Lakarra, 2001, «Comparación lingüística, filología y reconstrucción del Protovasco», in F. Villar y M.^a P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, 407-38.
- Gostony, C.-G., 1975, *Dictionnaire d'étimologie sumérienne et grammaire comparée*, Paris.
- Gruzdeva, E., 1997, *Nivxskij jazyk*, Moskva.
- Harris, A., 1990, «Kartvelian Contacts with Indo-European», in T. Markey y J. Greppin (eds.), *When Worlds Collide. Indo-Europeans and Pre-Indo-Europeans*, Ann Arbor, 67-100.
- Haspelmath, M., 2001, «The European Linguistic Area: Standard Average European», in M. Haspelmath y E. König (eds.), *Language Typology and Language Universals*, Berlin, 1492-1510.
- , 2004, «How Hopeless is Genealogical Linguistics, and How Advanced is Areal Linguistics? A Review Article of Aikhenvald & Dixon (2001)», *Studies in Language* 28, 1, 209-33.
- Helimski, E., 1982, *Drevenejšie vengersko-samodijskie paraleli. Lingvističeskaja i etnogenetičeskaja interpretacija*, Moskva.
- Holmer, N. M., 1947, «Ibero-Caucasian as a linguistic type», *Studia Linguistica* 1, 11-44.
- Holub, J., 1937, *Stručný slovník etymologický jazyka československého*, Praha.
- Honti, L., 1979, «Characteristic features of the Ugric languages (observations on the question of the Ugric unity)», *Acta Linguistica Academiae Scientiarum Hungaricae* 29, 1-26.
- , 1987, «Uralilaisen kardinaalilukusanojen rakenteista», *JSFOu* 81, 137-49.
- , 1998, «Ugrilainen kantakieli: erheellinen vai realineen hypoteesi?», in R. Grünthal y J. Laakso (eds.), *Oekeeta asijoo. Commentationes Fenno-Ugricae in Honorem Sepo Suhonen sexagenarii 16.X.1998*, Helsinki, 176-87.
- Igartua, I., 1996[1999], «Sobre el factor de la casualidad en la comparación lingüística», *ASJU* 30, 1, 99-125.
- , 2005, *Origen y evolución de la flexión nominal eslava*, Bilbao.
- Illič-Svityč, V. M., 1971-1984, *Opyt sravnenija nostratičeskich jazykov*, 3 vols., Moskva.
- Jakobson, R., 1972, «Why 'mama' and 'papa'», in *Selected Writings*, The Hague, I, 538-45.
- Janhunen, J., 1981, «Uralilaisen kantakielen sanastosta», *JSFOu* 17, 219-74.
- Jasanoff, J., 1983, «The IE *ā*-preterite and related forms», *IF* 88, 54-83.
- , 2003, *Hittite and the Indo-European Verb*, Oxford.
- Kaiser, M., 1990, *Lexical Archaisms in Slavic. From Nostratic to Common Slavic*, Bochum.
- Kálmán, B., 1988, «The History of Ob-Ugric Languages», en Sinor (ed.), 395-412.
- Karlgren, K., 1957, «Grammata Serica Recensa», *Bulletin of the Museum of Far Eastern Antiquities* 29, 1-332.
- Kimball, S. E., 1999, *Hittite Historical Phonology*, Innsbruck.
- Klesment, P., Künnap, A., Soosaar, S. E. y R. Taagepera, 2003, «Common Phonetic and Grammatical Features of the Uralic Languages and Other Languages in Northern Eurasia», *JIES* 31, 3-4, 363-89.
- Klimov, G. A., 1964, *Ėtimologičeskij slovar' kartvel'skix jazykov*, Moskva 1964 (trad. *Etymological Dictionary of the Kartvelian Languages*, New York y Berlin 1998).
- y J. Gippert, 1994, *Einführung in die kaukasische Sprachwissenschaft*, Hamburg.

- Kolesnikova, V. D., 1972, «K xarakteristike nazvanij častej tela čeloveka v tunguso-man'čžuriskix jazykax», in V. I. Cincius (ed.), *Očerki sravnitel'noj leksikologii altajskix jazykov*, Leningrad, 257-336.
- Korhonen, M., 1988, «The History of the Lapp Language», en Sinor (ed.), 264-87.
- Krishanmurti, B., 2003, *The Dravidian Languages*, Cambridge.
- Künnap, A. (ed.), 1996, *Uralic Languages in European and Siberian Linguistic Context*, Tartu.
- , 1998, *Breakthrough in Present-day Uralistics*, Tartu.
- (ed.), 1999, *Indo-European–Uralic–Siberian Linguistic and Cultural Contacts*, Tartu.
- (ed.), 2000, *The Roots of Peoples and Languages of Northern Eurasia*, Tartu.
- Laakso, J., 2004, «Review of Marcantonio (2002)», *FUF* 58, 1-3, 296-307.
- Lafon, R., 1948, «Correspondances basque-caucasiqnes, II. Siffilantes et chuintantes en basque et dans les langues caucasiqnes», *Eusko-Jakintza* 2, 362-7.
- Lakarra, J. A., 1995, «Reconstructing the root in Pre-Proto-Basque», in J. I. Hualde, J. A. Lakarra y R. L. Trask (eds.), *Towards a History of the Basque Language*, Amsterdam y Philadelphia, 189-206.
- , (1996[1999]), «Sobre el Europeo Antiguo y la reconstrucción del Protovasco», *ASJU* 30, 1, 1-70.
- Lass, R., 1997, *Historical Linguistics and Language Change*, Cambridge.
- Ledesma, M. S., 1996, *El albanés. Gramática, historia, textos*, Madrid.
- Lieberman, S. J., 1979, «The phoneme /ol/ in Sumerian», in Marvin, A. P. von y R. H. Sack (eds.), *Studies in Honor to Tom B. Jones*, Kevelaer, 21-8.
- Machek, V., 1957, *Etymologický slovník jazyka českého a slovenského*, Praha.
- Mačavariani, G. I., 1970, «The System of the Ancient Kartvelian Nominal Flexion as Compared to those of the Mountain Caucasian and Indo-European Languages», in B. R. Grüner (ed.), *Theoretical Problems of Typology and the Northern Eurasian Languages*, Amsterdam, 165-9.
- Mallory, J. y D. Q. Adams (eds.), 1997, *Encyclopaedia of Indo-European Culture*, London.
- Manaster Ramer, A. et al., 1998, «Exploring the Nostratic Hypothesis», in J. C. Salmons y B. D. Joseph (eds.), *Nostratic. Sifting the Evidence*, Amsterdam y Philadelphia, 61-84.
- y C. Hitchcock, 1996, «Glass Houses: Greenberg, Ringe, and the Mathematics of Comparative Linguistics», *AnL* 38, 4, 601-20.
- Marcantonio, A., 2002, *The Uralic Language Family: Facts, Myths, and Statistics*, Oxford & Boston.
- Markey, T. L., 1999, «Deixis, Diathesis, and Duality: Shifting Fortunes of the IE 1st and 2nd Plural», in D. Q. Adams (ed.): *Festschrift for Eric P. Hamp*, Washington, I., 48-96.
- Matisoff, J. A., 2003, *A Handbook of Proto-Tibeto-Burman*, California.
- McAlpin, D. W., 1981, *Proto-Elamo-Dravidian: The Evidence and its Implications*, Philadelphia.
- Meier-Brügger, M., 2000, *Indogermanische Sprachwissenschaft*, Berlin.
- Melchert, C., 1994, *Anatolian Historical Phonology*, Leiden.
- Michelena, L., 1954, «De onomástica aquitana», *Pirineos* 10, 409-58.
- , 1977², *Fonética histórica vasca*, San Sebastián.
- Nguyen, H. Nh., 1989, *The Chinese language: a concrete analysis*, Sathe.
- Nichols, J., 1998, «The Origin and Dispersal of the Languages: Linguistic Evidence», in N. G. Jablonski y L. Aiello (eds.), *The Origin and Diversification of Language*, San Francisco, 127-70.

- Nikolaev, S. L., 1991, «Sino-Caucasian Languages in America», en Shevoroshkin (ed.), 42-66.
- Nikolaeva, I., 1988, *Problema uralo-jukagirskix genetičeskix svjazej*, Moskva.
- Ohno, S., 1970, *The Origin of Japanese Language*, Kokusai Bunka Shinkokai.
- Parpola, A., 1994, *Deciphering the Indus Script*, Cambridge.
- Patrie, J., 1982, *The genetic relationship of the Ainu language*, Honolulu.
- Peyró, M., 2001, «Factores ideológicos de la hipótesis uralo-altaica», en M. M. Rodríguez, M. D. Martínez Gavilán y M. V. Llamazares (eds.), *Actas del II Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, Madrid.
- Poppe, N. N., 1960, *Vergleichende Grammatik der altaischen Sprachen. Teil 1, Vergleichende Lautlehre*, Wiesbaden.
- Puhvel, J., 1992, «Philology and Etymology, with Focus on Anatolian», in E. Polomé y W. Winter (eds.), *Reconstructing Languages and Cultures*, Berlin, 261-70.
- Raun, A., 1988, «Proto-Uralic comparative-historical morphosyntax», en Sinor (ed.), 555-74.
- Rédei, K., (ed.), 1986-1988, *Uralisches etymologisches Wörterbuch*, 3 vols., Wiesbaden.
- Renfrew, C. (ed.), 2000, *America Past, America Present. Genes and Languages in the Americas and Beyond*, Cambridge.
- Reynolds, E., West, P. y J. Coleman, 2000, «Proto-Indo-European 'laryngeals' were Vocalic», *Diachronica* 17, 351-87.
- Ringe, D., 2002, «Review of Greenberg (2000)», *JL* 38, 397-439.
- Rubio, G., 1999, «On the alleged pre-Sumerian substratum», *JCS* 51, 1-16.
- Ruhlen, M., 1988, «Nostratic-Amerind cognates», in V. Shevoroshkin (ed.), *Reconstructing Languages and Cultures*, Bochum, 75-83.
- Sammallahti, P., 1988, «Historical Phonology of the Uralic Languages», en Sinor (ed.), 478-554.
- , 1998, «Saamic», in Abondolo (ed.), 43-95.
- Sapir, E., 1915, «The Na-Dene languages: A preliminary report», *AA* 17, 534-58.
- Schaarschmidt, G., 1997, *The historical phonology of the Upper and Lower Sorbian languages*, Heidelberg.
- Schmidt, K. H., 1962, *Studien zur Rekonstruktion des Lautstandes der südkaukasischen Gundsprachen*, Wiesbaden.
- Schulze, W., 1982, *Die Sprache der Uden in Nordazerbaidžan*, Wiesbaden.
- , 1997, «Review of Starostin y Nikolaev (1994)», *Diachronica* 14, 1, 149-161.
- Shevoroshkin, V. (ed.), 1991, *Dene-Sino-Caucasian languages*, Bochum.
- Shibatani, M., 1990, *The languages of Japan*, Cambridge.
- Sinor, D., 1963, «Observations on a new comparative Altaic phonology», *BSOAS* 26, 133-44.
- (ed.), 1988, *The Uralic languages. Description, history and foreign influences*, Leiden.
- Skok, P., 1971-74, *Etimologijski rječnik hrvatskoga ili srpskoga jezika*, 4 vols., Zagreb.
- Soosaar, S. E., 2000, «The relation of Samoyed languages to the neighboring languages», *Études Finno-Ougriennes* 31, 157-66.
- Starostin, S. A., 1991, «On the hypothesis of a genetic connection between the Sino-Tibetan Languages and the Yeniseian and North-Caucasian languages», en Shevoroshkin (ed.), 12-41.
- y S. L. Nikolajev, 1994, *A North Caucasian Etymological Dictionary*, Moscow.

- Street, J., 1983, «Review of Patrie (1982)», *Journal of the Association of Teachers of Japanese* 17, 192-204.
- Tauli, V., 1966, *Structural Tendencies in Uralic Languages*, The Hague, Mouton.
- Thomason, S. G. y T. Kaufman, 1988, *Language Contact, Creolization, and Genetic Linguistics*, Berkeley.
- Thomsen, M. L., 1984, *The Sumerian language. An introduction to its history and grammatical structure*, Copenhagen.
- Trask, R. L., 1997, *The history of Basque*, London.
- , 1999, «Why should a language have any relatives?», in C. Renfrew y D. Nettle (eds.), *Nostratic: Examining a linguistic macrofamily*, Cambridge, 157-76.
- Trombetti, A., 1926, *Le origini della lingua basca*, Bologna.
- Trubačev, O. N. (ed. lit.), 1974-, *Étimologičeskij slovar' slavjanskix jazykov. Praslavjanskij leksičeskij fond*, Moskva.
- Tuite, K., 1997, *Svan*, München.
- Vennemann, T., 1994, «Linguistic reconstruction in the context of European prehistory», *TPhS* 92, 2, 215-84.
- Vine, B., 1991, «Indo-European and Nostratic», *IF* 46, 9-35.
- , 2002, «PIE **b^her-* and «Slavo-Nostratic» Lexical Archaisms», in F. Cavoto (ed.), *The Linguist's Linguist, A collection of papers in honour to Alexis Manaster Ramer*, Munich, 447-54.
- , 1998, «Indo-European and Nostratic, some further comments (A response to «Exploring the Nostratic Hypothesis»)», in J. C. Salmons y B. D. Joseph (eds.), *Nostratic. Sifting the Evidence*, Amsterdam y Philadelphia, 85-105.
- Vovin, A., 1993, *A Reconstruction of Proto-Ainu*, Leiden.
- , 1994, «Long-distance relationship, reconstruction methodology, and the origin of Japanese», *Diachronica* 11, 95-114.
- , 1995, «Once again on the accusative marker in Old Korean», *Diachronica* 12, 223-236.
- Wickman, B., 1988, «The History of Uralic Linguistics», en Sinor (ed.), 792-818.
- Wiik, K., 1997, «The Uralic and Finno-Ugric phonetic substratum in Proto-Germanic», *Linguistica Uralica* 33, 258-80.
- , 2002, *Eurooppalaisten juuret*, Jyväskylä.
- Wood, A. (ed.), 1991, *The History of Siberia. From Russian Conquest to Revolution*, London.
- Zamudio, R. J., 1998, *Gramática de la lengua sumeria*, Madrid.